# Andrés ACOSTA



Primera finalista del Premio Nacional de Novela "Una vuelta de tuerca" 2005, en el género policiaco, negro y de misterio.

# Doctor Simulacro

Lectulandia

Y en bien de la sociedad y de la transparencia, el doctor comenzó a armar sus casos en un foro de televisión, y la gente ya estaba preparada para recibir el primer *Reality-Law*, el primer programa de televisión que era a la vez entretenimiento y procuración de justicia, en el que se reconstruían los hechos de los delitos que más influían en el ánimo de la población. El doctor contrató a algunos de los ex reos (egresados ya para entonces legalmente de Santa Ignacia) que habían ayudado a construir la Zona de Simulacros en la cárcel. Para entonces, el doctor poseía una telegenia impresionante, que le permitió integrarse con toda naturalidad al mundo de la farándula. Durante el debut de su programa, en horario estelar por supuesto, no dejaron de recibirse telefonemas con felicitaciones. Parecía que el doctor había nacido para la televisión.

Fragmento de Doctor Simulacro

## Lectulandia

Andrés Acosta

## **Doctor Simulacro**

ePub r1.0 Titivillus 24.10.2018 Título original: *Doctor Simulacro* Andrés Acosta, 2005

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

## Índice de contenido

Doctor Simulacro

Sobre el autor

Esta obra fue la primera finalista del Premio Nacional de Novela «Una vuelta de tuerca» 2005. El jurado estuvo compuesto por Federico Campbell, Ignacio Padilla y Eduardo Antonio Parra.

HACE MUY, pero muy poco tiempo, sucedió lo que voy a contar... Es más, la historia es tan reciente que incluso no ha terminado de ocurrir mientras ya comienzo a referirla en este párrafo, está tan fresca todavía que no sé ni cómo termina. Y sucedió tan cerca de mí que gracias a ella tengo a un par de encapuchados vigilándome desde los sillones de la sala, decididos a irse de mi casa hasta que les entregue mi versión de los hechos. No es que estos hombres me obliguen a decir que los acontecimientos sucedieron de tal o cual manera, o que firme una declaración en blanco; no me han torturado, pero sí quieren que escriba todo lo que sé del caso. Ni una palabra de menos, ni una omisión.

Hace unos minutos, cerca de la medianoche, alguien tocó a mi puerta como siempre les digo de broma a mis amigos que toca la policía cuando golpean la puerta con total desfachatez, así que no pensé abrir, ya que nada bueno le espera a quien recibe semejante llamado. Como no respondí, alguien gritó mi nombre. Ni siquiera había posibilidad de error, me buscaban a mí, para lo que fuera que pretendiesen. Con mayor razón no quise abrir, pero temí que le sucediera algo grave a algún familiar o amigo y me asomé a discreción desde la ventana de la cocina, sin encender la luz, y no vi más que sombras que guardaron silencio. El silencio me pareció, desde luego, aterrador. No terminaba yo de regresar a la sala con la intención de escuchar tras la puerta lo que esos sujetos decían entre sí, cuando ya estaban entrando a mi casa. De pronto había dos encapuchados frente a mí y ni tiempo tuve de llamar a la policía. Franquearon mi puerta con tal facilidad que pensé que tenían un juego de llaves. Pero no, lo que vi un segundo después entre las manos del que daba las órdenes fue una barra de metal con la que abrieron mi casa como se destapa una botella de coca-cola. De inmediato el jefe me advirtió que no me moviese, que sólo obedeciera instrucciones: no mirarlos a los ojos y no preguntar nada. Ni siquiera me molesté en fingir que los creía asaltantes, porque fue obvio desde el principio que se trataba de algo más gordo. Nunca nadie se había tomado tanta molestia para robar una casa del rumbo en la que lo único valioso son los libros; no los quieren ni los que se dedican a embargar ahorcados, y pues sí, qué van a encontrar de interesante en un montón de papeles pegados a un cartón. Lo asombroso es que ellos entraron aquí por un libro que no existe aún. O sea que, objetivamente, estos hombres no sólo rompen la regla sobre la falta proverbial del valor de los libros para entrar a robar una casa, sino que se encuentran detrás de uno que ni siquiera está escrito. Bueno, decir libro es una exageración mía, por supuesto. Pero da la casualidad de que renuncié a mi profesión de escritor hace tiempo. Los amigos, la novia en turno, siempre que recibían mis acostumbrados correos telegráficos, mis dos líneas de saludo, me recriminaban: ¿pues no que eres escritor?, ¿por qué nada más me envías dos palabras? Y claro que por eso mismo no me gustaba escribir correos electrónicos ni cartas, ni nada, porque me la pasaba batallando con las letras día tras día, y entonces qué flojera ponerme a seguir escribiendo en mis ratos de ocio. Desde hace unos años ya no me esfuerzo con el lenguaje. Me retiré porque simplemente ya no tenía tiempo para escribir. Y ahora que ya no escribo libros mis correos son largos y detallados.

—ESCRIBES O TE MUERES —dijo el jefe, con una voz carente de emoción después de explicarme que necesitan mi testimonio íntegro sobre el Doctor Simulacro.

Que me pidan que redacte algo para salvar mi pellejo tienta mi vanidad, porque aunque dudo que los encapuchados me acribillen por colocar mal una coma o pecar de falta de concordancia en una oración, sé que puedo poner palabra tras palabra sin descansar durante horas y horas. Es como pensar y recordar en voz alta. Nada más. Pienso una palabra y la escribo, y luego la otra, y así. El chiste es no perder el hilo. Antes de conocer al doctor yo solía tener tiempo para escribir por las noches, pero eso se acabó cuando empecé a trabajar para él, y ahora estos encapuchados me fuerzan a escribir de nuevo. Claro que no debo escribir lo que yo quiera, sino lo que me piden. Eso no impide que deje asentado aquí mismo el motivo de mi dicho: escribo sobre el doctor porque me obligan a hacerlo, metralleta en mano. Mientras termino de redactar el párrafo, el jefe de los encapuchados me mira con fijeza y repite:

—Escribes o te mueres —y noto desconcierto en sus ojos, no sé si sea porque me ve escribir sin parar y su amenaza se vuelve absurda nada más la pronuncia, o porque lo he mirado directamente; tal vez emite la orden para que quede claro quién manda.

—No me mires.

Los encapuchados me observan escribir sobre la mesa del comedor. Les he preguntado si puedo hacerlo sobre mi escritorio pero la idea de que oculto algo en él, una pistola, los pone nerviosos. Además, mi escritorio descansa frente a la ventana y es una posición que les impide vigilarme de frente. Siempre he pensado que cada mueble tiene su función y más vale no violentarla. Por eso nunca escribí en el mismo lugar donde como. Pero no estoy en situación de reclamar nada. No es el momento para ponerme quisquilloso. Puedo mirar en mi cabeza la escena que vivo, desde afuera de mí (para eso se suponía que era escritor), y notar que es de lo más extraña: un par de hombres robustos, vestidos de negro, con el rostro oculto, armados con metralletas, permanecen atentos a la escritura de otro hombre, en piyama, cuyo físico se diferencia perfectamente del de ellos. El jefe hace una indicación con la cabeza al otro hombre y éste se dirige a mi cocina, donde se escucha que trajina azotando las puertas de la alacena, luego hay calma y en un par de minutos me llega el olor del café que prepara. Una prodigiosa jarra llena de café se suma al montón de hojas tamaño carta que me proporcionaron tras sentarme en el comedor, y a mi máquina de escribir, traída al tiempo que me daban instrucciones. Los encapuchados me negaron el escritorio, es cierto, pero me proveen de lo indispensable. Y no los voy a decepcionar: para escribir no se precisa nada más. Antes, cuando tuve algo que decir, cuando los demonios interiores me mantenían despierto y no me despegaba de la

máquina sino para ir al baño, nunca dejé inacabado lo que me propusiera como cuota de la noche. Ahora que los demonios están fuera de mí y amenazan mi vida, con mayor razón no los defraudaré. Si hasta me parecen las condiciones óptimas para escribir. No hacen falta comodidades, sino un arma apuntando a la cabeza.

EL DOCTOR SIMULACRO fue un hombre que se trazó una línea recta a seguir y jamás se desvió de ella; la misión que se propuso fue encontrar la verdad por encima de cualquier cosa, y no le temió a lo ficticio como un medio más para perseguirla. Esto que escribo es lo que me consta. Yo trabajé con él durante los últimos años de su carrera, fui su secretario particular, y me contó pasajes de su vida con mucha frecuencia, cada vez que esperábamos dentro de su automóvil a que se realizara un peritaje especialmente importante para el doctor, mientras los técnicos trabajaban enguantados, con sus pequeñas escobillas. Nosotros mirábamos la labor minuciosa de los hombres de bata blanca a través de las ventanillas, y el panorama nos proporcionaba un estado de relajamiento cercano a la hipnosis: frente a nosotros se ejecutaba una tarea inercial, la búsqueda, palmo a palmo, de evidencias en el terreno del delito, como una manada de vacas sin manchas olfateando el suelo. En esas ocasiones, el doctor se aflojaba la corbata y como acto reflejo su lengua comenzaba a destrabarse, a olvidar los monosílabos y las expresiones exactas. Liberado ya de la atadura de la garganta, su expresión facial también descansaba y la voz le salía relajada. Entonces me revelaba detalles que a nadie más le hubiera confiado. Me decía: te voy a contar lo que cualquier periodista se muere por saber. Lo hacía con gran seguridad, como si dictara sus memorias. Y ahora comprendo que así fue. Me relató los capítulos de su vida con un propósito definido, como cada una de las acciones que llevaba a cabo: nunca movió un dedo sin tener un objetivo claro en su mente. Siempre elogió mi memoria y mi objetividad, consciente de que, siendo yo escritor (aunque para entonces ya no escribiera), tarde o temprano y por uno u otro medio, su historia saldría a través de mi pluma, aunque estoy seguro que nunca se imaginó que sería de esta manera. ¿Y qué tengo que decir sobre el Doctor Simulacro? Lo primero es que ése es el alias con que se le conoció, al principio, en el medio judicial; después, dentro del ambiente artístico y, por último, entre los grandes públicos a nivel nacional y en las publicaciones extranjeras, donde su apodo y sus programas de televisión lo convirtieron en un personaje famoso. Antes, en nuestro país, los criminales eran quienes utilizaban apodos, con la intención, algunos, de ocultar su nombre a la policía, otros, de sembrar temor y cosechar respeto entre sus colegas y víctimas. Luego llegó el Doctor Simulacro y las cosas cambiaron, porque como él decía: la mejor forma de combatir el crimen es a través de similitudes, y él mismo utilizó un apodo para pelear contra la delincuencia. Y así, el hombre que se encargó de la procuración de la justicia en nuestro país, fue conocido más por su sobrenombre que por su nombre propio: los titulares de los periódicos lo evocaban de

esa manera sin que a nadie le extrañase. Su prestigio fue el de un hombre de rectitud a prueba de fuego, no obstante la aparente contradicción del apodo. Los enterados pensaban que lo del simulacro se refería a la criminología homeopática del doctor, que imita los procederes de los malhechores, pero no sus objetivos, y como el doctor se volviera famoso por su programa de recreaciones de hechos delictivos, sus detractores posteriores adujeron que el origen de su apelativo era que su procuración de justicia constituía una farsa televisada, que todo en él era una serie de fingimientos articulados por medio de actores y monigotes infames que jamás llegaron a promover juicios justos. Sólo a mí me confió el verdadero origen de su sobrenombre... El Doctor Simulacro fue el poeta de los maniquíes, como lo calificaron en el reportaje extenso que una revista política le dedicó al ser nombrado el hombre del año. El doctor apareció fotografiado con su impecable traje negro y los brazos cruzados, en medio de un grupo de maniquíes dispuestos en posturas que revelaban maleabilidad, sumisión incondicional ante la eminencia. Su imagen dio la vuelta al mundo en un instante y lo convirtió en un personaje polémico: El Doctor Simulacro: ¿profeta de una nueva forma de impartir justicia... o de imponerla? Y en efecto, cuando él reconstruía los hechos por medio de actores y maniquíes improvisados cual oráculo que desvelaba la verdad oculta, el modo de operar, los procedimientos más minuciosos del asesino, el doctor se convertía en dueño y señor de un universo paralelo en el que la metáfora se colocaba por encima de la realidad. El doctor era capaz de restregarnos en plena cara un modelo depurado, limpio, tan limpio que producía una epifanía en el espectador: ¡Pero claro, ese maldito fue quien violó a la niña; si lo estoy viendo con mis propios ojos!, y era entonces cuando cualquier persona advertía la culpabilidad del presunto, del sospechoso, en el único país donde se es culpable mientras no se demuestre lo contrario. El doctor llegó a perfeccionar tanto sus modelos que consiguió casi todo lo que quiso por medio de ellos: su programa se elevó al primer sitio de popularidad al tiempo que resolvía los casos más enredados exhibiendo siempre al culpable de manera categórica. Por fin una puesta en escena poseía utilidad concreta: combatir el delito con la eficacia de la cual careció la criminología desde el principio. ¿Para qué esforzarse en medir cráneos y observar las orejas de los delincuentes si podíamos probar su culpabilidad mediante una representación? Todo aquel fiscal que ambicionara que sus acusaciones fueran tomadas en serio debía tener probadas dotes de director de escena: nunca antes las artes escénicas sirvieron para inculpar a tanto criminal renegado.

DESDE PEQUEÑO, al doctor lo fascinaron las muñecas, aunque su atracción por ellas no estuvo relacionada con lo que su padre pensó era un interés femenino. Por las tardes, la hermana del doctor solía sentarse sobre una sillita frente a su muñeca preferida para sostener prolongadas pláticas con ella. El doctor presenciaba el coloquio: el talante de su hermana se caracterizaba por la volubilidad, tan pronto se dirigía a la

muñeca en tono amigable como empezaba a reprenderla agitando el dedo índice, llegaba incluso a levantarse de su asiento para zarandearla violentamente y dejarla tirada en el suelo del comedor. En una ocasión, el doctor se acercó a mirar la muñeca abandonada entre las patas de las sillas y notó que el rostro correspondía al de la maestra de su escuela: la nariz y las cejas eran inconfundibles, la misma mirada inexpresiva, el mismo lunar sobre el labio... El doctor asumió que ella era su maestra, pero con cuerpo de muñeca. ¿Por medio de qué hechizo la maestra se había miniaturizado, perdiendo además sus atributos dictatoriales, para que ahora pudiera sostenerla entre sus brazos? Observó el rostro plastificado de la mujer que lo obligaba a diario a dibujar rayas y bolas, hojas enteras de rayas y bolas, y que lo sentaba sobre su regazo, le tomaba la mano, pequeñita y endeble, con su mano grande y seca, y se la oprimía para guiarlo al dibujar rayas y bolas. Rayas y bolas. En la escuela, la maestra decidía cada una de las actividades:

—Ahora saquen su cuaderno, que vamos a practicar la caligrafía.

*Ca-li-gra-fía*, palabra misteriosa que invocaba la tarea de preparar el lápiz y pegar la punta sobre el papel para, a continuación, imitar el movimiento del dedo de la maestra describiendo círculos y líneas rectas en el aire.

—Ahora guarden su cuaderno.

Y los niños, en tres movimientos, cerraban su cuaderno, abrían la mochila y lo introducían en ella:

—Uno, dos, tres. Vamos, no se atrasen.

La maestra acordaba quién y cuándo podía ir al baño. La maestra hablaba y los demás callaban. La maestra recitaba y los niños repetían cada palabra.

- —Rápido...
- —Rápido...
- —Corren...
- —Corren…
- —Los trenes...
- —Los trenes...
- —Rápido corren los trenes del ferrocarril cargados de azúcar. Recuérdenlo: la repetición es la mejor forma de aprender.

Pero por la tarde resultó que la maestra se encogía y que en su rostro se coagulaba el gesto que el doctor odiaba y admiraba por igual: rayas y bolas. Porque odiaba las rayas corriendo por su cuaderno: el odio era rayado, el odio a rayas marcaba la frente de la maestra, el entrecejo. Aunque también estaban las bolas que el doctor admiraba en las mejillas de la maestra. Pero por las tardes, en casa del doctor, la maestra sucumbía ante el reinado de lo familiar: la mesa del comedor, las sillas, eran más grandes que ella y su poder malévolo. El doctor tenía a la maestra en brazos. Ya no era la maestra oprimiendo los dedos del doctor, era el doctor reconociendo con su tacto a la maestra, el rostro plastificado de la maestra. Entonces, aquella mujer que ostentaba el control dentro del salón de clases, por las tardes no era más que un títere

en manos de su hermana, y, ahora, en las de él. El doctor podía ser más grande que la maestra... a veces.

—Soy mayor que: la maestra.

Lo que, en términos aritméticos, como más adelante aprendería el doctor, podría expresarse de la siguiente manera:

### doctor > maestra

Cada vez que el doctor era mayor que la maestra, el rostro de ella se cuajaba como gelatina lista para ser comida. El doctor dejaba a la maestra en el suelo, ella no decía nada. La levantaba hasta su cara y la observaba de cerca. La maestra, muda, se dejaba hacer, permitía que él le doblara los brazos, las piernas, reconociendo su capacidad para flexionar las articulaciones. Se dejaba apretar el estómago, volver la cabeza hacia los flancos, se dejaba sentar y acostar.

—Ahora vamos a hacer un poco de ejercicio —y el doctor levantó los brazos de la maestra—. Arriba, abajo. Arriba, abajo. El ejercicio es bueno para la salud, recuerde, maestra. Aspirar, exhalar. Aspirar, exhalar. No se distraiga, maestra, le estoy hablando.

—Ahora vamos a hacer palotes.

El doctor sentó a la maestra en su regazo y apretó su manita para obligarla a trazar ejercicios caligráficos; la manita de la maestra, un tanto rígida, se dejaba guiar sobre el piso para delinear rayas y bolas. Al terminar la lección, el doctor se quitó el suéter y envolvió a la maestra con él para llevársela a su cuarto y ocultarla bajo la cama. Durante la merienda el doctor bebió su vaso de leche y comió su pan dulce sin chistar. Su madre lo advertía muy quieto, esta vez terminó la leche mediante sorbos largos, respirando dentro del vaso; dio mordidas a su concha sin ocuparse de arrancar cada una de las costras azucaradas de la cubierta del pan, como solía, para convertir a cada una en otro pan pequeño, independiente, ejercitando una ingestión fractal de su pan favorito y, por ende, una multiplicación del placer. Esta vez el doctor se cepilló los dientes con energía y se puso la piyama sin demora. Después de que su madre apagara la luz del cuarto, el sueño arribó a la casa para olfatear los pies de la familia y luego lamer su cuerpo entero; hizo de las suyas con los padres y con la hermana del doctor, quienes sucumbían ya a sus efectos. Mientras tanto, el doctor, bajo las cobijas y auxiliado por una linterna de pilas, ubicaba en el centro de la luz a la maestra. La pequeña maestra que, iluminada por el chorro de luz, debía completar su actuación en el teatro nocturno del doctor.

PORQUE EN EL TEATRO nocturno del doctor, la maestra se convirtió en la figura principal del drama que él dictaba, inducido por su intuición. El doctor transmitió sus indicaciones a la maestra para que ella ejecutara la *primera reverencia*, que daba paso

a la obra en la que se contaba una historia antigua, sucedida en un lugar remoto: En el principio apareció sobre la Tierra un ser carente de esqueleto, que cual asquerosa lombriz, reptaba por el suelo, incapaz de sentarse o ponerse de pie por sí mismo, como lo haría un ser evolucionado. Era una criatura de baja condición, que vivía su existencia miserable comiendo las sobras que los seres de la Luna tenían a bien arrojarle de vez en cuando. Cierta noche, una arpía lunar terminó de disfrutar un salmón y le arrojó al ser informe una gran espina. El ser gelatinoso tragó entera la espina con tanta ansiedad que se le enterró en una de las paredes del estómago. La espina se alojó en la pared posterior del estómago de la criatura inmunda, ocasionándole una herida interna que la mantuvo cerca de la muerte durante varios días. El cielo se oscureció debido a la repentina acumulación de nubes anunciando lluvia. La bóveda celeste se iluminó por un segundo y se escuchó un gran estruendo; el cuerpo gelatinoso del ser inmundo se convulsionó al unísono y la electricidad de un rayo fluyó por la punta de la espina, que comenzó a desarrollarse dentro del organismo del ser, creció, formó estratos, anillos y se ramificó en formas caprichosas. Al empujar dentro de la carne gelatinosa del ser, la espina formó extremidades, inferiores y superiores, y engendró cinco dedos en cada una de ellas y un casco prodigioso cual corona. La espina engrosó tanto que amenazaba con saturar el cuerpo del ser, pero quiso la providencia que el firmamento se iluminara de nuevo y un rayo volviera a victimar al ya no tan asqueroso ser: cierto es que los relámpagos repiten con goce el mismo blanco cada vez que pueden. La espina dejó de crecer y no alcanzó a completarse el casco, posibilitando a los ojos ver y a la lengua moverse con libertad. Tampoco vertebró al pene, que desde entonces busca inquieto un agujero donde resguardarse. La segunda reverencia da pie a la historia de un nuevo ser, defectuoso, concebido merced a que la ya no tan asquerosa criatura carecía de la experiencia de poseer dientes. La primera criatura se mordió mientras masticaba sus alimentos y un trozo de su lengua cayó al suelo. Al contacto con la tierra, el pedazo de lengua cobró la forma del ser defectuoso (el mismo que el de la maestra) y comenzó a hablar con toda naturalidad. La palabra es invento de esta segunda criatura, a la cual no se le alcanzó a desarrollar el pene pues consumió demasiada energía en mantener su parloteo, mas compensó la falta del miembro con una doble vitalidad en la lengua. Por eso es que a los seres que carecen de pene los caracteriza una compulsión por hablar constantemente.

MIENTRAS EL SUEÑO descubre el dormitorio del doctor y trepa por sus pies, la maestra inclina la cerviz con delicadeza, sin ayuda de nadie: ella sola realiza la *tercera reverencia*. Ya sin el control del doctor, la maestra se agranda hasta recuperar su tamaño natural y aguarda dentro del salón de clases a que el pequeño doctor se arrastre desde el pasillo de la escuela hacia el interior, como criatura asquerosa

carente de huesos y de estructura que lo mantengan erecto. El doctor se acomoda reptando con esfuerzo junto a sus compañeros que toman clase sobre el piso.

—Ahora vamos a contar el final de la historia. Presten atención, mis queridos gusanos: El dos, siempre imperfecto, precede al uno, siempre perfecto. El uno es gracia, el dos, simple falta de gracia. Pero el tres. Cuando el tres llega, con su asimetría injusta, es responsable del dolor en el mundo. Escuchen los aullidos allá fuera. ¿Saben ustedes de quiénes son? Cuando los soltemos a ustedes saldrán de aquí a enfrentarse contra los que salieron antes. Escúchenlos aullar, porque así lo harán ustedes, rogando por regresar al dos. Pronto ustedes serán el tres y nada lo evitará. Alguna vez fuimos uno y se acabó. Nuestra condición siempre será tres. No lo olviden. Pronto uno, pronto dos, pronto tres…

El sueño transcurrió sin que algo más sucediera, una suspensión dentro del mismo sueño, como cuando la programación se termina y queda el televisor encendido, reproduciendo fragmentos infinitos de nada que cruzan por la ventana del monitor; un ruido hecho de silencios de distintas densidades. El sueño continuó hasta el amanecer, uniendo la noche anterior con el día que comenzó con un manotazo a la cabeza del doctor. Porque así lo despertó su padre al darse cuenta de que su hijo había incurrido en la falta de dormir abrazado a la muñeca de su hermana.

—¿Qué demonios haces con esto? ¡Te vas a volver marica!

Y luego las bofetadas y el baño con agua fría, para que despertase, para que aprendiera a dejar en paz las cosas de las mujeres.

AHORA QUE MIRO POR LA VENTANA, mientras el viento se desata y los árboles aprietan la noche, recuerdo que para el doctor no existía sitio más cercano a la naturaleza que una sala de cine. La forma más adecuada, según él, de apreciar un insecto o un árbol era desde la comodidad de una butaca. El padre del doctor pertenecía al club de alpinistas y llegó el momento de llevar a su hijo de paseo por el campo a que cumpliera su primer ascenso: una actividad física extenuante lo haría olvidarse pronto de las muñecas. El ascenso fue de un tipo calificado como de baja dificultad, mas para el doctor eso equivalía a una sucesión interminable de resbalones, jaquecas y taquicardia. En la cima del cerro, su padre le mostró con orgullo el paisaje y él sufrió vértigo al mirar hacia abajo: el panorama era amenazante. No fue tanto el miedo de caer lo que le produjo espanto como el enorme espacio vacío frente a él, que le daba la sensación de que podía tragárselo con facilidad; aunque con mayor justicia, el doctor definió muchos años después la sensación, tal vez absurda, de que podía caerse hacia arriba. En cambio, cuando lo llevaron a admirar una proyección de los bosques canadienses en una pantalla gigante, se sintió mucho más tranquilo porque la pantalla no podía engullírselo. El que se tratara de una película, lo tranquilizó. La naturaleza, tamizada por la pantalla, tenía un efecto sedante para él, pues no representaba amenaza alguna. La lluvia caía intempestivamente, pero no mojaba, el

viento soplaba sin reserva, pero no hacía frío; la temperatura de la sala era regulada para comodidad de los espectadores y las luces se encendían al final de la proyección sin que se hiciera de noche... Yo le repliqué al doctor que existían simulacros que no parecían muy seguros, porque recién había leído la noticia de que en Disneylandia acababa de salir volando, para estrellarse en el piso, la víctima número diez de la montaña rusa. El doctor me explicó que existían simulacros hiperreales que aparentemente contradecían su posición, pero que si comparábamos la tímida decena de desgraciados que había caído de la montaña rusa desde su inauguración, contra los alpinistas muertos durante su ascenso a cualquier montaña real, la diferencia era tal que diez se convertía en un número insignificante. Las crónicas trágicas de los muertos por hipotermia, por hambre o por accidentes violentos dejaban bastante atrás el historial aséptico de sitios como Disneylandia. Los simulacros ocasionaban siempre menos muertos que la naturaleza. El doctor decía:

—Las obras del hombre siempre son simulacros. La cultura es un simulacro... incluso la guerra lo es, y a pesar de que suele arrojar cifras de muertos tan altas, no son nada si se las compara con las devastadoras pandemias y hambrunas que la naturaleza suele propinar al género humano de vez en cuando: por ella han muerto millones de personas a lo largo de la historia. Las guerras que la naturaleza proclama siempre son peores que las del hombre: así, cuando les decretó la guerra a los dinosaurios, no sobrevivió ni uno solo. Y ella sabe por qué actúa así... De hecho, la propia naturaleza es quien acabará por reventarnos a todos algún día...

EL DOCTOR OLVIDÓ las muñecas, pero no porque su padre lo hubiera convertido en hombre mediante su régimen seudomilitar, sino porque encontró otros juguetes que le reafirmaron sus intereses. El doctor pasaba horas elaborando maquetas para los trabajos escolares: el globo terráqueo, un volcán o su propia casa reproducida en detalle. Le bastaba con obtener la fotografía de un lugar para poder reproducirlo improvisando con objetos caseros; encontraba en el bote de basura la mayor parte de la materia prima, aunque de vez en cuando desaparecían la tapa del frasco de crema más preciado de su madre, las ligas para el cabello de su hermana o el popote para rellenar de gas el encendedor de su padre. Cada vez que se perdía un objeto en casa, seguramente aparecería después, transformado en otro gracias al contexto nuevo que solía engrandecerlo, porque una simple tapa podía convertirse en solemne mesa redonda en la que se tomaban importantes decisiones que dictarían el destino del mundo. Los objetos se hipostasiaban (palabra del doctor) como por arte de magia con sólo introducirlos en un ámbito distinto, porque comenzaban a funcionar como engranajes indispensables, y ya no importaba que fueran prosaicos trozos de plástico sin valor, porque dentro de la maquinaria cumplían una función. Al doctor le inquietaba el fenómeno por el cual los objetos cambiaban de valor, y comenzó a experimentar con ello: rescató del bote de la basura la bomba de flotación del retrete,

que poco antes se había picado y su padre desechara con alharaca, y la colocó en el centro de una maqueta que no le habían encargado en la escuela. Alrededor de la bomba de cobre, verdosa y con aire de resto antiquísimo de un naufragio, colocó a una serie de personajes, hincados, inclinados, o al menos haciendo reverencia hacia ella. La sensación que producía la maqueta era impactante, el doctor había sabido reproducir, ya no un lugar concreto, sino un sentimiento religioso. La madre del doctor entró un día a su cuarto y se espantó ante tal expresión de paganismo exhibicionista: ¡cómo que la bomba del retrete podía ser un objeto de culto! Y aquí fue donde la afición del doctor por los modelos tuvo que transformarse de nuevo para sobrevivir. Esta vez el doctor ya iba más rápido en sus inquietudes. Escuchó con paciencia el sermón de su madre, o hizo como que lo escuchaba, porque hacía planes ya para su siguiente maqueta. En la escuela había aprendido que también era posible construir modelos de cosas invisibles para nuestros limitados ojos: el reino de lo infinitamente pequeño, y que como premio a la audacia por crear reproducciones visibles de lo invisible, el autor se convertía en hombre célebre. Niels Bohr, a partir de la estructura de sus modelos y del estudio de la disposición de sus componentes, descifró las propiedades de cada tipo de átomo; así que sus trabajos —unas cuantas maquetas de aquello que los griegos sabían que existía, pero que no supieron mostrar a la plebe—, habían sido coronados con el reconocimiento mundial.

EL DOCTOR ADMITIÓ ante mí que a veces miraba las cosas con mucha llaneza, porque cuando expuso en clase sus razonamientos acerca de la fama como premio a los modelos, se burlaron de él por obtener conclusiones tan simplistas; pero que, por otro lado, su manera de razonar siempre lo llevaba un paso delante de los otros, porque mientras sus compañeros se ocupaban de llenar álbumes con estampas de los actores de las películas de moda, él coleccionaba las de las biografías de los hombres de ciencia. Hombres que merecían un lugar preponderante en las enciclopedias, calles en ciudades de todo el mundo bautizadas con sus nombres, salas de museos y monumentos erigidos a su persona... La fama de los científicos no se pudría en pocos meses como la de los actores de la película del momento. Y todo ello sin tener que luchar brutalmente contra ningún enemigo, ni exponer su integridad física, por ejemplo, como habían hecho los héroes de la patria. Los científicos no obtenían por la fuerza lo que sí ganaban a través de su observación aguda de la realidad, en combinación con su destreza de entregarla en otro formato, uno más asequible a estos ojos pobrecitos que no ven más allá de sus narices y estas narices inútiles que no olisquean la verdad más arriba de sus ojos. Porque nuestros sentidos nos alejan de la realidad mucho más que a los otros animales, por eso los catalejos y el microscopio. Las clases escolares se convirtieron en una galería de personajes famosos que habían merecido el premio Nobel gracias a ofrecer modelos que, entre más simplificados, mejor: la realidad explicada a los idiotas; la realidad puesta a sus pies, desnuda,

sobajada; la realidad cortada en cubitos de colores, con números de inventario y código de barras; la realidad hecha realidad a través de la ficción.

Pero para el doctor, el haberse encontrado con aquella mujer negra, tan elemental y analfabeta, que le regaló un triángulo de tela, lo marcó para siempre. Una tarde lluviosa el doctor corría para llegar a casa, sus pies patinaron y cayó en un gran charco de agua al pie de la ventana de su vecina, mujer negra de gran peso y bemba colorada. La vecina miró al pequeño doctor, delicado como hoja de árbol, aterrizar en el agua, y decidió sorprender a la tarde saliendo de casa, con todo y su silueta monolítica, para rescatar del fango al adolescente. Se produjo un cuadro de lo más peculiar: un enorme cuerpo negro que tomaba entre sus brazos a la pequeñez blanca del doctor, quien se sentía protegido entre las oleadas de carne de la mujer. El doctor, tan entero en la cortedad de su propia presencia física, fue llevado por la negra al interior de su casa. Sobre el sillón de la sala, se dejó retirar la ropa mojada y que lo frotaran con una toalla olorosa a caoba para quedar seco en unos instantes. A continuación, recibió una friega de alcohol propinada con manos fuertes y vertiginosas. Esas manos que lo tocaron por todas partes con desembarazo, mientras el calor recorría el cuerpo del doctorcito y su temperatura se elevaba sin que supiese si la reacción era ocasionada por el alcohol o por la excitación que le producían el par de tortas de carne negra que lo manipulaban con naturalidad; aunque también tenía que considerar como posible responsable a la bemba colorada, que actuó como ventosa móvil recorriendo su piel a la altura de los pulmones y que entre succión y succión murmuraba palabras incomprensibles. El cuerpo de adolescente que en ese momento ostentaba el doctor no consiguió evitar, ni por poco, una rápida erección de su pene, por más que intentara desviar la atención hacia el techo descascarado, a los focos pringosos. La erección se mantuvo, era notoria, pero a la negra no le importaba, ¿o sí?, lo seguía sobando. Si a ella no le importaba, pues a él menos. Ella le succionó el vientre y su pene intentaba independizarse del cuerpo del doctor, despegar como cohete. El rostro de la negra rozó su pene por vez primera y el doctor calculó que fuera accidental. Pero luego la bemba roja se posó a lo largo de su yo más palpitante. La sensación le hizo olvidar quién era y dónde estaba. En el interior de la cabeza del doctor una manada de aullidos se había acumulado y buscaba salida; por fin halló un camino a través de la parte inferior del cráneo y corrió a través de la espina dorsal; el chorro de aullidos terminó por salir disparado a través del conducto que, en las ya no tan asquerosas criaturas, carecía de falanges, falangetas y de estructura ósea alguna. La negra reía nasalmente mientras el doctor se llevaba las manos a los testículos; ella se las retiró para que le permitiera asearlo con la toalla. Lo dejó reposar en el sillón de la sala y se puso a planchar la ropa del doctor. Cuando él salió a la calle, la sensación de tibieza se mantenía aún en su cuerpo y la conservó, incluso, hasta muy avanzada la noche.

Por vez primera el doctor no enfermó de la garganta y ni siquiera tuvo un resfrío después de haberse empapado. En son de agradecimiento visitó a la negra al día siguiente, llevándole una canasta de fruta que sustrajo de la cocina de su casa. La negra lo recibió sin decir palabra, olfateó la fruta y se mantuvo atenta a la ropa ajena que planchaba. El doctor no sabía qué hacer y se fue a un rincón, desde donde observaba los movimientos de su anfítriona. Más tarde la negra terminó con la montaña de ropa para planchar y escanció leche en un par de vasos de plástico. Ambos se sentaron a la mesa de la cocina y bebieron la leche en silencio. La negra produjo un estruendo al morder una manzana roja y rió, luego fue un momento a su recámara y al regresar trajo consigo un triángulo negro de trapo, con costuras mal hechas, y lo depositó en las manos del pequeño doctor. Entonces la negra abrió la bemba para hablar:

—Éste eres tú... cuídate. Tu nombre será duro como cristal... cuídalo...

Antes de entregárselo y de que el doctor se marchara, ella acarició el triángulo y al instante él percibió en su cuerpo un calor comparable al que la negra le había ocasionado el día anterior. Si no lo había tocado a él, ¿cómo era posible que experimentara tal sensación? El doctor recibió el regalo como si tomara a un recién nacido (muchas veces, en el futuro, el doctor rememoraría el acontecimiento, cargando el énfasis en el símil del nacimiento), lo alojó en su chamarra y se despidió. Nunca más estuvo de nuevo en casa de la negra. Una semana más tarde aconteció el episodio del linchamiento moral en contra de la negra, a manos de los vecinos, quienes consiguieron que no se le renovara el contrato de renta de la casa que alquilaba. Así, la negra salió del barrio, una madrugada, para no regresar nunca, aunque su efigie se mantuvo presente tanto tiempo en la vida del doctor. La acusaban de brujería y el doctor no logró contrarrestar el odio de la gente.

—¡Lo que hacen con ella es tremendamente injusto! ¡Son unos patéticos ignorantes!

El gesto de los vecinos se endureció, ¿y quién escucharía a un adolescente pálido que abogaba por una mujer negra y gorda, conocida en el barrio por preparar pócimas y otras porquerías? El doctor deseaba contarles su experiencia; que pocos días antes esa mujer lo había salvado de un resfrío seguro que, con su salud tan débil, pudo haberle ocasionado estragos incalculables; que lo inició en el sexo y además le dio un regalo que no acababa de comprender, pero que sabía se trataba de algo de suma importancia para él. El doctor enmudeció de pronto, mientras adivinaba en el rostro de aquellos hombres experiencias especiales que también habían tenido con la negra, adivinaba el sexo que gozaron alguna vez con ella. ¿Entonces por qué la echaban?

EL DOCTOR DESCUBRIÓ que tanto la ciencia como la magia suelen esgrimir diversos tipos de modelos y reproducciones de la naturaleza, pero mientras la primera persigue el conocimiento, la segunda pretende ejercer un control... La negra se fue y en su lugar llegó una familia a ocupar la casa. Durante mucho tiempo el doctor invocó la imagen de aquella mujer que poseía un saber completamente distinto al de los científicos y una forma de actuar, con respecto a la realidad, que corría en sentido inverso al de aquéllos; la negra transitaba por un camino tan oscuro y oloroso como ella, un camino ciego y feliz, a diferencia de la racionalidad frígida y deslumbrante de la ciencia. ¿Cómo había sido posible que la negra produjera calor en su cuerpo sin tocarlo? ¿A través de una especie de magia vudú? La negra dijo:

—Éste eres tú... cuídate. Tu nombre será duro como cristal... cuídalo...

El regalo estaba ligado a él. Claro. Pero, un momento, a pesar de que ella acarició el triángulo y, con absoluta claridad, el doctor sintió un calor recorriendo su cuerpo, no se trataba precisamente de un muñeco que imitara su anatomía, como la muñeca de su hermana, sino de una figura geométrica de tela negra, rellena con estopa o trapos viejos. Como todo mundo, el doctor poseía nociones superficiales sobre el tema, pero siempre pensó que, aparte de tratarse de un simple mito, sólo se llevaba a cabo con muñecos. Recostado en su cama, observaba durante horas el triangulo negro. La mujer había dicho:

—Éste eres tú…

Haciendo abstracción, el triángulo bocabajo podía recordar a un hombre con los brazos abiertos, aunque quizá la similitud no funcionara por el lado de lo evidente. De cualquier manera, el truco debía residir en otro aspecto, porque cualquiera podía hacer un muñeco y no por eso producir un efecto como el de la negra. En las películas solían pegar una foto en la cara del muñeco, un mechón de cabello o cualquier otro objeto de la víctima: algo que estableciera una relación más personal entre el muñeco y la víctima. ¿Qué tendría que ver un triángulo negro con el doctor? Bueno, estaba el número tres de aquellas pesadillas en que la maestra le advertía que él siempre sería un tres. En cuanto saliese a la calle, comenzaría su vida dolorosa del tres. Aunque la amenaza del tres no sólo era para él y sus compañeros, sino también para la maestra y todos los que les habían precedido en la salida. Entonces, el doctor acudió a la biblioteca pública para documentarse acerca de la idiosincrasia que priva en la mayoría de las prácticas mágicas que pretenden influir sobre la realidad mediante un objeto que represente a otro: lo que se realiza sobre el modelo modifica a lo representado por medio de analogías. El vudú era sólo una de las magias más populares. El doctor tardaría aún mucho tiempo en resolver el problema de la similitud escondida en el triángulo (cuando años después soñara con la negra); en ese momento, lo que llamó su atención fue el modo tan distinto de conferirle valor a un modelo. Bohr y los científicos creaban representaciones, ya fueran físicas o conceptuales, a semejanza de la realidad, para comprenderla y luego explicar cómo funcionaba. Pero parecía que la magia intentaba manipular la realidad a partir de la

semejanza, es decir, en vez de examinar la realidad por medio de un objeto o de un razonamiento teórico, como hacía la ciencia con todas sus leyes y teoremas, la magia intentaba sugerir algo a la realidad: la relación entre los semejantes corría en sentido inverso. La posibilidad de influir en el mundo sin actuar directamente sobre él planteaba al doctor una cuestión inquietante. Lo que la negra le hizo sentir al tocar el triángulo lo experimentó en carne propia y en alma propia. Nadie le podía contar... Entre la gente, pensaba el doctor recostado en su cama, persiste un pensamiento primitivo mágico. La ley de la gravedad es un modelo teórico, enunciado por un hombre a partir de la observación de un fenómeno y, si bien se refiere a que los objetos siempre responden a la atracción gravitacional, la manera en que mucha gente la formula es, curiosamente, por completo al revés, la gente dice: un objeto cae al suelo debido a la ley de la gravedad. Lo cierto es que los objetos no obedecen a ninguna ley, menos a una elaborada por los seres humanos. Pareciera que una fórmula mágica obligara a actuar así a los objetos, cuando se trata más bien de un fenómeno de la naturaleza, eso sí, muy misterioso. El doctor estrujó el triángulo de tela negra, intentaba comprimirlo hasta que cupiera en el hueco de sus manos. Aunque no sentía nada en particular, reconsideró sus intenciones dejando que el objeto se expandiera y recobrara su tamaño natural.

Desde esta mesa, y por encima de las cabezas de los encapuchados, alcanzo a ver a través de la ventana las luces de la ciudad abriéndose paso en la negrura de la noche. Esta ciudad es muchas ciudades juntas. Es un cúmulo de islas sin nombre común. Carece de nombre propio y, por lo tanto, de identidad. Por eso sus pobladores sufrimos el caos. Distrito Federal no es nombre de ciudad, así como no hay persona que se llame Ciudadano o Habitante. Pocos países nombran a su capital con una designación tan fría, que sólo se refiere a la función política que desempeña: ser el asiento de los poderes de la federación; también le otorgan un nombre propio: Buenos Aires, Caracas, o incluso Brasilia (imagen feminizada del país, muy de acuerdo con su personalidad). Ciudad de México es un apelativo tan absurdo como lo sería llamar a París Ciudad de Francia, una urbe no es el país entero. Aunque el nombre oficial de nuestra nación sea Estados Unidos Mexicanos, nadie en su sano juicio le llama así (excepto la ley, que como todos sabemos no tiene juicio), sino: México; nuestra nacionalidad se denomina: mexicana. Esta ciudad carece de nombre propio y no comprende que ella misma es distinta al país. Por eso los problemas de identidad, la esquizofrenia.

LA CIUDAD PERMANECE escindida en dos grandes hemisferios: norte y sur. En algunos puntos del norte se concentran personas que se dedican a actividades oscuras que las del sur critican con mordacidad. No obstante, cuando las del sur son desdichadas en

el amor, desahuciadas por la medicina o necesitan decidir asuntos importantes, visitan a las del norte. ¿Puede la gente del norte, con su ignorancia, su pobreza y sus atavismos, procurar ayuda a la del sur?

EN EL HEMISFERIO NORTE de la ciudad había una casa frente a la que unas veinte personas se formaban, cada mañana, en espera de que las recibiera una vieja de nombre Jovita. Las personas iban con ella porque no podían pagarle a un médico o porque confiaban más en doña Jovita. Cada mañana se abría el zaguán de la casa y, una por una, las personas conseguían entrar. Jovita las recibía en su alcoba y les dedicaba alrededor de veinte minutos por cabeza. Ella no cobraba a la gente, pero aceptaba de buen grado lo que le diera, sin rechazar nada, ya fuese dinero, comida o cualquier bien. Con mucha frecuencia, por las noches, un automóvil del año se estacionaba frente a la casa de la anciana y descendía una figura que entraba con premura. Para los clientes nocturnos sí existía una tarifa, por cierto, bastante alta. La fama de doña Jovita alcanzó los oídos del doctor, habitante del sur, y él decidió acercarse a la anciana para conocer su manera de operar; no le importaba que lo vieran a plena luz del día por los alrededores de la casa de Jovita: deseaba aprender. Una mañana se integró a la fila de los menesterosos, en la que lo mismo se encontraban una mujer embarazada, un niño en total estado de desnutrición o un hombre con la nariz tan torcida que su trabajosa respiración producía un ruido excesivo, pero también la mujer desconsolada por la traición del novio, el desempleado y el que tenía un negocio que no prosperaba. Al único a quien no admitía doña Jovita era al que intentaba infligir un daño a otro. El agravio y la venganza estaban proscritos del feudo de Jovita. El doctor esperó paciente su turno. Las historias de sus compañeros de fila gravitaban a su alrededor. Por fin tuvo su oportunidad de conocer a doña Jovita, una mujer mayor de edad que bien podía haber atendido un puesto de verduras en un mercado sin llamar la atención.

- —¿Y a usted, muchachito, qué le duele, qué le falta, quién lo despreció, qué objeto ha perdido, desde cuándo no duerme? Se ve paliducho.
  - —No puedo mentirle, señora. La verdad es que quiero aprender.
- —No hay nada que aprender ni nada que yo te pueda enseñar. ¡Ya vete, porque mucha gente me necesita!

Pero el doctor no era de los que se dan por vencidos a la primera. Se dirigió al ayudante de Jovita para informarse de cuándo se llevaban a cabo las operaciones milagrosas sobre las que tanto se decía que ella practicaba, ya que quería asistir a una, y se asombró al saber que la anciana no fijaba horarios especiales para sus intervenciones sino que las ejecutaba durante sus consultas rutinarias, incluso a veces de manera espontánea. Cuando Jovita recibía a alguien que ella juzgaba debía intervenir, de pronto soltaba:

—Ahora vamos a operar —y su ayudante preparaba la mesa de inmediato.

El doctor invitó a comer al ayudante para interrogarle con libertad fuera de la casa de Jovita. Entre mordida y mordida a sus tacos de bistec, el hombre contó cómo había llegado con Jovita siete años atrás. Su hija padecía una enfermedad de esas con que sólo unos pocos habitantes de esta ciudad salen sorteados, una enfermedad de nombre raro, que llevaba el apellido de su descubridor. Los médicos la habían desahuciado y, aunque Jovita tampoco la pudo salvar, sí consiguió que su vida se prolongara mucho más allá de lo pronosticado por el equipo que la atendía antes de que el padre sacara a su hija del hospital, a medianoche, y la llevase con Jovita. La niña finalmente murió, era cierto, pero las operaciones de Jovita mejoraron mucho las condiciones de vida de los últimos meses de la niña sobre la Tierra. Cuando la niña expiró, Jovita dijo: así debía ser. Y el padre, que había prestado auxilio en cada una de las operaciones de su hija, decidió permanecer fiel a la curandera. Desde entonces encontró otra motivación para seguir adelante: ayudar a Jovita a ayudar a los demás, porque antes su hija había sido su único motivo para vivir. Jovita operaba sobre una mesa de comedor forrada con una capa de plástico y un par de sábanas. La función del ayudante en ese caso era proveer a Jovita de algodones y alcohol mientras ella operaba sin necesidad de bisturí. Después de hacer unos pases con sus manos, Jovita simplemente abría al paciente como si fuera una fruta jugosa: metía los dedos en su cuerpo y extraía algún tumor para eliminarlo, o algún órgano para componerlo: cuestión de sólo darle unos golpecitos para que funcionara de nuevo y devolverlo a su sitio. El doctor se fue ganando la confianza de Jovita proveyéndola de paquetes de puros, que ella fumaba con sumo placer, y de veladoras y yerbas de uso frecuente en la farmacopea de la curandera. Al principio el doctor iba a la casa de Jovita cada tercer día al salir de la preparatoria; después, a diario, y comenzó a fungir como auxiliar del ayudante de Jovita; incluso, cuando era necesario, llegó a sustituirlo.

POR FIN, una tarde, el doctor tuvo la oportunidad de asistir a su primera operación. Jovita decidió de pronto que era el momento apropiado para hacerlo, porque el paciente estaba listo y no se sentían muchas interferencias en el ambiente: recién había llovido y la atmósfera estaba limpia:

## —Ahora vamos a operar.

La anciana cerró los ojos y casi de inmediato su actitud cambió. Los músculos de su cara se relajaron, modificando el aspecto de su dueña, a tal grado que parecía que se trataba ya de alguien con una personalidad distinta: un hombre oriental, con serenidad en el gesto y una postura decididamente característica de hombre sabio. ¿Cómo explicar la sensación de percibir que se está frente a un hombre sabio sin haber escuchado una palabra de él? Por sí mismo, su silencio era convincente. El cuarto donde operaba Jovita no poseía nada de excepcional, las cortinas color café dejaban entrar poca luz, había una máquina de coser, un par de sillas de bejuco y carretes de hilo amontonados en una caja de cartón. Más parecía un cuarto de costura

que un sitio donde algo excepcional estuviera a punto de suceder. El paciente era un niño con debilidad visual, que había asistido varias veces a consulta. Según Jovita, el niño necesitaba un trasplante de ojo:

### —Ahora vamos a operar.

Jovita ya no era Jovita, o al menos eso parecía. El oriental dentro de ella realizó algunos movimientos previos, parecidos a los de los ancianos que practican Tai Chi en los parques del hemisferio sur de la ciudad. El doctor vestía de blanco, color reglamentario de los colaboradores de Jovita, y por instrucciones previas se ocupó concienzudamente de limpiar con algodón remojado en alcohol el rostro del niño de diez años, mientras el ayudante iba a la cocina, abría el refrigerador y, del congelador, sacaba un ojo. El sabio oriental recibió el ojo y lo mantuvo entre sus manos, quizá con la intención de descongelarlo, luego se lo encargó por un momento al doctor y él lo sostuvo atónito. Era un ojo de verdad, con su nervio óptico colgante, pues, en efecto, ya no estaba congelado. El oriental utilizó los dedos desnudos de Jovita para imitar una cuchara con la que retiró, con movimiento rápido y seguro, el ojo del niño... Por lo menos eso es lo que se apreciaba desde la perspectiva del doctor, que permanecía justo al lado del oriental. El doctor no podía creer lo que estaba viendo: la cuenca izquierda del niño quedó cubierta por una gelatina opaca, de tal manera que daba perfectamente la impresión de que el ojo ya no estaba ahí. En cambio, la mano del oriental sostenía un objeto que bien podría haber sido un ojo, aunque, de tan azorado, el doctor no podía asegurar nada. El oriental extendió su mano hacia el doctor en busca del ojo nuevo y, con otro movimiento habilidoso, lo integró en la cuenca del rostro del niño. Para concluir, el oriental le entregó al doctor un objeto que claramente sí era un ojo. El doctor se mantenía perplejo. Por un lado, el recuerdo de la negra lo inclinaba a pensar que había dado con una bruja mayor, pero, por el otro, compelido por su galería de científicos, no dejaba de sospechar que tal vez se tratara del mismo ojo que él le acababa de entregar, aunque éste se encontraba envuelto en una sustancia gelatinosa y permanecía tan tibio como si hasta hacía pocos segundos hubiera pertenecido al organismo del niño. Sólo restó limpiar al paciente y llevarlo a la sala para que sus padres le colocaran un parche sobre el ojo, mientras Jovita se desprendía de su personalidad de sabio oriental con la sencillez con que se sacaba cualquier vestido. La consulta con todo y operación no duró arriba de veinte minutos.

Nadie había considerado la posibilidad de que Jovita muriera algún día. ¿Y cómo murió Jovita? En un tipo de accidente que ni la mejor de las brujas hubiese podido evitar en esta ciudad: fue atropellada por un camión de los que viajan a toda prisa a contraflujo por los ejes viales. Jovita había ido a desayunar al mercado y, de regreso a casa, cruzaba la calle mirando que no vinieran automóviles cuando de pronto sólo alcanzó a escuchar un bocinazo a su espalda. Según los del servicio forense, murió en el instante del impacto; según los testigos, salió volando como diez metros. El día que

Jovita murió, la velaron en su cuarto, sobre la mesa de operaciones. El desfile de pacientes y de gente agradecida duró casi dos días. A su casa llegaron coronas fúnebres y arreglos florales que saturaron hasta la cocina. Dicen que las malas noticias son las que viajan con mayor rapidez. Resultó que Jovita tenía hijos que vivían en Los Ángeles y que aparecieron a primera hora del día siguiente de su muerte. Eran tres: dos hombres y una mujer. Llegaron con actitud de urgencia, aunque quizá para ellos no se tratara exactamente de un acontecimiento trágico, pues lo primero que discutieron fue cómo se iban a repartir la supuesta fortuna que su madre mantenía oculta en algún recoveco insospechado de la casa. Después del entierro, el doctor regresó a casa de Jovita a recoger algunas ropas suyas y encontró a sus tres hijos removiendo los marcos de las puertas y las baldosas del piso del baño y de la cocina en busca del tesoro. Ya habían movido y revisado los muebles hasta el cansancio, sin descubrir un solo centavo, pero en cambio hallaron innumerables tripas de cerdo, rellenas con sangre, algunas, y otras con gelatina, que su madre había dejado escondidas en lugares estratégicos: entre el plástico y las sábanas que cubrían la mesa, y en el marco de las ventanas. Para los hijos, lo humillante no fueron sus manos sucias de sangre y gelatina, sino las riquezas que no encontraron por ningún lado.

—¡Esto sí es un contratiempo! —gritó uno de ellos.

Pero al doctor no le pareció un contratiempo, sino un contraespacio, un lugar siniestro que vomitaba tripas de falsedad de una persona en la que había comenzado a confiar. Jovita: ¡qué gran timadora resultó ser! ¡Cómo fui tan bruto! ¡Y ya ni siquiera le puedo reclamar!, pensaba el doctor, mientras los hijos alborotaban con sus pasos nerviosos el polvo blanco del yeso y el rojo de los ladrillos, quejándose por no encontrar nada. El doctor salió de la casa de Jovita, que de la noche a la mañana se había convertido en ruinas, en polvo, en nada. Caminó por las calles del hemisferio norte de la ciudad, entre talleres mecánicos y fábricas. Un turno laboral terminaba y otro daba comienzo: grupos de trabajadores iban y venían, algunos arrastrando los pies, otros, con el cabello húmedo y bien peinado. Pronto el tumulto se disipó: a los que regresaban a casa se los tragó el subterráneo; por su parte, las fábricas devoraron a sus obreros frescos con eficacia. Comenzaba a oscurecer y al doctor las calles le parecían iguales, ¿cómo salir de ahí si ninguna tenía placa que la identificara? Los lugareños las conocían tan bien que los nombres eran innecesarios para ellos, pero no para él. Qué diferencia con las calles del sur, iluminadas y con el nombre siempre visible. El doctor caminaba hacia el sur, ya sin tratar de saber el nombre de las calles, convencido de que daba lo mismo: de cualquier manera la ciudad en sí misma carecía de nombre.

CUANDO EL DOCTOR tuvo que elegir carrera, se sentía tan defraudado que intentó anclarse a una profesión ajena a esoterismos baratos. Y es que aparte de las leyes

científicas y las mágicas, él descubrió que existía una manera más práctica de ejercer influencia sobre la gente y los objetos: la demiurgia jurídica, la creación de las leyes que gobiernan el comportamiento del hombre en sociedad. El doctor se había vuelto tan escéptico como cuando el mago Houdini se convirtió en el principal desenmascarador de charlatanes, después de haber soportado a innumerables mediums que le prometían contactar, desde el más allá, a su madre muerta; así que desde que ingresara a la Facultad de Derecho, el doctor se encargó de realizar los trámites legales necesarios para fundar una *coalición de escépticos*, que tenía por objetivo denunciar a los farsantes que lucraran con la ignorancia de la gente. Él, en su calidad de presidente, y los otros tres miembros de su asociación se reunían cada viernes en un salón vacío de la facultad para comentar a los demás miembros el avance de sus investigaciones:

- —Durante un reconocimiento de la zona a mi cargo, se detectó a un timador que ofrece inyecciones de una sustancia que estimula la producción de melatonina para recuperar o prolongar la juventud. Investigación: A) No existe sustento científico que compruebe la relación entre la melatonina y una acción rejuvenecedora. B) No se tienen datos de cuáles sean los efectos verdaderos de una sobreproducción de dicha sustancia en el organismo humano. Acción a seguir: Denunciar ante la Procuraduría del Consumidor.
  - —Perfecto —acotó el doctor—. El que sigue.
- —Después de inspeccionar mi zona, encontré a una jovencita repartiendo volantes en los que se ofrecen servicios de una supuesta guía espiritual para resolver problemas de índole amorosa, laboral o de salud. Acción a seguir: Iniciar investigación mediante solicitud del servicio de guía espiritual por parte de cliente simulado.
  - —¿Quién va ser el tal cliente? —preguntó el doctor.
  - —Pues yo, ¿quién más?
  - —De acuerdo. El que sigue.
- —Bueno... en mi zona hay un curandero que vende unas pastillas para que la gente deje el alcohol. Investigación: Averiguar cómo se supone que funcionan las susodichas pastillas y qué efectos producen en quien las ingiere. Acción a seguir: Depende.
  - —¿Cómo que depende? —inquirió el doctor.
  - —Es que parece que realmente sí funcionan las pastillas.
- —¡Pero cómo puedes creer que una enfermedad incurable como el alcoholismo se quite con unas pastillitas. Estamos aquí para acabar con los charlatanes, no para convertirnos en sus adeptos!
- —Es que parece que no es que curen en sí, sino que el alcohólico queda impedido para beber una gota más.
- —A ver, préstame tus apuntes. Propongo un intercambio de investigación. Necesito indagar yo mismo. Bueno, con esto terminamos por hoy.

MIENTRAS EL DOCTOR se encontraba en el cine disfrutando de una película rancia en blanco y negro, y de una enorme bolsa de palomitas policromas recién endulzadas con caramelo de distintos sabores, en su casa se presentaba una emergencia familiar. Al regresar a su domicilio, el doctor se enteró por boca de su hermana que su padre había sido llevado con urgencia al hospital. Sin pronunciar palabra, notoriamente pálido, se volvió a poner el abrigo y salió hacia el hospital. Por el camino, consideraba la posibilidad de que su padre muriera, entonces él se convertiría en cabeza de familia, aunque no deseaba enfrentar mayores responsabilidades de las que ya tenía... El incidente se produjo mientras su padre y sus amigos del club de alpinistas departían en la sala. Después del primer trago de tequila, al padre del doctor se le congestionó el rostro a tal extremo que parecía que lo hubieran golpeado. Los brazos y el pecho se le llenaron de ronchas a velocidad inusitada; comenzó a vomitar de manera abundante mientras se quejaba de un dolor intenso en el pecho. Los amigos no perdieron tiempo, siempre alerta en casos de emergencia, y lo cargaron hasta la camioneta de uno de ellos. Ya en marcha, durante la primera mitad del camino, los hombres discutieron (incluido el padre del doctor) acerca de cuál era la clínica más cercana, aunque al final optaron unánimemente por una que estaba en el sur, en donde recibiría mejor atención. El norte siempre tan poco de fiar... La segunda mitad del camino discutieron sobre los síntomas, porque las ronchas más los vómitos les hicieron pensar en una posible intoxicación, mientras que el dolor de pecho —junto con los mismos vómitos— los inclinaba a creer en un ataque cardiaco. Luego entonces, los vómitos se convirtieron en el pivote de una sintomatología ambigua para las opiniones *expertas* de los amigos del padre del doctor. A pesar de los síntomas tan virulentos que sufría, de las constantes discusiones y de saber que sus amigos eran capaces de ir a entregarlo a cualquier matarife si se trataba de una simple intoxicación, lo que le dolió en serio fue que creyeran en la posibilidad de un ataque cardiaco; eso sí lo entristeció, porque una vez que se adquiere el boleto de entrada al grupo de los enfermos de males cardiacos, discurría mientras se sobaba el torso, jamás se sale de él, queda uno marcado de por vida; estos desgraciados ya me ven con una válvula de plástico en el pecho, impedido de por vida para subir cualquier pinche montañita: ¡cómo se les ocurre! Al llegar al hospital el diagnóstico fue, ¡qué alivio!: intoxicación severa. En un par de días el padre del doctor se encontraba otra vez en casa vaciando en el excusado las botellas de que disponía pero, a cambio, compró una caja nueva e invitó a sus amigos para celebrar que no era ningún enfermo y planear su próximo ascenso a una montaña que representara mayores retos. Sin embargo, el siguiente ascenso que realizó no fue a ninguna montaña, sino al piso de terapia intensiva, porque al beber un segundo tequila cayó a media sala y de nuevo fue llevado de emergencia al hospital, donde lo subieron a la sala de terapia intensiva, antesala de la muerte, ubicada en un tercer piso, con la

advertencia para la familia de que, de sobrevivir, podía quedar en estado vegetativo. Mientras el doctor esperaba a que su padre saliera de la crisis, imaginó un bulto verdoso recostado en una cama, al que habría que regar diario, retirarle las hojas secas y hablarle amistosamente. El padre del doctor superó la crisis y salió del hospital con un gesto de máscara funeraria, atribuible a su renuncia forzosa al alcohol y al alpinismo, y que portaría muy adecuadamente hasta el mismísimo día de su deceso, aunque éste iba a llegarle algunos años después.

SI ESTIRO EL CUELLO alcanzo a ver mi reflejo en el cristal de la ventana. Envidio a mi reflejo por estar tan ausente de este mundo, inscrito en su propia ligereza. En cambio yo, aquí estoy sumido en este lado, mi lado, donde las cosas poseen un peso real y las balas matan de verdad. San Agustín describe la actitud de un bebé de pecho cuando su hermano de leche es alimentado frente a él. La mirada es oscura, la boca se tuerce. El primer bebé se observa en un espejo que le devuelve una imagen empequeñecida de sí mismo y que amarga su alimento próximo. Tal vez sea la primera vez que la envidia domine al bebé, no se sabe, pero no será la última, eso sí es seguro.

La coalisión de escépticos cobró notoriedad en la Facultad de Derecho cuando al doctor se le ocurrió organizar una conferencia sobre criminalidad y brujería que ocasionó un lleno total en el auditorio. Había leído en el periódico un artículo modesto acerca de la reciente aparición de la novela de un escritor que trataba esos temas, acudió a la presentación y mientras el autor leía un capítulo de su obra, pensó que tenía que llevarlo a la facultad, en donde siempre había reinado una gran admiración por la literatura, y en especial si se trataba de la obra de un novelista interesado en lo criminal. Los integrantes de esa facultad sostienen una relación peculiar con las letras, ya que todo buen abogado que aprecie el valor de la palabra precisa y contundente anhela convertirse en maestro de la palabra algún día, aunque al mismo tiempo sea capaz de despreciar al escritor, suerte de pariente descarriado de la profesión, tan egocéntrico que utiliza la palabra en malabarismos ilusorios, ficticios, en vez de formular argumentos reales encaminados a demostrar la culpabilidad del delincuente o a salvar al inocente de las garras de un juez. Para agrado del doctor, Manfredo accedió dócilmente a ir a su facultad, y ni él mismo previó el embeleso en que el escritor mantuvo a sus colegas mediante su charla durante casi tres horas. En la siguiente reunión del grupo de escépticos del doctor, se decidió proponer una planilla para las próximas elecciones de la mesa directiva estudiantil, aprovechando la popularidad del momento; el triunfo se obtuvo sin dificultad alguna.

EL DOCTOR LE DEBIÓ a Manfredo el primer paso en su carrera política, y se sintió muy agradecido hacia él, pero al mismo tiempo su imagen le resultaba perturbadora, pues, por mera coincidencia, Manfredo despegó en su carrera con la novela en cuestión, ya que antes había publicado un par de obras sin alcanzar notoriedad alguna. Al doctor no dejaba de acosarlo el pensamiento de que si él no hubiera intervenido, Manfredo no se habría hecho famoso, a pesar de comprender que su asistencia a la facultad no intervino en el encadenamiento de los hechos que catapultaron al escritor hacia el éxito. Se trataba sólo de una coincidencia... Aunque, de la noche a la mañana, de ser un escritor conocido sólo por sus amigos, Manfredo pasó a ser el novelista más cotizado para entrevistas en radio y televisión, mientras que el doctor ganó unas insignificantes elecciones estudiantiles dentro de la facultad. ¿Qué significaba su inadvertido logro al lado de los comentarios halagadores que Manfredo provocó, a partir de entonces, en los críticos literarios más exigentes del país? No, el doctor no le encontraba justicia a la coincidencia. ¿Por qué no era él quien salía a cada rato en los medios de comunicación, en vez del otro? ¿Por qué la madre Fortuna ofrecía su pecho pletórico a Manfredo y no a él? El doctor comenzó a ir a cada lectura pública de Manfredo, veía en él a un hombre al que la audiencia prestaba rigurosa atención a los gestos que hacía, un personaje que pronto alcanzaría un lugar prominente en las enciclopedias, y que al final de cada presentación apoteósica, cuando el cúmulo de espectadores se acercaba a pedirle un autógrafo, apenas si reconocía al muchacho que lo había invitado a su escuela medio minuto antes de hacerse famoso.

SEGÚN EL DOCTOR, Dios se halla presente en cada uno de nosotros, es cierto, pero lo que nos ha tocado de él no es sino un fragmento infinitesimal, porque al darse a los seres humanos, Dios lo hace literalmente, y queda repartido entre los millones de almas que han poblado y seguirán poblando el planeta. Poseemos una parte tan increíblemente pequeña de él, que cuesta un trabajo enorme identificarla. En ocasiones, la vida entera se escapa en esa búsqueda. Si reuniéramos la astilla divina de cada uno de los seres humanos, la suma de los fragmentos arrojaría como resultado al ser perfecto; consumaríamos la reconstrucción de Dios. Las personas nacen con una sola astilla divina, en casos excepcionales, con dos; las personas que poseen tres son tan raras que surgen cada milenio. Algunas tienen la astilla tan oculta que jamás podría ser encontrada, ni siquiera después de la más paciente necropsia. A este toque divino, el doctor lo llamó talento. Afortunado aquel que tiene la suerte de descubrir cuál es el suyo y más aún, de saber explotarlo. Los talentos entregados a los hombres son tan específicos como distintos entre sí, y no hay duda de un par de hechos comprobadísimos: que algunos talentos parecen de lo más extraño y que no importa qué tan bueno sea el nuestro, siempre brillará más el del vecino.

Es necesaria la contemplación de las astillas para encontrar el todo. El aspecto más subestimado de la personalidad de alguien puede convertirse en el más sobresaliente, en el aspecto heroico que salve a la persona entera. Los alquimistas buscaron la astilla, la veta dorada dentro de sí mismos, porque quien encontrara su astilla y la supiera utilizar tendría en sus manos un gran poder... El doctor tuvo la fortuna de encontrar la suya, pero al principio no supo qué hacer con ella. Se preguntó qué podría lograr con ese único talento: su capacidad para hallar similitudes entre objetos, por lejanos que parecieran entre sí, o entre cualquier tipo de manifestaciones materiales o abstractas. Porque en eso consistía la capacidad espontánea que no había cultivado, por lo menos conscientemente. Si algo conocía de sí mismo el doctor, era esa cualidad. Podía escuchar cualquier balada popular y de inmediato sabía si la melodía estaba calcada de un autor clásico, y por supuesto recordaba al compositor y al intérprete. Es más, conocía cómo la naturaleza se imita a sí misma en un juego interminable de ecos: el acento de un grupo étnico que imitaba el canto de un pájaro que imitaba a su vez el sonido del viento, que a su vez era el remedo de otra expresión natural. Pero semejante talento servía para participar en los programas de radio y televisión del estilo: adivine la tonada, y el doctor no se hubiera conformado con ser la curiosidad de un programa dominical. Si a otros la comparación les había servido para hacer ciencia, magia, arte... aunque también desencadenaba la propia envidia, ¿a él para qué podría serle útil?

MI REFLEJO EN LA VENTANA es tan pálido como el rostro de un cadáver. Dicen que *cadáver* proviene del latín *Caro Data Vermibus*: carne dada a los gusanos, y que los antiguos romanos acostumbraban poner esa inscripción en los sepulcros, por lo que, con el paso del tiempo, las primeras sílabas de cada palabra latina se integraron en un solo vocablo: *Ca-Da-Ver*. El único problema es que nunca se han encontrado tumbas en las que aparezca escrito ese epígrafe como posible prueba de esa etimología. Lo más probable es que *cadáver* provenga de la raíz latina *cado*, que significa caer o caído. Existen falsas etimologías que se arraigan más en la conciencia de la gente que las auténticas, quizá porque presentan una verdad con mayor grado de espectacularidad que las legítimas: que va de la simple explicación de que la palabra *cadáver* proviene del verbo caer, a la dramática idea de que, al morir, nos convirtamos en alimento de insectos repugnantes.

LA MUERTE IMPONE al cuerpo su rigidez característica, blanquea el rostro y produce desagradables manchas violáceas en la espalda. El trato con los muertos nunca ha sido muy bien visto por la mayoría de la gente, y la que integraba la Facultad de Derecho no era la excepción. Pero esto al doctor no le importó demasiado, la cosa era ganarse la vida, y comenzó a ganársela entre muertos, entre los caídos. Encontró su

primer trabajo cuando su maestro de derecho penal les informó a los alumnos que había disponible una plaza de técnico en el servicio forense de la ciudad, cuyo director era su amigo, el médico Ovilla. El trabajo, que ningún compañero de su grupo quiso aceptar, a excepción de él, consistía en realizar levantamientos en horario estelar, es decir, recoger muertos de la calle por las noches y depositarlos en la morgue. El doctor vistió con gusto la bata blanca reglamentaria y recorrió la ciudad, que por las noches de sábado se festonaba invariablemente con cuerpos machacados sobre sus vastas extensiones de asfalto y que cultivaba cadáveres como hierbamala en sus lotes baldíos. Las cajuelas de los automóviles escupían cuerpos, los postes de luz arracimaban ahorcados. El doctor recolectó en su camioneta amarilla la producción de cada jornada: marcó con tiza blanca la posición del cadáver y se persignó siempre ante el primero de la noche. Al poco tiempo el doctor ya comandaba al equipo de técnicos, que al principio habían sido sus compañeros, y conducía la camioneta equipada con potentes fanales de halógeno para localizar los cadáveres a distancia. El doctor, siempre alerta (como los amigos alpinistas de su padre), divisaba los cadáveres y señalaba su posición con diligencia:

—¡Atención! Nuevo regalo a las mil cien horas.

El equipo se detenía a verificar que se tratara de verdadera carne fría (nada de paquetes a medio morir) y, antes de realizar el levantamiento, el doctor se deleitaba trazando la silueta correspondiente, que ya muy avanzada la madrugada, sufría excentricidades tales como la de contar con tres piernas o adoptar posiciones propias de un gracioso paso de ballet.

NEC SILENS MORS: no es silenciosa la muerte. Antes de que el turno terminara había oportunidad de regresar al Semefo a descansar. El doctor solía cavilar recostado sobre una plancha de acero inoxidable: Esto es lo que se siente, soledad frente al médico forense que, cuchillo en mano, intenta extraer la verdad de mi cuerpo, la verdad grabada en mis órganos: ¿muerte natural o provocada por medios artificiales?, ¿qué órgano falló primero y a qué hora? Interrogatorio con escalpelo en mano, con serrucho para el cráneo. Nuestro cuerpo hablando: Aquí, bajo el cuero cabelludo, tengo un hematoma que adquirí al caer de la cama del hospital. Aquí, en mis intestinos, se alojan los restos de mi última cena, pero si hasta el condenado a muerte tiene mejor fortuna porque conoce la hora de su ejecución, y gracias a ello puede comer algo más elaborado que un perro caliente (con sus excepciones, claro, porque está el asesino serial que eligió justamente una comida rápida antes de su ejecución, como diciendo: No tengo tiempo para una comida en forma, qué no ven que me urge llegar a mi ejecución). Había que colocarse sobre la plancha para sentir lo que el muerto, había que sentir el rigor del metal para comprender la campaña que el doctor propuso pocos meses después de incorporarse al servicio forense. Un poco de piedad para el muerto sin nombre, para la muerte huérfana que brotaba en el cadáver a la vuelta de la esquina. El doctor diseñó el proyecto *Adopte un muerto* y se lo presentó al director, el médico Ovilla, una mañana antes de dirigirse a sus clases en la Facultad de Derecho. El proyecto de campaña incluía los bocetos de un folleto explicativo y de un cartel. El doctor dejó la carpeta negra sobre el escritorio del director, quien metió la nariz entre su contenido antes de atender los pendientes que tenía ese día: asignar necropsias a los médicos y boletinar cadáveres no identificados.

PIDO PERMISO a los encapuchados para ir a mi archivero por unos papeles. Ellos, con toda desconfianza, me ordenan que les explique primero de qué papeles se trata.

—Se trata de una caja donde tengo diversos escritos del doctor, entre los que necesito hacer consultas porque a pesar de que mi memoria es buena y puedo citar cosas confiando en ella, no soy una computadora, y quizá deba mejor integrar algunos documentos a mi informe.

Sin mayor dilación me traen la caja hasta mi lugar y encuentro la carpeta negra, de donde extraigo el siguiente texto, que es lo que leyó aquella mañana el director Ovilla:

### ADOPTE UN MUERTO

¿Sabía usted que las planchas del Servicio Médico Forense de nuestra ciudad reciben, cada día, un número mayor de cadáveres sin identificar? La gente se muere en donde sea y a cualquier hora, y con la pésima costumbre de carecer de identificación personal. Hablamos de individuos que han perdido el calor, el nombre y una historia particular. Y así, decenas de cuerpos, huérfanos de cariño, son arrojados a la fosa común sin ceremonia alguna, sin que se sepa nada de ellos: ¿quiénes fueron?, ¿cómo vivieron? Y nunca una oración frente a su tumba, una flor que alegre su morada.

Usted puede evitar que siga sucediendo. El programa Adopte un muerto le brinda la oportunidad de ponerle nombre a ese indigente, anciano desgraciado que murió de frío a media calle, para que pueda convertirse, ahora, en muerte, en aquel abuelo que usted nunca conoció, y año tras año recibir la visita de alguien que retire con veneración la hierba de su lápida, mientras sus tataranietos correteen alegres a su alrededor.

Para participar en el programa, usted sólo debe proporcionarnos el nombre y las referencias generales de su nuevo muerto, y cargar con los costos del entierro, se entiende. Pero no crea que resultará gravoso para usted porque, recuerde, siempre habrá beneficios colaterales: días de descanso en el trabajo (entre más cercano sea el parentesco que lo una al muerto, mayores vacaciones tendrá), simpatía de quienes le rodean y, en algunos casos, incluso admiración.

Haga algo de su vida, no siga consumiendo sus tardes en la inopia, usted puede crearse la novia que murió de alguna de esas enfermedades románticas que ya no se acostumbran; asombre a sus amigos cuando le pregunten que hacia dónde se dirige con gesto tan sombrío:

- —Voy a llevar flores a la tumba de mi novia.
- —Pero ¿cómo?, ¿es que tú tenías novia? ¿Y de qué se murió?
- —De tuberculosis.
- —¿Igual que la Dama de las Camelias?

Y al final, como en toda obra benefactora, descubrirá que la caridad es para usted mismo.

EL DIRECTOR CERRÓ la carpeta y salió a buscar al doctor, aunque era obvio que ya había partido. ¿Pero qué tipo de chifladura?, pensó. ¿Cómo se atreve a bromear con este asunto tan serio? Y, sin embargo, el enojo del director se esfumó a lo largo del día, mientras la imagen de cadáveres acumulados fuera de los refrigeradores le perseguía, cuerpos desmembrados, descompuestos, en espera de que los enterraran en la fosa común. El médico Ovilla tenía la costumbre de practicar necropsias de vez en cuando, aunque no fuera tanto por la insuficiente cantidad de forenses como por gusto propio. El Semefo contaba con médicos malpagados y de malos antecedentes, que iban a parar ahí porque se suponía que ya no podían causar daño a los muertos (no obstante, se daban casos de necropsias tan mal realizadas que dejaban a los cadáveres irreconocibles ante la vista de sus familiares: cadáveres mal zurcidos y rellenados con las vísceras de cualquier otro cuerpo, porque los médicos carecían del menor interés por finalizar sus tareas limpiamente con tal de terminar sus turnos a tiempo). Ya casi no quedaban médicos como él, que habían escogido por vocación, y no por defecto, ser patólogos. De hecho, el médico Ovilla solía hablarle a los difuntos como parte de su interrogatorio sobre las causas de la muerte, pero tenía la precaución de nunca hacerlo frente a testigos, no fueran a creer que había enloquecido; precaución que había sido burlada por el doctor en algunas ocasiones. Al día siguiente, después de una serie de eventos que le impidieron tener tiempo para amonestar al doctor (su esposa pidiéndole comprar una casa de campo, su secretaria que justo regresaba de las vacaciones con un par de kilos de más bien acomodados bajo la blusa), el director acabó por adoptar una perspectiva diametralmente opuesta sobre el asunto. Citó al doctor en su oficina y, en vez de reconvenirlo por su excentricidad, le invitó una copa de vino. De pronto se le había ocurrido que el doctor podía convertirse en un asesor que lo ayudara a remontar el siguiente peldaño de su carrera, justamente necesitaba a alguien capaz de argumentar con verosimilitud sobre cualquier tema, por descabellado que pareciera, alguien que le escribiera informes, discursos, proyectos para sus superiores... sólo había que dirigirlo bien para evitar que desbarrara.

Y EN UN SITIO tan poco propicio para el amor: el lugar donde los cadáveres hablan mediante sus vísceras (seres viscerales al fin), fue donde el doctor se enamoró (por primera y única vez) de aquella mujer con la que coincidió sólo por un tiempo. Nunca dejó de pensar en ella, por más que cuando me lo contó, había dejado de verla muchos años atrás. Él pensaba que, tarde o temprano, llega el momento en que el amor carece de referentes espaciales y temporales, por lo tanto, si se ama a alguien perdidamente (lo que se pierde es justo cualquier tipo de referente) da lo mismo su presencia que su ausencia. ¡Ah!, pero nada se compara con el descubrimiento de *la primera vez*, aunque *la primera vez* no coincida de manera forzosa con la primera vez (cronológicamente hablando), sino simplemente cuando se dé. Porque el doctor había estado con algunas mujeres antes de llegar a ella, sin importar que esas otras mujeres hubieran aparecido antes o después de ella, porque ella siempre estaría *antes*.

Frente a frente, la boca del doctor se encontró con otra boca. Sólo que la que contemplaba era vertical. Tan contundente era la verticalidad de aquella otra boca, que invitaba de inmediato a unirse a ella. Nada más humano que permitirle a la lengua ir de excursión a esa otra boca, húmeda, de olor hospitalario, que se dejaba recorrer con actitud pasiva. La lengua del doctor encontró su ir y venir tan natural que no podía ni deseaba parar. Esa segunda boca carecía de lengua que la habitara, por eso a cambio acogió tan bien a la del doctor entre sus labios. La lengua del doctor reaccionaba sola: el músculo más fuerte del cuerpo humano abriéndose paso entre telones continuos. Hubo un punto hasta donde la lengua pudo avanzar, frenada por la cadena que la mantenía fija, sujeta a la boca del doctor, atornillada al cuerpo. ¿Y para qué necesitaba la lengua del cuerpo?, de haber estado libre se habría ido sola, para aventurarse dentro de ese otro cuerpo. He visto lenguas independientes buscando su destino por caminos apartados, pensó el doctor; regimientos de lenguas que avanzan en las noches con su reptar de caracoles sin concha; lenguas hablando solas, revolcándose en la tierra, inmersas en su monólogo epiléptico: porque una lengua hablando es un estremecimiento de pies a cabeza. ¿Para qué necesita una lengua del cuerpo, para qué quiere una lengua cargar con un cuerpo tan pesado, si una lengua sola se las arregla como puede, y puede bien? En ausencia del cuerpo, una lengua multiplica alientos contra el frío: conciencia que se expande y se contrae a capricho, que se inflama o se allana a voluntad, porque la lengua es verbo hecho músculo, húmedo y ciego músculo. Y el doctor pensó: soy pura lengua.

Nadie vendría al cuarto ahora, pero era necesario permanecer en silencio. Los padres de Carmen ya se habían metido en sus habitaciones respectivas, porque dormían separados desde mucho tiempo atrás. Y, si el doctor y Carmen no hacían ningún ruido desacostumbrado, nadie se enteraría de que él permanecía aún en casa, a donde había llegado a cenar, pero sólo a cenar, por supuesto. Mañana temprano el doctor saldría sin peligro de la habitación de Carmen, descendería por las escaleras y cruzaría el comedor de la casa del médico Ovilla y saldría a la calle. El doctor había conocido a Carmen en una ocasión nada romántica, mientras ayudaba al médico Ovilla con una necropsia: ella entró intempestivamente al anfiteatro y comenzó a discutir con su padre sobre la hora en que debía regresar a casa después de una fiesta. El médico Ovilla sostenía en sus manos un hígado corroído por la cirrosis mientras le decía a su hija que por ningún motivo debía llegar más allá de la medianoche. Carmen salió corriendo y el doctor la alcanzó más tarde sin que el médico se enterara.

Antes de Renovar su embate, el doctor observaba con detenimiento los pliegues de la boca, cuando de pronto se escuchó que un vaso de cristal se quebraba en el piso de abajo. El doctor dirigió su vista hacia la pared por un instante y fue víctima de ese fenómeno óptico en el que los colores originales del objeto que se mira son sustituidos por sus complementarios cuando se cambia la vista hacia una superficie blanca. Entonces, las tonalidades que iban del rosa al rojo fueron sustituidas por variaciones entre el verde y el azul. El doctor observó en la pared a la virgen de Guadalupe, era ella, sin duda, ni más ni menos: la virgen de Guadalupe: no había duda acerca de la aparición... El doctor miró de nuevo la boca de Carmen y notó que sus pliegues eran los pliegues mismos del manto de la virgen con la cabeza cubierta: desde la parte alta del capuchón hasta donde la tela cae como si no tocara el suelo.

Había en Carmen, en el centro de su ser, una virgen a escala, labrada en piel; más que labrada, hecha piel, con su manto de carne. El doctor estaba feliz, hablándole de cerca a esa boca vertical que de pronto había devenido imagen divina. Bastaba con enfocar los ojos súbitamente en una superficie distinta, para percibir otra capa de la realidad; porque la realidad era múltiple, imbricada en capas interminables, y cada una dejaba su huella sobre la anterior, como cuando una serpiente cambia de piel y debajo de la antigua se aprecia ya que el diseño de las manchas geométricas de la nueva ha cambiado: el tema y las variaciones... Muchas veces, el doctor había escuchado de apariciones de la virgen de Guadalupe en las losetas del piso del metro, en los cristales de un edificio o en el tronco de un árbol. Bastaba que alguien, con una percepción tan aguda como la suya, posara su vista sobre un objeto por el que un

segundo antes nadie hubiese dado un peso para que se transformara en una cosa invaluable. Y todo merced al don de la mirada. La suerte que él tenía era insuperable: ¿qué va de encontrar a la virgen en una bolsa de papel de estraza para envolver tortillas a encontrarla viva en el cuerpo de la mujer que amo? El doctor era el nuevo elegido. De todos los hombres, se le favoreció a él para contemplar el milagro.

—¿No estoy yo aquí que soy tu madre? —escuchó que le decía la boca de Carmen.

Lástima de la imposibilidad de acudir a un periódico o a un noticiero televisivo para mostrar su hallazgo ante el mundo.

—¿No estoy yo aquí que soy tu madre? —decía la boca oculta de Carmen, la virgen encarnada entre la piernas de Carmen.

EL DOCTOR SIEMPRE supo, aunque no estuviera consciente de ello, que la imagen de la virgen representaba un placer tan oculto que estaba a la vista de cualquiera. Cuando un doce de diciembre el doctor observó por primera vez a la virgen de Guadalupe, de inmediato un estremecimiento que nacía de la unión de sus piernas se elevó por la médula de su columna vertebral hasta coronar con luces cálidas su laberíntica masa gris. Un doce de diciembre hubo en la Basílica de Guadalupe una acumulación de público que le cantó a esa boca vertical en eterna apertura: hombres, mujeres y un sinnúmero de ministros de la Iglesia. Qué mejor forma de ocultar algo que edificar un templo para mostrarlo ante todos, entronizar la imagen más recóndita de una mujer, sacralizarla y subvertir su coloración natural. La capacidad de la religión católica para exhibir lo que en otro lugar podía considerarse un tabú era impresionante: cuerpos lacerados, sangre, lágrimas, sadomasoquismo, y apenas ahora, recién descubría el doctor que la religión nacional utilizaba el sexo abierto de una mujer para promoverse. Rezarle a una vagina, cantarle las mañanitas año tras año. Lindo artificio llevado a cabo por la iglesia católica, la utilización de un icono subliminal para ganar feligreses; a quién no seduciría semejante imagen, extraída de la zona anatómica más perfecta y enigmática que existe, una boca que no habla sino líquidamente, que se ruboriza y se vuelve cálida, que es al mismo tiempo dentro y fuera.

Un por Aquí, un hasta aquí, un entrar o no entrar. Pliegues y más pliegues escondiendo a su vez otros pliegues. Bisagras que invitan al misterio, a los siete misterios, al camino enmarañado, camino encarnado. Camino hecho de carne de Carmen. Una religión para la boca de Carmen. Una oración para la boca de Carmen. Nos ponemos de pie. Un templo para la boca de Carmen. Nos ponemos de pie. Habría que instaurar la Iglesia de Nuestra Sagrada Vagina. Un hervidero de legionarios de la boca de Carmen, embelesados en procesiones infinitas. Un ir y venir, bordeando el centro húmedo de la gloria. Un espíritu que se eleva cada vez

más. Oficiar la misa de Vagina Presente. Santiguarse. Flotar en la ambigüedad de la niebla que abriga a Carmen y al doctor. Y al final un acto de desaparición...

¿Y SI EN VEZ de la boca común y corriente, la mujer tuviera en la cara esa otra boca? El doctor podía configurar ese rostro nuevo en su mente e imaginar a una mujer con boca de vagina, aunque la imagen perturbara a más de uno, por tanta obviedad. Las cosas se vuelven groseras cuando se muestran desnudas, pero cuando lo hacen veladamente, pueden conquistar a causa de sus referencias indirectas, nebulosas, como cuando expresan algo distinto a lo que normalmente dicen. ¡Demonios!, el doctor no podía dejar de pensar. Entonces, la Virgen. Otra vez la Virgen. La Virgen no es grosera cuando muestra el sexo de una mujer con las piernas abiertas, de frente; causa, eso sí, admiración, orgullo, fanatismo: miles de feligreses que participan en las peregrinaciones caminando de rodillas y con espinas de nopal en la espalda. Cuando la imagen de algo tan desnudo se presenta disfrazado, se produce un reconocimiento interior: profundo e inconsciente. El doctor podía estructurar un rostro nuevo para Carmen. Pero ¿cómo? Para eso había que pintar o esculpir. O por lo menos saber escribir. El doctor no sabía nada, no sabía hacer nada, sólo imaginar proyectos, uno tras otro. Puros proyectos que hasta ahora no lo habían conducido sino a ser un estudiante modelo, con buenas calificaciones y párale de contar. Nada de logros prodigiosos que lo revelaran como un genio precoz. Un historial académico plagado de buenas calificaciones lucía bien en una gaveta olvidada, pero a nadie le interesaba. El peor camino es el que te señalan todo el tiempo; al final recoges tus pedazos y, si bien te va, una pensión con la que apenas vives al día, pensaba el doctor.

Después de doctor podría salir a hurtadillas de la casa, temprano por la mañana, para ir a la suya a darse un baño y asistir a la presentación del gran Manfredo. Aunque estaba seguro de que cuando llegara al acto público, él se acordaría de la boca de Carmen... Sentado en una de las butacas rojas del Palacio de Bellas Artes, recordaría cada una de las sensaciones que no disfrutó por completo cuando se hallaba frente a la boca de Carmen por estar pensando en infinidad de tópicos, como la lectura de Manfredo. Frente a la boca roja de Carmen no había que pensar en Manfredo, no había que pensar en nada. Por la mañana, el doctor iría a la lectura magistral de Manfredo y atestiguaría la popularidad del novelista del que más se comentaba en el país y que poco a poco ganaba terreno en el extranjero. Manfredo, un autor traducido ya a media docena de lenguas, al que señalaban como el nuevo Rulfo, pero dotado además de un agudo sentido del humor. Y al día siguiente, cuando el doctor se sentara a escuchar con atención a Manfredo, una virgen enorme se le presentaría ante los ojos, y no podría evitar la excitación. Aplaudiría con entusiasmo exagerado para una lectura de

narrativa...; Manfredo!, ¡maldito Manfredo!: el modelo de hombre célebre en vida, que no tenía que esperar a estar muerto para aparecer en cada una de las enciclopedias relevantes y ser nombrado en las reuniones de artistas como el próximo premio Nobel mexicano, el segundo premio Nobel, que pondría a nuestro país en el mapa de la literatura mundial, no como un país exótico que por azar obtuvo un premio sino como una nación indudablemente productora de literatos de talla internacional... Mientras la mente del doctor se arrastraba pecho tierra en busca del misterioso mecanismo capaz de provocar tanto reconocimiento a un escritor de moda, su cuerpo se elevaba a las alturas de una actividad menos egoísta que la reproductiva: la del placer puro. ¿Quién dice que el placer no es sino una búsqueda más espiritual que la simple reproducción humana por miedo ante el final de una especie?, pensaba el doctor. La iglesia católica siempre peleando contra el placer, el sexo sin fines de procreación, cuando lo vergonzoso era ese deseo palmario y animal de duplicarse, de explayarse sobre la Tierra: creced y multiplicaos fue la frase que desató el pánico... porque si no os reproducís, moriréis como especie. El placer es tan limpio que torna blancos los ojos, pensaba el doctor. El placer blanquea mis pensamientos, y si toda culpa comienza por el pensamiento, sin pensamiento no hay culpa. El pecado no reside en el cuerpo, sino en la mente, y puedo decirlo dentro de la esfera de placer en la que permanezco atrapado por instantes: no hay pensamiento, no hay palabras, no hay fama que desear, no hay pecado. El placer es un despersonificador excelente, cuando se alcanza de verdad, borra el nombre de la persona, borra la identidad y ya no existe pecado o crimen posibles. Porque si el pecado y el crimen necesitan siempre como punto de referencia a la persona (sólo podemos declarar que existe un crimen cuando una conducta es atribuible a una persona o a un grupo), si no existe dicha persona, entonces lo que acontece es un simple fenómeno de la naturaleza, en todo caso, porque carece de sentido responsabilizar a los tornados que arrasan con pueblos enteros, a los terremotos que destruyen ciudades...

El defecto del doctor era que pensaba demasiado, y él lo sabía perfectamente. Porque el tiempo menos propicio para pensar era justo cuando el cuerpo de Carmen se disolvía entre sus dedos y su boca: Carmen, ella misma, dentro de él: la destilación de un ser ante sus propios ojos, sus propios labios. Luego el doctor sintió el espíritu de Carmen en su interior, como una pequeña inflamación en las entrañas. El doctor pensaba que no debía pensar tanto, para que Carmen resbalara por su garganta y él pudiera sentirla con la intensidad del momento. Y es que el doctor pensaba demasiado en el futuro. Su mente carecía de la capacidad de descansar incluso en los instantes en que solamente debía sentir... dejarse llevar, dejarse traer... Pero cuando el doctor lograba ser la sensación él mismo, entonces, por un instante, el mundo se desbordaba hacia adentro y la conciencia del doctor se expandía, se agigantaba: nada

era importante excepto la sensación de la suavidad de la piel de Carmen, que de tan suave casi cortaba.

EL TIEMPO MENOS oportuno para pensar y tomar decisiones era, a la vez, el más fructífero. Porque frente a la boca roja de Carmen, las ideas del doctor se multiplicaron exponencialmente sin que él pudiera controlarlas y, en especial, el clímax erótico de aquella vez le generó tal éxtasis que alcanzó una especie de revelación: el doctor se vio a sí mismo convertido en un ser dual: su perfil derecho correspondía al de un hombre tan racional como un abogado, mientras que el izquierdo se asemejaba al de un artista. O por lo menos eso fue lo que él interpretó a partir de la imagen que se le apareció en el instante justo en que sus ojos giraban casi por completo hacia atrás. De esa manera fue como el doctor concibió cuál sería el tema de su tesis de licenciatura, una propuesta que, por unanimidad, consideraron descabellada en la Facultad de Derecho, desde el director hasta el vigilante del estacionamiento, y que conste que ninguno de ellos supo cómo fue que se le ocurrió defender semejante tesis. Sus maestros adujeron que si el doctor quería escribir ficción, que mejor se metiera a novelista y dejara de inventar cosas extrañas, al fin y al cabo su inclinación hacia la literatura no era ningún secreto, y en la facultad cada vez se le conocía más por sus extravagancias. El doctor había llegado a ser el presidente de la mesa directiva de alumnos gracias a un golpe de suerte que supo explotar muy bien y le concedió popularidad: presumía de ser amigo del gran Manfredo, el escritor más importante del momento, pero como durante los últimos meses de la carrera el doctor decidió que ya no quería asistir a clases y mejor presentaría los exámenes extraordinarios, que no le causaban la menor preocupación, su popularidad comenzó a tornarse negativa porque los maestros se sentían ofendidos y los alumnos no deseaban a un líder ausente. Para comprender el pensamiento del doctor y las reacciones de sus maestros, debo integrar a este escrito el planteamiento que el propio doctor realizó sobre su tesis:

#### EL CÓDIGO PENAL ABSOLUTO

Las ideas generales y abstractas son la causa de los más graves errores humanos.

J. Rousseau

Misterioso poder el de la palabra que debe ser obedecida (se hará como usted diga y mande), aquella palabra que rige nuestra conducta, que otorga derechos y también sabe castigar: palabra-dictadora, dueña de la vida de quien se atreva a contravenirla en sus aspectos más sensibles (la pena de muerte sólo se podrá

imponer en los siguientes casos...), palabra-ley, que funda su imperio en la fragilidad de una ficción, en un convenio público que le otorga poder (y el uso monopólico de la fuerza legal), tal y como sucede con el invento que nombramos gobierno (esta mañana el presidente de la república entregó a la ciudadanía el nuevo hospital general...), o con los pedazos de papel y de metal que atesoramos con avidez (tres individuos encapuchados robaron la camioneta blindada que transportaba más de medio millón de dólares).

El derecho pertenece al mundo del deber ser: un sitio abstracto, y tal dominio se expresa por escrito en una obra de ficción en la que cada norma es sustentada por otra, de orden superior, hasta llegar a la máxima jerarquía, la norma fundamental de un país: su constitución política.

Y así, cada país vive bajo (el peso de) una ficción jurídica, bajo una pirámide compuesta de palabras, y se esmera en la puesta en escena de su carta magna, en la que cada individuo debe respetar sus acotaciones (ahora ponte así). Estamos atrapados en la obra de teatro que nuestros legisladores se encargaron de redactar. Nadie se sale de su papel, ni siquiera el malhechor, porque al actuar sólo se adecua a una conducta ya prevista: el delito.

Pero las leyes, en sí mismas, son una metáfora, una arquitectura neutra y fría, que no respira. Y dentro de ese edificio imaginario viven personas físicas y morales, ciudadanos, nacionales o extranjeros, o simplemente cualquiera que caiga dentro de los supuestos descritos en cada artículo-habitación. Es fácil comprender que las personas morales no existen como seres humanos (aquí la ficción es una mentira, un truco legal), son fantasmas inventados para referirse a una empresa o a una asociación, pero la persona física tampoco existe: aquel sujeto ideal, haz de derechos y obligaciones que se la pasa celebrando contratos o cayendo en conductas delictivas; no, existe el individuo, con nombre y apellidos, como mi vecino Pedro Pérez Iturriaga (y vaya que sí existe: ya me tiene hasta el gorro con su música, y además canta pésimo).

El derecho es una creación, por escrito, tan ficticia como un texto literario (en éste, la ficción es mimesis de nuestra realidad, reelaboración imaginaria) y se puede leer como uno de ellos: si la Biblia permite tal manera de acometerla, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ¿por qué un código, una constitución no habrían de tener la misma posibilidad? Se conoce mucho de una cultura leyendo sus preceptos jurídicos como conjunto de narraciones: ¿a qué se dedican las personas?, ¿cómo son las relaciones que entablan con los demás?, ¿qué tipo de bienes valoran?, ¿a qué le temen? (cada código, un novelón de misterio, atestado de criminales oscuros, impersonales, indefinidos...).

Como en toda obra, la falta de imaginación acarrea consecuencias, y las que ocasionan las leyes se patentizan en nuestra cotidianidad; por ejemplo, el estado civil de una persona es: soltero o casado, sin consideración a cualquier otra posibilidad. Se nota la falta de respeto para quienes no ven al matrimonio como una

meta. El estado civil gira en torno a una idea fija (obsesiva): ¿estás casado o no? (¿estudias o trabajas?). Y claro, cualquier otra figura distinta de lo establecido es designada con nombres infames, como el concubinato. No es posible que alguien se libre de que lo señalen con el mote de soltero si antes no se casa.

Aunque hasta ahora nadie se ha atrevido a tratar de elevar un código, una constitución política, al rango de obra de arte en sentido literal, no con el objetivo de concebir un simple texto jurídico eficaz y bien redactado, sino una entidad dueña de profundidades humanas y cimas estéticas.

Uno de los primeros argumentos en contra de la propuesta de un trabajo con tales características podría ser el señalar que la obra de arte no considera, según suponemos en la época actual, el objetivo de poseer utilidad práctica (aunque es obvio que el lugar común de que el arte no sirva para un propósito definido es una tontería), y el motivo de esta consideración radica en que los compromisos con lo pragmático crean lastres: el arte debe ser puro, y las buenas intenciones no tienen que ver necesariamente con él. Sin embargo, en un sentido más esencial no tendría por qué haber una contradicción fundamental entre arte y utilidad (y que lo diga quien viva en un edificio construido por Gaudí).

En realidad, el arte llevado a sus extremos puede aparecer en cualquier actividad humana: imaginemos dejarle la responsabilidad de regir nuestras vidas no a un mamotreto caduco, fallido y poco coherente sino a un corpus que reúna lo mejor de las disciplinas humanísticas y, más aún: artísticas. Imaginemos a una sociedad regida por una obra artística: la vida humana, transcurriendo en armonía, al compás de la música y el libreto de una ópera de Mozart (que no al ritmo de una balada monótona a la que nos tienen acostumbrados).

Si la ópera, como género musical grandilocuente, fue capaz de fundir expresiones artísticas diversas en una sola, ¿por qué no habría de ser capaz el derecho de perfeccionarse bajo el influjo de su hermana virtuosa, la literatura?

Las leyes están escritas y contienen tanta ficción como una novela (mientras no sea un best-seller... tal vez un worst-seller). La diferencia es que la novela, para conseguir su cometido, procede en sentido inverso, a partir del caso concreto y de la narración detallada de un hecho, en ocasiones exhaustiva; por ejemplo, en Crimen y castigo, donde se describe un asesinato: el de la prestamista, consumado por Raskolnikov, desde que es un proyecto, luego se ejecuta y, finalmente, produce consecuencias.

Se trata de dos métodos opuestos por completo: la ley, abstracta (y miope), que prevé conductas generales, y la literatura, concreta, que describe casos particulares; sin embargo, ambos tienen por instrumento la palabra escrita, ambos sobreviven gracias a la precisión del lenguaje.

Mientras el derecho siempre va a la zaga, nadie podrá negar que en muchas ocasiones la literatura va uno o varios pasos más delante que otras disciplinas humanísticas o científicas. Julio Verne es uno de los prototipos de escritores

visionarios, y las menciones reiteradas de los inventos que preconizó son conocidas por todos. Los efectos de su literatura son fácilmente apreciables en distintos campos del saber. Por eso no resulta sorprendente que Dostoyevski, aunque novelista, influyera de forma tan directa en Nietzsche, y en César Lombroso (el asombroso), fundador, este último, de la criminología. Lombroso, unos años después de la publicación de Crimen y castigo estableció un tipo de personalidad conocida como Matoide (del italiano mato = loco) que oscila entre la genialidad y la delincuencia: un sujeto sano con tendencia al crimen (el problema es que muchos caen dentro de esa clasificación, porque para chacalear, a cualquiera le salen garras).

Por el contrario, en pocas ocasiones el derecho ha influido en otras disciplinas (¿quién podría ofrecer un ejemplo?), y no sólo eso, sino que ni siquiera ha sido muy certero en su propio terreno. No existe el código penal perfecto que se oponga a las habilidades infinitas del criminal para eludir la ley; hasta ahora ninguno prevé todas las posibilidades del delito sin errar, sin que un delincuente pueda aprovechar los vacíos legales que un ordenamiento contiene por falta de actualizaciones o de una mejor técnica jurídica, y no se diga de las ambigüedades y contradicciones que en muchos casos permiten a los delincuentes ser eximidos de responsabilidad.

Cualquier cuerpo jurídico recurre a las definiciones y a las fórmulas generales para definir las conductas que intenta castigar. En buena medida la efectividad de toda ley punitiva radica en su principio de generalidad, que le permite abarcar el mayor número de conductas ante las infinitas migajas de lo específico; paradójicamente, esa virtud es a la vez motivo de que siempre quede un margen que el delincuente aprovecha para eludir el castigo de la justicia y de que esas migajas se solidaricen y se constituyan en el monstruo de lo imprevisto.

El derecho es siempre rígido y quebradizo (como una regla de cristal), a excepción de la jurisprudencia, que permite alimentar a las leyes con resoluciones concretas tomadas con anterioridad; en ella la experiencia sí se toma en cuenta, y cada vez que ésta se aplica las sentencias son más justas (porque se ajustan al caso), lo malo es que pocas veces hay oportunidad de invocarla en un juicio.

La ley sólo se toma la molestia de particularizarse cuando se ha cometido una trasgresión y un juez dicta sentencia, y entonces un ordenamiento concreto, referido a un caso, a una persona, adquiere el mismo estatus que cualquier otra ley contenida en un código, siempre y cuando no contravenga al ordenamiento más general y por consecuencia de mayor jerarquía.

Es así como la ley funciona a partir de generalidades. Pero también es innegable la cicatería del legislador que pretende que un delito trascendente, como el asesinato, por ejemplo, se pueda combatir con unas cuantas líneas:

Comete el delito de homicidio: el que priva de la vida a otro.

Al autor de cualquier homicidio simple se le impondrán de ocho a veinte años de prisión.

Al autor de homicidio calificado (premeditación, alevosía, ventaja o a traición) se le impondrán de veinte a cuarenta años de prisión.

La ley penal circunscribe su radio de acción a partir de artículos que definen conductas tipo y, si la actuación de un individuo se identifica con un tipo penal, sólo si se da tal coincidencia, entonces estamos ante un delito, de otra manera una conducta puede ser maliciosa, pero no es un delito, por no estar prevista en el código penal, y el aparato de la administración de la justicia nada puede hacer para castigarla, a menos que alguien tenga la suficiente habilidad para probar que esa conducta puede adaptarse al tipo descrito de alguna manera. Y en ocasiones basta sólo un poco de dedicación para demostrarlo.

(Lo más curioso es que nuestro código no prohíbe el asesinato, sino que lo prevé; con sus dotes de adivino, sabe que tarde o temprano alguien va a matar a otro, y no se extraña, antes todo lo contrario, con serenidad asienta: ya sé que uno de ustedes va a terminar aniquilando al de al lado, así que, ¿para qué me molesto en prohibírselo?, ¿para que luego me tire de a loco?; mejor simplemente le digo de a cómo le va tocar cuando lo haga.)

No es casualidad que, al final de su imperio, el pueblo que hizo las mayores aportaciones sobre el derecho a la cultura occidental haya sido al mismo tiempo uno de los más corruptos y decadentes de su época y de todos los tiempos. «Vuestras leyes son como la telaraña que agarra lo leve y débil, pero el poderoso las rompe y escapa», dijo en una oportunidad Demóstenes (haciendo gala de uno de sus símiles arácnidos y poco antes de ser ejecutado como enemigo de Roma).

A través de la historia del derecho romano se aprecia cómo fue que al principio se atendía caso por caso mediante reflexiones acerca de la justicia, con una dedicación extraordinaria por parte de los juzgadores; de hecho, el abogado, con sus apreciados dotes de orador, se encargaba de narrar los hechos y el sentir de su representado sin recibir pago alguno (de esa manera demostraba su falta de conveniencia personal en el asunto a tratar), y dejaba los aspectos técnicos a otra persona, porque es más adelante cuando estas dos figuras: el orador y el técnico, se funden en una sola.

Así era como, mediante un camino singular, se obtenían resoluciones singulares. Pero con el paso del tiempo se fueron recopilando las sentencias de cada caso, poco a poco se encontraron fórmulas generales, y al final se formó un cuerpo sintético que contenía artículos universales (la verdad es que los afanes de modernización y la falta de espacio para guardar tantas reglas particulares, además del golpe efectista, muy provechoso para el emperador Justiniano, justificaron la sistematización). Fue una tarea que tardó muchísimos años: como meter en una máquina compresora los incontables archivos para compactarlos en un bloque mucho menor. (El término Novelas se aplicó a algunas de estas compilaciones de leyes, las más recientes, promulgadas por el propio Justiniano, y eso fue mucho antes de que se usara para

bautizar al género narrativo que conocemos ahora con ese nombre.) Sin embargo, entre más estáticas sean las leyes de un pueblo, mayor atraso demuestran, como sucedió con las romanas, que pronto se volvieron anacrónicas e injustas.

Por supuesto que crear una obra jurídico-artística con las mejores características de ambos mundos sería una labor inconmensurable, y que conste que yo me limito a uno solo de sus aspectos: el penal, que de por sí ya sería algo equiparable a la construcción de una muralla china.

Describir cada una de las actividades delictivas del hombre (cada manera de robar o matar, con sus peculiaridades y grados de peligrosidad), suena a locura (destrenzar la trenza del emperador romano), puede tomar el tiempo de varias generaciones (el mismo que le tomó a Justiniano y a sus secuaces y sucesores), y siempre surgirán nuevas; mi propuesta hasta el momento tiene una justificación poco ortodoxa, lo sé, pero ante una empresa que no puede abarcarse con una vida, la fragmentación ofrecería el cumplimiento de metas y descansos necesarios para seguir adelante. Por otro lado, hay que reconocer que siempre será más lo que quede fuera del alcance de cualquier código penal y su feudo de generalidades, chatas, que no penetran los recovecos, los intersticios de la realidad.

Considerando lo anterior, mi propuesta es que el grupo de legisladores que poseemos en la actualidad debe ser sustituido por uno heterogéneo: formado, no de abogados mal avenidos y políticos, sino de filósofos, científicos, escritores y artistas en general.

Tal vez de esa manera el teatro que escenificamos llegue a ser más rico y menos rígido.

LA SORPRESA para todos fue que, mientras la Facultad de Derecho le había rechazado categóricamente al doctor su proyecto de tesis, y casi pensaba expulsarlo por impugnar los principios nacionales del derecho y ser un alumno irregular, llegó de Inglaterra una invitación para que presentara una ponencia en el congreso internacional de filosofía del derecho de mayor prestigio. Al doctor se le había ocurrido enviar a una universidad de Londres una propuesta de ponencia sobre su tesis, que a pesar de la negativa por parte de sus maestros, quienes lo tacharon de servilismo intelectual ante el derecho anglosajón, redactó noche tras noche sobre una de las planchas de la morgue. Tres meses después, llegaron a casa del doctor y a la oficina del director de la facultad, el licenciado Farías, sendas invitaciones oficiales al congreso internacional de filosofía del derecho, cuyo tema para la emisión de ese año versaba justamente sobre la literatura y el derecho: Law & Fiction. El doctor había cometido un par de pequeñas faltas por omisión al enviar su trabajo a Londres, primero porque no aclaró nunca que su tesis de licenciatura ni siquiera había sido aprobada y, por lo tanto, él no estaba titulado y, segundo, porque aunque era cierto que le solicitó al director de la facultad que supervisara su tesis, éste nunca se tomó la

molestia ni de responderle con una negativa. Entonces, como era de esperarse, los ingleses supusieron que el doctor ya era licenciado en derecho y que el supervisor de aquel trabajo tan peculiar era el propio licenciado Farías, quien mandó llamar al doctor para comenzar por reprenderlo por la osadía que cometió y al final felicitarlo y planear los arreglos para su titulación express:

- —Mire, usted, que antes de que nos vayamos a Londres tendrá que presentar su examen de grado… No podemos llegar allá con la gracia de que no cuenta con su título. Sería una vergüenza para nosotros.
  - —Pero, licenciado, todavía tengo pendientes por pagar algunas materias.
- —Pues ahorita mismo hágame una lista de lo que le falte por aprobar y yo me encargo de que le adelanten sus calificaciones. Quiero que usted se concentre por completo en esa tesis y me la traiga lo antes posible para revisarla.

El entusiasmo de Farías se debió a la posibilidad de participar en un congreso tan importante al que siempre deseó asistir y en el que cada año sólo había dos puestos para invitados latinoamericanos, ya que pertenecía primordialmente al universo de las leyes anglosajonas, además de que la invitación incluía los viáticos íntegros más un pago bastante generoso, en libras esterlinas, por su participación. Los colaboradores de la asociación de escépticos del doctor, a la vez compañeros de la mesa directiva de la sociedad de alumnos de la facultad, se convirtieron en sus principales detractores, de la noche a la mañana, al sentirse traicionados: él había preferido aliarse con Farías porque le convenía, en vez de elegir a uno de sus amigos para realizar el viaje, como estaba obligado éticamente con ellos. A la postre, el doctor no fue expulsado de la facultad por los maestros que defendían el sistema de derecho nacional, de leyes anticasuísticas, sino que fue echado de la asociación de escépticos y de la mesa directiva de la sociedad de alumnos por sus compañeros, quienes en juicio sumario lo encontraron culpable de los cargos de servilismo ante el director de la facultad.

Poco le importó al doctor que sus compañeros se volvieran contra él, pues con su título profesional en mano, partió feliz hacia Londres mientras que ellos todavía no terminaban de cursar el último semestre y apenas iban a pensar sobre qué versaría su tesis. Fue la primera vez que el doctor salió del país y la experiencia resultó literalmente crucial para su destino, porque en Londres halló los dos cabos que más adelante se encargaría de atar para concebir su criminología homeopática. El licenciado Farías acudía a Picadilly Street en busca de visitas guiadas y diversión para turistas, en tanto que el doctor husmeaba en las librerías de viejo de la calle Charing Cross, donde halló ediciones antiguas de códigos penales ingleses y franceses, y un extenso surtido de tratados sobre criminología y temas afines, incluidas las memorias completas de Eugène Vidocq, las que se dedicó a leer durante las madrugadas. Siete días le bastaron al doctor para conocer una ciudad mítica y departir con los juristas de talla internacional, filósofos y escritores de novela negra

que acudieron al congreso de literatura y derecho, pero también para caer en cama con una severa conjuntivitis hemorrágica (adquirida entre los empolvados anaqueles de alguna librería del Soho) y hallar el remedio perfecto para aquella infección.

EL DOCTOR DESPERTÓ el día en que le tocaba leer su ponencia en el congreso con la novedad de que apenas podía abrir los ojos de tan hinchados e irritados. No se atrevió ni siquiera a dejar el cuarto de hotel porque en sus lagrimales apareció una secreción roja que de veras lo llenó de espanto al mirarse en el espejo. ¿Ahora cómo iba a cumplir con su exposición?, eso sin considerar la posibilidad de que se quedara ciego de por vida. El médico de la universidad de Londres, un hombre mayor que usaba bastón, acudió a su llamado y no se inmutó al mirar sus ojos inyectados, de personaje de película de terror. Tomó asiento junto a la cabecera de su cama, cruzando las piernas con una elegancia casi femenina, y con parsimonia se puso a hablar acerca de que para cada problema existían distintos tipos de soluciones y, sin embargo, se podían clasificar en dos grandes vertientes: las que atacaban el problema directamente y las que daban rodeos y más rodeos y en su trayectoria estropeaban otras cosas.

—Las soluciones que atacan el problema en forma directa deben poseer, por ende, una naturaleza similar a lo que combaten. No así las que atacan la dificultad dando rodeos.

La dicción del médico era perfecta, no cabía duda acerca de cada palabra que pronunciaba. Tal vez el que no se había dado a entender era el doctor, quien sabía que su pronunciación era deficiente y ya le había ocasionado algún malentendido en el restaurante cuando ordenó *la comida del día* (meal of the day) y en vez de ella le sirvieron un vaso de leche recién ordeñada (milk of the day). Lo que yo necesito con urgencia es que me cure y deje su perorata para la hora del coctel, pensó el doctor, sin atreverse a interrumpirlo, aunque sus gestos desesperados lo delataron y entonces el discurso del médico comenzó a enfilarse hacia la claridad.

—Así sucede con la medicina. Yo manejo la homeópata y la alópata. Quiero que usted elija la práctica que más le convenza, porque yo no puedo aplicarle un tipo de tratamiento sin su aprobación. Las leyes en Inglaterra son muy estrictas y la homeopatía no termina de convencer a los legos de que sea científica. Yo sé que usted debe participar hoy en el congreso. Por eso le ofrezco el tratamiento homeopático, que tiene la ventaja de actuar en pocas horas, a diferencia de la alopatía, que tal vez lo cure en un periodo mucho mayor: hablamos de días.

El doctor accedió de inmediato, no tenía más remedio que confiar y, sin titubeos, el médico le puso unas gotas con azufre diluido.

- —¡Pero el azufre es tóxico!
- —Sería tóxico para usted si estuviera sano, porque le produciría exactamente los síntomas que sufre ahora.

El doctor sintió que el líquido le quemaba los ojos y por un momento perdió la vista.

Es fácil apreciar a la distancia que debemos a la conjunción de la lectura de las memorias de Vidocq y a la experiencia del doctor con el médico inglés la génesis de la criminología homeopática. Pocas horas después de que el médico le empezara a suministrar las gotas de mercurio (una aplicación cada treinta minutos), el doctor leía su ponencia luciendo el blanco de sus ojos tan puro como cuando fue bebé. La transparencia de su mirada lo tenía impresionado. Podía leer sus cuartillas al tiempo que admiraba la textura del papel. Se distrajo por un momento con las conformaciones de la pulpa, tan caprichosas como las de las nubes, y ofreció disculpas por la pausa. El doctor realizó un esfuerzo por concentrarse en su ponencia y lo consiguió con mucho trabajo. Tal vez la solución era esforzarse sólo en leer correctamente, con la entonación adecuada. Se dio cuenta de que podía leer perfectamente al tiempo que pensaba en otra cosa. Mientras leía su ponencia, le pareció que sus conceptos habían envejecido con una rapidez inusitada, porque dejaron de parecerle importantes ahora que comenzaba, casi a su pesar, a fraguar otras ideas, tal como le pasaba cuando sostenía relaciones sexuales con Carmen mientras admiraba su piel. Ya no era la piel de Carmen sino la textura del papel lo que le hacía soñar con una nueva serie de hipótesis. Y mientras los rostros flemáticos de los asistentes al congreso escuchaban y meditaban las reflexiones que se desprendían de la ponencia del doctor, él mismo ya volaba hacia dos nuevos territorios que comenzaban a ligarse: la medicina homeopática y la historia de Vidocq. Después de escuchar cómo los aplausos retumbaban en las paredes del auditorio, el doctor salió apresurado a buscar al médico que le había regresado la transparencia a su mirada. Preguntó por él en el edificio central del campus universitario y tuvo que caminar por un largo sendero de piedra, entre el pasto, hasta donde se ubicaba el privado del médico, en un edificio con aspecto victoriano. El médico lo recibió mientras leía algunos papeles en su escritorio y accedió sin dificultades a hablarle acerca de los principios generales gracias a los que lo había curado, así como también del padre de la homeopatía: Samuel Hahnemann. De hecho, las palabras del médico tenían un dejo de adoctrinamiento, como si supiera que estaba iniciando a un personaje que más tarde retomaría la estafeta homeopática, llevándola a un campo nuevo.

Un día amanecí con una tremenda erupción cutánea, que mi médico de cabecera no atinaba a remediar. Preocupado, el doctor me obsequió la obra capital de Hahnemann: *Organón de la medicina*. Cuando le sugerí a mi médico que tal vez un remedio homeopático sería útil en mi caso, se rió de mí, pero una semana más tarde, después

de haber recurrido a un homeópata, ya estaba yo recuperado. Samuel Hahnemann, médico alemán, descubrió la manera de curar a partir de las similitudes, a diferencia de la medicina tradicional, que cura a partir de efectos contrarios. Hahnemann nació en 1755 y desde pequeño destacó por su inteligencia y su habilidad para dominar varias lenguas. Decidió estudiar medicina y parte de la carrera se la costeó a base de hacer traducciones y dando clases de idiomas. Durante sus años de estudio practicó en el Hospital de los Hermanos de la Misericordia, en Viena, en donde aprendió acerca de la medicina escolástica, permeada por la idea de que las dolencias físicas estaban influidas por las del alma. Fue un lector incontenible de los clásicos, en particular de Hipócrates. Cuando necesitó más ingresos económicos, se empleó como secretario-bibliotecario del gobernador de Transilvania, gracias a lo cual tuvo la oportunidad de leer antiguos volúmenes preciosos, entre los que se encontraban textos de Paracelso y autores como Butler, un irlandés que aseguraba que así como es necesaria sólo una pequeña cantidad de veneno de serpiente para matar a un hombre, existen medicinas tan potentes que curan con cantidades mínimas. Hahnemann se graduó con honores, pero su misma brillantez lo hizo observar que la práctica médica de sus días era irracional y agresiva en grado extremo con los pacientes. Lo que estudió en su escuela no le servía para comprender la enfermedad, el porqué de los síntomas y, por supuesto, cuáles eran los principios bajo los que actuaban los medicamentos. Había demasiada ignorancia y conceptos caprichosos. Se tenía la idea de que la mayoría de los problemas de salud se debían al exceso de sangre y materias mórbidas. Contra la plétora sanguínea se aplicaban sangrías, y contra la invasión de la materia mórbida, purgantes, vomitivos, exutorios y trepanaciones, como si la única intención fuera vaciar y debilitar a los pacientes hasta enfilarlos hacia la muerte. Se retiró de la práctica y se encerró a seguir estudiando para encontrar un camino diferente al de la medicina tradicional, cuya estrategia consistía en atacar los síntomas a base de producir efectos contrarios a éstos. Escribió algunos tratados relativos a venenos, como el arsénico, y a la química de diversas sustancias. Mientras traducía el libro *Materia médica*, del escocés William Cullen, aprendió que los indígenas sudamericanos trataban los síntomas de la fiebre del paludismo con la corteza de un árbol del cual se obtiene la quinina. Cullen argumentaba que tal medicina funcionaba por su amargor y sus efectos tónicos y astringentes para el estómago. La explicación no convenció a Hahnemann porque debido a que entre sus virtudes predominaban su deseo de conocer a fondo las cosas y su gran poder de observación, recordó que la gente que se intoxicaba con quinina sufría síntomas muy similares a los que aliviaba. Entonces, ¿cómo era posible que la misma sustancia que producía esos síntomas, también los curara? Hahnemann no se conformaba con simples cuestionamientos y elucubraciones, así que decidió experimentar en él mismo para no arriesgar la salud de otra persona. Durante algunos días ingirió pequeñas cantidades de quinina, sufrió cada uno de los síntomas característicos del paludismo y, cuando dejó de ingerir la dosis, los síntomas desaparecieron. Se le ocurrió que no se trataba de una

coincidencia el hecho de que la sustancia fuera capaz de producir, en salud, los mismos síntomas de la enfermedad que curaba, sino que precisamente, gracias a dicha capacidad, era que funcionaba. Experimentó con otras sustancias, como el azufre, que produce una erupción cutánea igual a la que cura, y así sucesivamente con la belladona, el licopodio y también con oro, plata y mercurio. Reflexionó largamente sobre los resultados de sus experimentos y encontró numerosos antecedentes de fenómenos parecidos dentro del saber empírico de la gente de campo, que conocía la inmunidad ante la viruela humana de la que gozaban los vaqueros que alguna vez se habían enfermado de viruela vacuna, o el de los cocineros, que trataban un brazo escaldado exponiéndolo al calor del fuego para evitar el insoportable ardor. De esta manera llegó a concebir el principio fundamental de la homeopatía: Similia similibus curantur: lo semejante cura a lo semejante. Una vez que estuvo seguro de que las sustancias aplicadas en pequeñas cantidades eran seguras, se la suministró a sus pacientes y, gracias a su constante experimentación, se dio cuenta de que no sólo debía diluirlas, sino también someterlas a sucución (agitarlas vigorosamente) para que se volvieran menos tóxicas y a la vez más potentes. Ya que poseía conocimientos de química, llegó a la segunda de las conclusiones más importantes de su nueva medicina: para que una sustancia cure, es preciso separar una sola molécula, que actuará en el organismo enfermo debido a que preserva su esencia y su potencia tal como una cantidad imperceptible de veneno es capaz de matar a una persona. Hahnemann tuvo ocasión de mostrar las bondades de su nueva medicina mediante curaciones inobjetables y sus discípulos lo siguieron incondicionalmente, aunque muchas veces fue cuestionado, en particular acerca de su concepto de poder virtual que le atribuía a las sustancias que, una vez que eran dinamizadas (trituradas, agitadas y diluidas infinitesimalmente), adquirían para convertirse en medicinas. Samuel Hahnemann vivió los últimos años en constante controversia, defendiendo su ley terapéutica de curación por medio de las similitudes.

Pero si había alguien cuya biografía entusiasmaba al doctor hasta el grado de la exaltación, era Eugène François Vidocq, quien pasó de ser el ladrón más temido en Francia al policía más importante, no sólo de su país sino dentro de la historia internacional del surgimiento de la policía contemporánea: la policía investigadora. Si su biografía parece sacada de una novela de Victor Hugo, Alexandre Dumas, Honoré de Balzac, Eugène Sue o Ponson de Terrail, tan similar a la de personajes aventureros del tipo Jean Valjean o Rocambole, habría que explicar que se trata del fenómeno inverso, ya que fue él quien inspiró a todos ellos. Vidocq nació en 1775, veinte años después que Hahnemann, fue saltimbanqui, manejó a la perfección la espada y cuanta arma existía en su época, enamoró a las mujeres que quiso y fue uno de los delincuentes más dotados de la historia del crimen, que utilizó el disfraz y asombrosos cambios de personalidad para conseguir sus objetivos. La serie de

actividades que tuvo en su vida sólo se puede enumerar dentro de unas memorias tan prolijas como las que él mismo escribió. Era un ladrón que no respetaba ni a su propia madre, pero, lo que lo fascinaba principalmente era la estafa a través de simulaciones. Como delincuente, alcanzó la notoriedad porque lo aprehendieron en innumerables ocasiones y en cada una de ellas escapó de la cárcel. La gente del pueblo seguía la prensa y esperaba con ansia su próxima detención para cruzar apuestas sobre cuánto tiempo tardaría en escapar. Uno de los episodios célebres de esa etapa fue cuando se fugó de Toulon, donde lo tenían encadenado de manos y pies. Vidocq se cansó del círculo vicioso en el que había caído y decidió cambiar de profesión, así que le propuso al comisario de Lyon que lo aceptara entre sus filas como colaborador de la policía y lo convenció mediante uno de sus ardides característicos: le dijo al comisario que pronto se iba a escapar de la cárcel, a pesar de ser vigilado estrictamente, y que regresaría por su propio pie a ponerse a su disposición. Vidocq cumplió su propuesta y el comisario lo aceptó como policía. Entonces su vida dio un giro y comenzó a utilizar sus habilidades de estafador para engañar a los delincuentes, convenciéndolos de que se había fugado de nuevo, para que le confiaran sus proyectos criminales. Al principio Vidocq se convirtió en un informador de la policía, labor que realizaba con tanta astucia que los delincuentes no sospecharon que aquel afamado criminal con el que departían y al que tanto admiraban era justamente quien los haría caer en prisión. Vidocq planeaba las detenciones de los malhechores con estrategias tan geniales y arriesgadas que dentro del mundo criminal se seguía pensando que era un delincuente, y aprovechó esa ventaja para ganarse la confianza del comisario y del régimen francés para realizar su gran propuesta: crear un nuevo tipo de policía, una policía que no sólo se dedicara a perseguir delincuentes una vez que hubieran cometido sus fechorías, sino también antes de que dañaran a la sociedad. Y así surgió la Policía de Seguridad, la Suretè, tan famosa como lo sería Scotland Yard, y que hasta la fecha es el orgullo de los franceses. La Suretè fue comandada durante muchos años por Vidocq y después de que él tuvo problemas con policías que lo acusaron de incitar a individuos a delinquir para poder atraparlos, creó la primera agencia privada de detectives en el mundo. Vidocq vivió 82 años y en sus últimos días se retiró del ambiente para instalar una fábrica de papel que no tuvo mucho éxito, pero esa parte de su historia no era relevante para el doctor.

VIDOCQ, según el Doctor Simulacro, constituyó el remedio homeopático perfecto para la enfermedad delincuencial que la sociedad francesa postnapoleónica sufría, porque sólo un gran delincuente como él era capaz de combatir a los propios malhechores. El doctor descubrió el asombroso paralelismo que existió entre las sustancias medicinales de Hahnemann, que curan según el principio homeopático que él estableciera: *Similia similibus curantur* (lo semejante cura a lo semejante), y el caso

de Vidocq como remedio a la delincuencia; y es que justamente la persona de Vidocq devino, después de su agitado paso por las cárceles (donde los criminales se volvían más diestros y fieros), en la molécula única y potente que curó al hiperorganismo conformado por los franceses de aquella época.

-¿Qué fue Vidocq sino una molécula de veneno, un gramo de enfermedad potenciada, gracias a sus constantes y agitados ingresos y fugas de la cárcel, que se inoculó entre delincuentes y consiguió su curación exactamente como la medicina homeopática obtenida por Hahnemann luego de los procesos de trituración, dilución y sucución? Por pura casualidad, esa molécula humana, nociva para la sociedad en condiciones normales de salud, pero curativa durante la enfermedad, se separó de las otras y cumplió con su función. Al principio existió, pues, un procedimiento homeopático espontáneo. Luego, distintos gobiernos han tenido la intención de copiar el modelo de la famosa Suretè de Vidocq, pero, al quedarse con la superficie, sus resultados nunca han vuelto a ser tan efectivos como el patrón original. Así como el doctor Hahnemann realizó una crítica feroz hacia la medicina tradicional alópata, cuyos remedios solían (y siguen siendo) peor que la enfermedad y, en ocasiones, termina matando a sus pacientes a fuerza de agredirlos, yo también creí que sucedía algo similar con las corporaciones policiacas de la ciudad, que combatían el crimen tratando de extinguirlo y no conseguían sino avivarlo más, como quien intenta apagar el fuego con gasolina: ¿qué hay de aquellos escuadrones de policías que, cobijados en la oscuridad de la noche, acribillan algún malviviente en zonas marginadas de la ciudad y, por cada ejecutado, surgen hampones más virulentos que a su vez se convierten en matapolicías que los torturan durante días antes de beneficiarlos con la muerte?

EL DOCTOR REGRESÓ de Londres y lo primero que hizo fue inscribirse en la maestría en derecho penal. Cursó el posgrado sólo para tener el gusto de redactar su tesis sobre una criminología homeopática. Su jefe, el médico Ovilla, intentó convencerlo en repetidas ocasiones de que renunciara a semejante proyecto porque se arriesgaba a que lo tildaran de charlatán. Como jefe, carecía de autoridad para disuadirlo, como amigo, lo instaba a dejarlo, por su propio bien y, como médico, no podía aceptar que propusiera un sistema de combate al crimen basado en la homeopatía, una seudociencia, porque estaba claro que la homeopatía apelaba, en última instancia, a principios espirituales y sólo servía para aminorar algunos síntomas de las enfermedades, pero no las curaba. El doctor estaba consciente de la aspiración de su jefe de colocarse como procurador de justicia de la nación y de que lo necesitaba para continuar escribiéndole los discursos y los proyectos que le hacía redactar a cada rato con el objetivo de obtener el puesto, así que no se amilanó. El doctor no era de los que se daban por vencidos a la primera y, espulgando la lista de abogados con grado de doctor que le podían ser útiles, consiguió a un asesor de tesis, así como suficientes

sinodales para cuando tuviera que presentar su examen. Sobraban doctores ancianos, retirados casi de toda actividad, deseosos de ser tomados en cuenta para dirigir una tesis y de tener la ocasión de plantar sus pies de nuevo en la facultad para un examen de maestría. El asesor del doctor estaba prácticamente ciego, sólo podía leer cada vez unos pocos párrafos auxiliado de una gruesa lupa. No debía esforzarse demasiado, su salud se lo impedía, de tal modo que cumplió religiosamente cada quince días con autorizar los capítulos que el doctor le relataba de manera oral en cada visita. Al culminar su trabajo, el doctor defendió su tesis en uno de los salones traseros de la facultad, frente a un grupo de ancianos, uno de ellos casi ciego, el otro sordo, y sin que acudiera al acto el médico Ovilla. Los sinodales aprobaron sin titubear la tesis, incluso con honores. Debido a los chismes que se generaron, la tesis no fue incluida en el anaquel correspondiente en la biblioteca de la facultad. El propio médico Ovilla intentó promover una revisión de examen alegando una falta total de sustento científico, pero su petición no prosperó porque el director de la Facultad de Derecho, el licenciado Farías, no estuvo dispuesto a acatar los señalamientos de un médico.

—¡Que los médicos vayan mucho a quejarse a su propia escuela!, y punto — alegó el director y sobreselló el asunto. Además, para él era mejor que las cifras de graduados se incrementaran antes de cumplir con su próximo informe anual de labores.

EL PRIMER DÍA que el doctor llegó a su trabajo siendo ya un posgraduado, fue también el último. Tal vez el médico Ovilla, quien había visto llegar al doctor al Semefo cuando todavía era un estudiante, no soportó que, de pronto, aquel muchacho de ideas tan disparatadas obtuviera un grado académico ya cercano al suyo. No se le podía pedir que lo considerara como a un igual de la noche a la mañana. Y no sólo eso, sino que también el doctor sólo le mostró a Ovilla su propia miseria. Porque mientras Ovilla había permanecido en el mismo puesto al frente del Semefo durante poco más de una década, con la ambición cada año de mejorar de puesto, el doctor va se perfilaba como un joven abogado con empuje político para ascender y muy pronto rebasarlo, dejándolo atrás a él, que le había estado tan aventajado. Ovilla llamó a su oficina al doctor y primero lo felicitó con frialdad por la obtención de su grado, el cual había adquirido con una tesis que él no aprobaba, pero ni modo, ¿qué se podía hacer? Después pasó a pormenorizar la serie de apoyos que le había otorgado desde su ingreso al Semefo, una institución que él se encargaba de dirigir y a la cual apreciaba por sobre todas las cosas. El hecho de que Ovilla hiciera tal recuento, le puso al doctor sobre aviso de lo que vendría a continuación y aguardó con compostura la cubetada de agua fría.

—Por eso mismo, *maestro* —pronunció el sustantivo con renuencia—, creo que esta institución ya te queda chica. Has sido mi amigo-protegido por un tiempo, pero ahora estás hipercalificado para el cargo y necesitas uno nuevo, digno de tu nivel, y

tendrá que ser en otra institución, porque aquí el único puesto más alto que el que ahora tienes es el mío. Así que te comunico que tendremos que dejarte ir, *Epifanio* — profirió Ovilla con fingida inocencia.

Lo que más le dolió de aquella nefasta reunión con su ex jefe fue que le recordara su nombre. El doctor no se había identificado nunca con su nombre. A veces ni siquiera recordaba que así lo hubiesen bautizado. Y la gente que estaba cerca de él jamás lo llamaba de ese modo, pero si guería ofenderlo era suficiente con que se atreviera a pronunciarlo, y pobre de aquel que lo insultara de tan terrible manera porque a cambio recibiría una bofetada (el pediatra), un puñado de sal en los ojos (su compañero de banca en cuarto de primaria), o cuando menos, una mirada de hidra (el propio médico Ovilla)... ¿Y cómo se llamaba el doctor? Su nombre de pila (bautismal de cantera labrada, sebosa por el roce constante, porfiado, de las manos de los feligreses de la iglesia que acudían buscando consuelo a su vida, retahíla de frustraciones, fardo insoportable que debían cargar desde la cuna hasta la tumba) era Epifanio. *Epifanía*, palabra de origen griego, significa literalmente luz superior, pero la religión católica la adoptó como metáfora de una manifestación luminosa, una revelación divina: el momento en que los reyes magos ven en el cielo la estrella que los guía hacia el niño Jesús. A su vez, Epifanio es un nombre que proviene de la misma raíz; algunas fuentes aseguran que quiere decir: el muy brillante (intelectualmente hablando). Y san Epifanio de Salamina fue uno de los fundadores de la iglesia católica, que destacó por su inteligencia. O sea que, mientras en la palabra epifanía lo luminoso se relaciona con lo divino, en Epifanio se liga a una cualidad humana... El doctor estaba peleado con su nombre. No lo toleraba. No lo quería para sí. Iba bien con su padre. Le pertenecía a su padre. Pero, ¿a quién se le había ocurrido bautizar a dos personas con el mismo nombre...? A tres, en realidad. Porque su abuelo también se llamaba así. El abuelo Epifanio fue un hombre brillantemente gris. Un personaje con habilidades tales que lo convertían en una especie de caballo matemático, de prodigio de feria: ejecutaba complejas operaciones aritméticas sin necesidad de escribirlas en papel. Era capaz de recordar cifras muy extensas sin cometer la menor equivocación. Después de comer, la familia sentaba al abuelo en un sillón frente a los nietos y él podía entretenerlos durante horas resolviendo operaciones aritméticas con cantidades de tantos dígitos como cupieran en la pantalla de la calculadora electrónica que se utilizaba para verificar con celo cada resultado. Era correcto que los apellidos se compartieran con la familia, se heredaran, pero no el nombre de pila. El abuelo había tenido la dicha de celebrar a lo largo de su vida cumpleaños y santo el mismo día del año: el doce de mayo. No así su padre, para quien nombre y fecha de cumpleaños se encontraban escindidos. Y para el doctor, ni se diga, jamás quiso celebrar ni una sola vez su santo. Incluso, pensándolo bien, tampoco a su abuelo le fue bien el nombre de un santo que ya lo

había usado antes que él. Un nombre propio ya no era *propio* si se compartía con alguien. De esa manera el nombre ya llegaba desgastado, en condiciones tan malas que daba pena usarlo. No sólo era feo, sino que restringía cualquier posibilidad de avance. Porque era imposible ir más allá que aquellos a quienes había pertenecido antes. El nombre del doctor como un automóvil de tercera. El kilometraje sobregirado. Las capas de pintura prontas a desprenderse y dejar la lámina desnuda. Con semejante nombre no se podía llegar más lejos de lo que su abuelo y su padre lo hicieron. Ya no le habían dejado nada dentro de ese nombre. Un apelativo vacío. El doctor quería tener su nombre propio. Por eso era el momento de cambiar de nombre. De emparejarse al automóvil de al lado y dar el salto peliculesco, arrojándose por la ventana de su propio automóvil en movimiento, para abordar el otro.

Y JUSTO CUANDO el doctor intentaba desembarazarse de su nombre (im)propio, sin tener todavía la menor idea de cómo hacerlo, supo por qué él se llamaba así y al mismo tiempo vislumbró el camino para cambiar de apelativo. El nombre (no tan) original del doctor contenía cifrada dentro de sí la solución. Sólo que dicha solución consistía en un tipo de descubrimiento que se daba una sola vez en la vida de una persona. Tal vez su abuelo pudo haber cambiado de nombre, si hubiera estado atento a dicha epifanía. Tal vez su padre pudo haber cambiado de nombre y de vida, pero él creyó que hallaría la respuesta en la cima de una montaña, y nunca se enteró de que la respuesta estaba escondida dentro de su propio nombre: qué mejor forma de ocultar algo que poniéndolo al alcance del oído de todo el mundo. Pero si a su abuelo y a su padre se les había pasado la epifanía de largo, como un cometa mientras dormían, al doctor no le sucedió lo mismo. El doctor tuvo la revelación mientras dormía, pero el doctor no se *durmió*, es decir, cuando despertó, no se volvió a dormir sino que tomó nota de las palabras con las que acababa de soñar.

Después de la Amarga experiencia con Ovilla, el doctor se había ido a refugiar al sofá del estudio de su casa, donde las elucubraciones en torno a su nombre habían brotado de su cabeza cual serpientes que lo mantuvieron cautivo durante horas; se liberó de ellas al notar que, desde la mañana, antes de entrar en la oficina de Ovilla, durante la entrevista y hasta ese momento, había estrujado en su mano una carta en la que lo invitaban a participar en un coloquio sobre la ciudad de México. Seguramente los organizadores (entre quienes se contaba la asamblea legislativa local y una cadena de televisión) pensaban que abordaría un tema morboso que le daría el toque pintoresco al coloquio, como correspondía a su calidad de (ahora, ex) subdirector del servicio forense. No tenía la menor intención, consciente al menos, de participar en ningún coloquio de ningún tema, pero entonces, ¿por qué había guardado todo ese tiempo la carta invitación entre sus dedos? ¿Acaso se estaba entregando una carta a sí

mismo? ¿O quizá sus lecturas de Jung empezaban a ser excesivas? No, tal vez no tanto, porque al repasar el tema del coloquio pensó que no era simple coincidencia el que, hasta entonces, él había sido una persona peleada a muerte con su (falta de) nombre, viviendo en una ciudad con un nombre que no era nombre. La ciudad se llamaba como el país, así como el doctor se llamaba como su padre y su abuelo. Tanto él como la ciudad eran víctimas de un error de confusión de categorías: dos niveles distintos no podían llevar la misma designación. Porque una ciudad no es igual al país que la contiene, así como el hijo no es la misma persona que lo engendra a él. Lo correcto, para distinguir los niveles, era que cada uno llevara distinto nombre. Un nombre propio. Decidió participar en el coloquio, y el tema a abordar sería: el nombre de la ciudad, o mejor dicho: su carencia de nombre.

HE BEBIDO TANTAS TAZAS de café que el sueño no me importuna todavía. Los encapuchados, claro, acostumbrados como deben estar a estos turnos inhumanos de veinticuatro horas de trabajo por cuarentaiocho de descanso, tampoco tienen problema para mantenerse despiertos. Cada vez que quiero ir al baño (y qué esperaban con tanto café) se alternan para acompañarme. De pronto pienso que me gustaría quedarme dormido, como aquella noche que el doctor soñó con la negra en el sillón de su estudio, después de un día nefasto. Él estaba convencido de que la negra había acudido a él en sueños, muchos años después de no verla, justo cuando la necesitaba. El doctor soñó con aquel episodio de su vida en el que la negra lo había iniciado en tres cosas: la curación, el sexo y, un poco más tarde, el deseo de justicia. En el sueño el doctor estaba de nuevo desnudo sobre el sillón de la negra, tras haber sido rescatado de su desafortunada caída sobre un gran charco bajo la lluvia. La mujer lo secaba con la toalla olorosa a caoba, luego sus manos azabaches y rollizas masajeaban, con parsimonia, su cuerpo blanco de adolescente. La reconstrucción onírica del episodio transcurrió casi igual a como había sucedido realmente, excepto por un par de salvedades; la primera radicó en la lentitud: el tiempo se expandía, diferenciándose en segmentos tan identificables unos de otros como vagones de ferrocarril, y esta vez el doctor tuvo tiempo de más para gozar a plenitud el contacto con la negra, cada caricia, cada beso. El doctor se despidió y después regresó a casa de la negra con la canasta de frutas, para agradecerle, y ella le entregó el triángulo negro de tela.

—Éste eres tú... cuídate. Tu nombre será duro como cristal... cuídalo...

La siguiente diferencia en el sueño fue que las tres palabras que la negra pronunció para describir cómo sería su nombre: *duro como cristal*, súbitamente aparecieron escritas, con letras blancas, en cada uno de los bordes del triángulo que él sostenía en la manos: (¡!). El doctor, maravillado, giró el triángulo en dirección de las manecillas del reloj para leer cada una de las palabras y, cuando lo hizo, éstas comenzaron a avanzar hacia el centro del triángulo formando una espiral. A medida

que la espiral se enroscaba y se apretaba cada vez más, las letras llegaron a formar un círculo, para después desenroscarse por completo y alcanzar una nueva alineación, a la que el doctor no encontró sentido:

#### mcoisrtcrualdoo

Segundos después, las letras pares comenzaron a elevarse lentamente, como si se tratara de un proceso de mitosis, de reproducción celular, en la que se produjeron dos nuevas palabras:

# círculo mostrado

Aunque el doctor no podía creer que *duro como cristal* constara exactamente de las mismas quince letras que *círculo mostrado*, comprendió que debía tratarse de un auténtico anagrama, porque había observado las letras constelarse sin perder de vista ninguna y sin que aparecieran más. Volvió a girar el triángulo para ver qué sucedía y esta vez, después de volver a formar la espiral, apareció la palabra:

#### sidmoucltaocrro

El doctor aguardó un par de segundos y en esta ocasión las letras impares, a partir de la tercera, se elevaron, al tiempo que la primera y la última se abrían un poco a izquierda y derecha, respectivamente:

## doctor simulacro

El resultado impactó tanto al doctor que, en un alarde de conciencia onírica, logró despertarse y anotar en el reverso de la carta invitación al coloquio las palabras que la negra le acababa de revelar en el sueño, porque supo que eran vitales para él: su oportunidad de tener un nombre propio. La euforia posterior al sueño le invadía, porque fue uno de esos sueños en los que se siente que uno ha encontrado la demostración del teorema de Fermat o que ha regresado a la vigilia con un puñado de monedas antiguas extraídas del fango y, ya por la mañana, cuando sale el sol, advierte que lo que se tiene entre manos, como residuo del sueño, son guarismos sin sentido. El doctor copió en un cartón *duro como cristal*, recortó cada una de las letras y cuál sería su asombro al comprobar que, efectivamente, *duro como cristal* era anagrama perfecto de *círculo mostrado* y de *Doctor Simulacro*.

Uno de los mejores regalos de cumpleaños que el doctor me hizo fue una colección de libros de los autores romanos que más admiraba. Pido permiso a los encapuchados para poder estirar las piernas durante un minuto e ir al librero por algunos de los tomos y así acariciar la portada de los libros tal como esa noche hizo el doctor mientras repasaba sus queridas obras selectas pertenecientes a la cultura de quienes heredamos no sólo el sistema jurídico, sino también buena parte de nuestra idiosincrasia. Los romanos solían distinguir tres nombres. El primero era el nombre de pila. El segundo, el de la familia, el apellido. Debido a que en aquel tiempo había pocos nombres propios y contadas familias, surgían muchos homónimos, por lo tanto, para distinguir a las personas, la gente utilizaba como tercer nombre apodos para bautizar a los demás o a sí misma. Los apodos se aplicaban destacando alguna característica inconfundible del personaje en cuestión: virtudes excepcionales, hazañas realizadas o defectos naturales. Debido a la prudencia, el tercer nombre de Marco Porcio fue Cautón o Catón. Los apodos preferidos de la gente eran aquellos que describían los defectos, como el nombre de Claudio, que se usaba para quienes arrastraban los pies al caminar o eran cojos. Originalmente, claudicar significa cojear, ahora se utiliza para describir la acción de someterse o abandonar una empresa. Los romanos eran tan sarcásticos que llamaban Obesus, que originalmente significaba delgado, a los gordos. Con el tiempo, el adjetivo *obeso* llegó a identificarse tanto con la gordura que se convirtió en su designación. Los romanos de la antigüedad fueron tan acertados al bautizar, que a la fecha conocemos a muchos de ellos por su tercer nombre, como el dramaturgo Plauto, que recibió el nombre por tener las orejas colgantes, y parte del chiste consistía en exagerar a tal grado que con ese nombre querían decir de él que las orejas le aplaudían.

CLARO QUE CAMBIAR de nombre denotaba una conversión, un cambio profundo. Porque cambiar de nombre no era exactamente como cambiar de auto: aquel símil ya no le servía (tenía que abandonarlo como... ¡un auto viejo!). Un cambio de nombre se vuelve indispensable cuando se es aceptado por una religión ajena. Para pertenecer a ella hay que ser asimilado como converso, sea cual fuere el tipo de ceremonia que se requiera dentro del contexto nuevo para conseguirlo. Algo similar a cuando se adopta una nacionalidad distinta a la original, en la que se habla otra lengua y se desea que el nombre se alinee a la fonética y la ortografía de la cultura anfitriona. Saulo el judío pasó de ser un ferviente perseguidor de Jesucristo, a uno de sus más fieles apóstoles, que dedicó el resto de su vida a propalar el cristianismo, y todo porque en su camino a Damasco sufrió una revelación tan luminosa que lo mantuvo ciego hasta que fue bautizado como Pablo, el equivalente romano de Saulo. San Pablo nunca conoció personalmente a Jesucristo. Robert Zimmerman se levantó un

día con la convicción de que existía un destino para él y dijo: Hay quienes nacen con el nombre o padres equivocados. A partir de entonces, se hizo llamar Bob Dylan. Quienes pretenden convertirse en artistas cambian de nombre, como David Bowie, originalmente llamado David Robert Jones, un músico y actor que precisamente se distingue por sus elaboradas caracterizaciones camaleónicas, que no excluyeron, en los principios de su carrera, un exagerado maquillaje facial femenino. O como Margaretha Geertruida Zelle, quien después de abandonar a su marido adoptó un nombre nuevo y se dedicó al baile exótico para luego convertirse en la espía Mata Hari. O cuando desean empezar una etapa nueva en su carrera, como el excéntrico cantante Prince, que de pronto adoptó como nombre un signo que carece de designación, por lo que no se le puede nombrar si no es dibujando el tal signo. O los escritores que crean su alter ego: los famosos heterónimos de Pessoa. También se necesita una variación, por lo menos, cuando se cambia de sexo. Porque la conmutación opera no sólo en los niveles orgánico y psicológico de la persona, sino en el género del sustantivo, uno de los atributos del nombre, gramaticalmente hablando: ¿Mario o María? Encontrar el nombre... ¿Metamorfosis verbal? ¿Travestismo patronímico? Cambiar de nombre era como traducirse a sí mismo de un sistema a otro. ¿Sabes cambiar de nombre? Entonces sabes escribir, como la mujer apellidada Crayencour que anagramatizó su apellido para convertirse en Yourcenar, la escritora. Las ciudades también cambian de nombre cuando caen bajo un dominio distinto, como la antigua ciudad griega de Akragas, que al ser absorbida por el Imperio romano cambió a Agrigentum. Aunque, a veces, no revelar nunca el nombre exacto concede la facultad de forjar un destino inédito, como Cervantes consiguió con Don Quijote, de quien no sabemos nunca, dentro de la novela, su nombre exacto, atributo que le permite al personaje actuar con una libertad rayana en la genialidad y la locura. Así como era necesario bautizar a la ciudad de México para ubicarla en la categoría adecuada y que adquiriera personalidad propia y un destino a su medida, el doctor supo que él también necesitaba un cambio de nombre para situarse en el lugar apropiado.

EL DOCTOR NACIÓ platónico en un mundo aristotélico. Y, como consecuencia, ahora estaba sin empleo, sin jefe-amigo-protector y sin novia, porque una semana después del episodio nefasto con Ovilla, recibió un telegrama de Carmen, tan escueto como sólo un telegrama puede serlo, anunciándole su viaje de estudios a Montpellier y que no se preocupara por ir a despedirla al aeropuerto. Aquella relación, que había comenzado entre cadáveres, había sido fulminada por una docena de palabras mal impresas. El doctor tenía que dar literalmente un vuelco a su personalidad; derramar hacia fuera el ectoplasma interior: la masa abigarrada que dominaba el espacio verdoso, forrado por una sustancia en fermentación constante, bajo el imperio de la laboriosidad y las transformaciones que daban cuerpo a las representaciones

espontáneas de su semiinconsciencia. El doctor siempre fraguando planes nacidos de la intuición, dejándose arrastrar por sus corrientes subterráneas. El doctor y su mente veleidosa, que lo mismo concebía una nueva forma de combatir el crimen que la manera de divertirse a costa de los peritos forenses, dibujándole tres piernas al occiso o un paso de ballet. Hasta el momento sus propuestas habían caído en el terreno de las hipótesis: no había logrado poner en marcha el programa de adopción de muertos; su propuesta de incluir entre los legisladores a un grupo interdisciplinario ni siquiera la envió nunca a la cámara de diputados, y mucho menos había planteado su criminología homeopática en ningún foro público... Era cierto que había conseguido ascensos hasta llegar a la subdirección del Semefo, pero a cambio de fungir como una especie de asesor que garrapateaba proyectos, informes y demás minucias; también había ganado la invitación al congreso de filosofía del derecho que lo llevó a concebir su criminología homeopática, pero que por el momento no era otra cosa que una serie de hipótesis.

EL DOCTOR HABÍA seguido acudiendo a cada presentación de Manfredo, y por esos días en que su ánimo flaqueaba, cuando se anunció que el escritor impartiría el seminario Cómo armar una novela, fue el primero en inscribirse. Aunque su intención nunca fue la de escribir una novela, intuyó que debía asirse a esa actividad porque en ella encontraría algo útil. Manfredo era generoso con sus consejos hacia los jóvenes novelistas, extraía de su alforja hasta la última enseñanza. Aseguraba que a él le había tomado largos años aprender los trucos y podía enumerar cada uno de los aspectos de la escritura de la novela que a él le daban grandes beneficios, pero con la advertencia de que era insuficiente conocer los meros conceptos, no servían de nada en sí mismos si no se sabía cómo llevarlos a la práctica. El doctor era su seguidor más fiel, hipnotizado por cada palabra suya, asentía lentamente, con los ojos muy abiertos, como si estuviera a punto de saltarle al cuello para chuparle la médula, y no es que fuera el único que mostraba el gesto del que desea cazar al vuelo algo de provecho; sin embargo, la intención del doctor nunca fue escribir una novela, sino conocer la fórmula mediante la cual Manfredo se había colocado en una posición tan privilegiada. ¿Cuál era el misterio detrás de su triunfo? Porque había cientos de novelistas en el país y sólo él había alcanzado tal encumbramiento. El doctor supo desde el principio que su asistencia al seminario de Manfredo y la información que absorbiera de él le serían útiles en algún momento, aunque ignorase cuándo.

UNA TARDE de lluvia fastidiosa, en la que el doctor comenzaba a dudar acerca de su obsesión por seguir a Manfredo como perro faldero, le escuchó decir algo que era justamente lo que había estado esperando durante largo tiempo. La voz de Manfredo sonaba nítida, como si alguien hubiera limpiado la atmósfera, librándola de cualquier interferencia para que el doctor pudiera escuchar realmente. Y es que las palabras de Manfredo produjeron ese fenómeno de resonancia que permite al sordo percibir un sonido cuando se conecta un diapasón vibrante a su cráneo. Manfredo habló sobre la manera de engendrar personajes y se mostraba entusiasmadísimo, atragantándose con las palabras por momentos, como si en vez de pronunciarlas intentase comérselas a dentelladas:

—La primera condición es que ellos deben estar vivos; sí, vivos, eso es, y no importa que sea en un plano distinto al nuestro. No importa que no los podamos tocar y que para los lectores más simples la vida de nuestros personajes se proyecte en el papel sólo como una sombra, porque nosotros sabremos que sí están vivos.

Manfredo confesó que para darle vida a sus personajes siempre realizaba un sacrificio.

—Les va a sonar extraño esto que digo, sí, pero más raro sería crear vida de la nada. Nada se crea de la nada, en forma gratuita, espontánea. La física no se equivoca cuando señala aquel famoso postulado de que la energía no se crea ni se destruye, sólo se trasforma. Que no se trata de algo nuevo, es cierto, porque como lo dicen las *Metamorfosis* de Ovidio, lo único permanente es el cambio. Les voy a decir que la única forma de crear vida es mediante el ciclo eterno de muerte-vida-muerte. Y si ustedes quieren darle vida a un personaje deben ofrecer a cambio un sacrificio verdadero, algo vital para ustedes.

Entonces surgió la pregunta obligada:

—¿Y usted qué sacrificó para ese gran personaje que lo ha hecho famoso: el Mercenario?

Manfredo pareció dudar un momento, se quitó las gafas y, con la uña de su índice izquierdo, percutió su ojo contrario: toc toc. El público quedó asombrado y nadie dijo una palabra. Luego Manfredo soltó una carcajada tremenda.

—No quiero que nadie se saque los ojos por su personaje, por favor. Se trata de sacrificar algo muy valioso, pero no se corten una mano o la cabeza.

La segunda condición para configurar un personaje, según Manfredo, era que sufriese un defecto a la medida de su grandeza.

—A menudo las virtudes de los personajes son un aspecto poco interesante. El verdadero atractivo radica en la pequeña fisura que aparece un día en el gigantesco muro de contención de la presa, una fisura que con el tiempo se convertirá en grieta y terminará por resquebrajar la mole de concreto para liberar los miles de litros de agua que arrasarán una ciudad entera. Lo que admiro en Aquiles es su famoso talón. Un personaje que se debe a su defecto porque su destino está determinado no por su fuerza y valentía, sino por la falla. El personaje debe ser perfectamente creíble. Y nada contribuye más a su verosimilitud que un defecto. Aunque no me refiero a un defecto cualquiera, sino a aquel que se inscriba en la misma línea en la que circula el personaje, pero en dirección contraria. Es decir, un defecto que le dificulte a nuestro personaje la consecución de su tarea, de su propósito principal: así, tenemos por ejemplo al sacerdote cuya fe es débil y que por dicho motivo se genera un conflicto capaz de sostener toda una novela; o al general del ejército que es un cobarde, y que nos puede atrapar a lo largo de cientos de páginas. Sin embargo, para ser más justo con la realidad literaria, debo también apuntar que todo gran defecto constituye una virtud perfectamente encubierta, y por eso es que no llega a aburrirnos. Sé que esta afirmación puede pecar de oscura al principio, pero eso lo descubrirán ustedes mismos, tarde o temprano, si encuentran el defecto adecuado a sus personajes: el único posible y esencial de sus personajes.

—LA TERCERA condición es que nuestro personaje enfrente a la muerte en algún momento, que vea de cerca la posibilidad de morir. Éste es el reverso del tema del sacrificio, porque sólo aquello que ha estado vivo alguna vez tiene la posibilidad de morir. Como todos nosotros, los que estamos aquí. ¿De qué manera sabemos que estamos vivos, que esta tarde lluviosa no es mera ilusión?

En ese momento Manfredo extrajo una pistola de su saco, que desde su asiento al doctor le pareció una nueve milímetros, y apuntó hacia el público. Los jóvenes de la primera línea de asientos rieron. Manfredo dirigió el cañón hacia su propia cabeza y agregó:

—Es de verdad y está cargada... pero todavía no me toca salir de escena.

Manfredo se limpió el sudor con un pañuelo y guardó la pistola antes de que la señorita junto a él, y que se encargaba de servirle agua cada cinco minutos, se pusiera más nerviosa.

—Finalmente, quiero hacerles notar que todas las condiciones que he mencionado para crear un personaje no son más que distintos aspectos de lo mismo, de una sola esencia. El sacrificio nos lleva al defecto, y el defecto a la muerte: para que a nuestra novela le nazca un personaje es necesario que nosotros, como autores, muramos un poco. A nuestro personaje le insuflamos un defecto para que esté hecho a nuestra imagen y semejanza dentro del mundo ficticio. El personaje se agrieta merced al

defecto y se resquebraja, se convierte en un montoncito de piedras y, al final, nos devuelve un poco de vida.

Manfredo no volvió a ser tan locuaz como en aquella sesión. Cuando salía del auditorio, el doctor se acercó a saludarlo y lo notó pálido, como repentinamente envejecido. El novelista respondió al saludo con tibieza. En cambio, el doctor se sentía inyectado de una vitalidad asombrosa y, como me confesaría después, un pensamiento gratificante, aunque quizá un tanto oscuro, ocupó su mente:

—Sentí que por fin le cobraba una deuda contraída conmigo desde hacía muchos años. Me había dedicado a perseguirlo ciegamente y al final conseguí arrebatarle algo esa tarde. Y nunca más fui a verlo de nuevo a ningún acto público.

Con lo que le arrancó a Manfredo, el doctor supo elegir al personaje a quien se dedicaría a partir de ese momento, en cuerpo y alma (literalmente), el personaje que le permitiría llegar a donde siempre deseó.

En vez de Armar (como decía Manfredo) una novela de papel, ¿por qué no mejor crearla dentro del cuerpo del mismo doctor y lograr que el personaje hablara por su boca? Para el doctor, los personajes literarios eran meras representaciones tejidas de palabras, y él no se conformaba ya con ese grado abstracto de la creación. En todo caso, si para Manfredo los personajes literarios no tenían cabida en una dimensión material y se proyectaban sobre el papel como una sombra, ¿no era entonces preferible, en vez de perder el tiempo garrapateando cuartillas inútiles, emprender directamente la búsqueda del original? Así como cada mujer da cuerpo a una virgen y es capaz de parir, el doctor decidió otorgarle a su personaje el beneficio de la carne, de su propia carne. Tal vez no sería un acto tan natural como lo es para las mujeres, pero él cultivaría al personaje en su interior con los mismos cuidados: le proporcionaría el vehículo de su cuerpo para que respirase a través de sus pulmones, para que caminara con sus piernas y se alimentase por su boca; le daría lo necesario para que se desarrollara más que él mismo, ya que el doctor no estaba a gusto con lo que había logrado hasta ese momento.

SI PARA ANIMAR al Golem hacía falta escribir bajo su lengua (o en su frente) el nombre oculto de Dios, para la creación del Doctor Simulacro era necesario cumplir las tres condiciones de Manfredo, y con tal de acatar la primera, ¿qué otra cosa sacrificaría el doctor para darle vida a su personaje, sino su propia existencia pasada? Desde el principio, el doctor concibió su obra no como un mero fingimiento, sino como una creación. No esgrimiría la mentira, sino la ficción, el mito encarnado. No estaba intentando un simple disfraz del cual podría desprenderse cada noche. No, porque el disfraz sería él mismo. Y con el tiempo no habría manera de tasar las diferencias, ni cuchillo capaz de separar músculo a músculo el ser que fue antes del que sería

después, al grado de no saber quién creó a quién. Cuando se levantase por la mañana y saludase al vecino ya no sería aquel debilucho hombre estrafalario que de vez en cuando daba golpes de suerte, pero que siempre terminaba por sentir que no estaba a la altura de sus aspiraciones. Ya no sería más el hijo de un burócrata, alpinista frustrado de fines de semana, que le había arruinado la infancia con exigencias absurdas de demostraciones de fortaleza física (porque para entonces el doctor todavía soñaba con su padre, que le recriminaba su incapacidad para ascender con él hasta el pico de la montaña: a cada paso que daba en el terreno pedregoso del sueño, el doctor advertía el aire enrarecido que lastimaba sus pulmones y le producía un dolor insoportable de cabeza). A partir de ahora se convertiría en su propio personaje de ficción.

EL DOCTOR SE SABÍA con tantos defectos insignificantes que debía buscar uno a la altura de su personaje para cumplir con la segunda condición de Manfredo. Aunque no sólo era necesario poseer un defecto especial para mostrarse verosímil ante los ojos de él y de los demás, como afirmaba Manfredo, también era necesario para llegar a colocarse por encima de los otros, uno de los objetivos más evidentes del doctor:

—Porque la gente siempre mira con envidia al semejante que alcanza una posición privilegiada. En cambio, acepta sobre ella misma a quienes aparentemente poseen características superiores, como en el caso del cuento de la ascendencia divina de los reyes, quienes precisaban tener algo tan diferente y exclusivo para convencer, como la sangre azul... Y aquí viene lo que nos importa: la gente también acepta que alguien con una notoria desventaja se eleve sobre ellos, sin que se le tenga envidia, como un tipo de compensación. Está el caso del que, condenado de por vida a una silla de ruedas, gana el premio mayor de la lotería y la gente no cesa de repetir que él sí se lo merece. Pero ahora la gente no cree en la sangre azul, no cree en representantes divinos sobre la Tierra, cree en aquel que llena las pantallas de cine y televisión y aparece en la portada de la revista más leída, aquel cuya ganancia por hora ante las cámaras equivale a un año de su salario como simple mortal.

El defecto de defectos, el más redituable actualmente, era la mistificación, según el doctor.

Y LA GRAN VIRTUD del defecto que el doctor adoptó fue la versatilidad. La verdadera simulación es profunda y casi nadie la reconoce tras sus muchas caras. Una de esas caras es la vanidad y fue la causante de que el doctor se convirtiera en un personaje cuya vida privada estuvo bajo la constante vigilancia de los paparazzi, que llegaron a vender fotografías suyas a importantes revistas especializadas en la farándula política. El doctor configuró un personaje bastante cercano a la definición contemporánea del

metrosexual: un hombre que pone tanto empeño en su vestimenta como podría hacerlo cualquier mujer, ya que permanece atento al mundo de la moda de los diseñadores internacionales. Un hombre que ha desarrollado tanto su lado femenino que es capaz de aconsejar a una mujer sobre cómo maquillarse, pero no es homosexual, y su gusto por el sexo opuesto es tan público que seguido se exhibe con las mujeres más cotizadas. En resumen, un hombre adaptado a la perfección a las demandas de la vida del jet-set de las grandes metrópolis. El Doctor Simulacro cabía en esta definición excepto porque no exhibía su gusto por las mujeres... aunque tampoco por los hombres. Desde que el doctor terminó con Carmen (o mejor dicho, desde que Carmen terminó con él y se marchó a Europa), se negó a entablar una relación estable con ninguna otra mujer y se propuso sacarle provecho a su conflicto haciendo de la vida amorosa de su personaje un enigma. La presunta homosexualidad que sufría ocasionó que sus adversarios políticos no lo consideraran un peligro; los dogmáticos veían en él a alguien que no era digno de contienda:

—Como es maricón no va a durar en un ambiente tan pesado como éste, donde te topas con cadáveres podridos y delincuentes peligrosos. Nada más deja que se enfrente con uno de esos secuestradores que a cada rato te envían amenazas de muerte para que los dejes en paz.

Los políticos modernos, respetuosos de la diversidad sexual, lo trataban con la tolerancia indicada para el caso porque:

—A pesar de su manera de ser, poco común dentro de este ambiente rudo de la justicia, está haciendo muy buen papel. Hay que estimularlo sin importar su condición.

EN CUANTO AL TERCER ASPECTO en la guía de Manfredo, que era precisamente el que causaba desagrado al doctor, se cuidó muy bien de verter comentarios más amplios. Le repelía pensar en su propia muerte a pesar de que había trabajado tanto tiempo entre muertos y convivía con ellos como con sus amigos, pero una cosa era hacerse amigo de los muertos y otra muy distinta estar muerto para siempre, por más que un funeral llegara a ser un gran acontecimiento, un espectáculo faraónico.

EL NACIMIENTO del Doctor Simulacro trajo consigo la necesidad de pasar de la reflexión jurídica del estudiante novato a la acción del experto. Así como el doctor fue creando su personaje dentro de sí mismo y no en las páginas de un libro, también surgió el imperativo de olvidarse del ambiente académico para intervenir en el mundo de carne y hueso. Para obtener su segundo posgrado, que finalmente lo convirtió en un auténtico doctor y, al mismo tiempo, despedirse de la academia, tenía que hacer de su doctorado una investigación para poner en práctica sus conceptos utilizando seres

de carne y hueso. Y a dónde acudir sino al sitio ideal: la *otra universidad*, la *universidad del crimen*.

PARA CONSEGUIRLO, el doctor renovó su guardarropa, porque tenía que revestir a su personaje correctamente, no se trataba de comprar ropa a su gusto personal, un gusto bastante neutro, por cierto, conformado por colores que, apropiados para el camuflaje urbano, lo hacían perderse por completo dentro de la trama cotidiana de sus actividades: tonos de beige y gris. Para arropar a su personaje con propiedad consultó las revistas y los programas de televisión dedicados a la moda. El Fashion TV y los consejos de los sastres de las tiendas de ropa de caballeros fueron su guía. Comenzó a dedicarle tiempo a actividades que antes menospreciaba. En el gimnasio fue adicionando músculos al cuerpo de su personaje, no demasiados al principio, para no caer en el exceso, ya que no resultaba elegante parecer un guarura (aunque después se obsesionó con hacerlos crecer más y más). Resultaba agradable acudir a su sesión semanal de tratamiento corporal, que incluía masaje, tratamiento facial y manicura, donde se dejaba tratar como un objeto precioso al que había que darle mantenimiento, pulir y luego reintegrar al flujo del trajín cotidiano.

Aprovechando los contactos que aún conservaba, decidió entrevistarse con el licenciado Montaño, quien estaba al frente de la dirección general de reclusorios, institución que muchas veces había descargado sus cadáveres frescos en el Semefo. El doctor se presentó sin previo aviso en la dirección de reclusorios con su nuevo aspecto. La secretaria, al verlo llegar con pinta de hombre importante, se apresuró a atenderlo con suma amabilidad. Las buenas secretarias, adiestradas con tino, siempre reaccionan por instinto ante aquel que exhibe un aspecto lo suficientemente elegante como para anunciar problemas si no se le atiende con la deferencia adecuada. El licenciado Montaño lo recibió sin demora, el doctor siempre le había parecido un tipo raro, pero simpático, confiable; de cualquier manera con el doctor no necesitaba fingir que estaba muy ocupado. Comenzaron a platicar sobre el proyecto de doctorado del doctor y llegó la hora de comer. Montaño dijo que tenía un compromiso en uno de sus restaurantes favoritos y lo invitaba para que siguieran platicando acerca de sus planes con los reos; lo que no acababa de comprender era qué interés podía tener en esa bola de desgraciados. Abordaron el vehículo blindado del director y el chofer los llevó a la penitenciaría varonil de la ciudad. El doctor pensó que se trataba de una broma: habían ido allí porque el director tenía algún compromiso de trabajo y de seguro le parecía menos árido si lo acompañaba alguien. Qué trabajo tan desagradable tiene este pobre hombre, pensó el doctor mientras el automóvil atravesaba el cinturón de seguridad de la cárcel, por lo menos los muertos están muertos y ya no son capaces de arrancarte las orejas mientras trabajas, porque

aquí, rodeado de tantos vivos... No era la primera vez que el doctor entraba en una cárcel, tantas veces había hecho levantamientos después de una riña campal o de una venganza solitaria, y en esta ocasión tampoco advertía por ningún lado el sombrío glamour que los sitios de reclusión suelen tener en las películas. Una vez traspuesto el cinturón de seguridad fue como penetrar en una pesadilla de suciedad y violencia. Las caras de los reos que deambulaban por el campo de futbol, la zona de visitas y los pasillos eran perturbadoras. Para Montaño fue fácil percibir los pensamientos del doctor.

—¿Ya nos estamos arrepintiendo? No te preocupes, te voy a presentar al capitán que ha hecho de este barco de porquería una belleza escondida.

Bajaron del vehículo y, en vez de dirigirse hacia la zona de los edificios de gobierno, que parecía lo más lógico, se encaminaron hacia a un edificio ubicado al fondo de las crujías.

—Esto sí te va a asombrar —le advirtió antes de tocar la puerta de metal y de que una mujer de enormes ojos verdes abriera para darles acceso y recibir sus sacos.

Adentro, el ambiente cambiaba de manera radical, en parte por la madera que recubría las paredes, dándole a la habitación un aspecto acogedor y, en mayor grado, porque no parecía estar dentro de la cárcel, sino que aparentaba ser un espacio totalmente ajeno a ella. Un individuo con el cabello blanco y vestido como hombre de mar los esperaba sentado a la mesa. La mujer de ojos verdes le encendió un puro al individuo y salió por una puerta que tenía un ojo de buey.

—Los estaba esperando. Hoy nos cocinaron un estupendo pato mandarín.

Montaño se volvió para mirar al doctor, quien intentaba ocultar su asombro. Había escuchado antes las historias que circulaban acerca de supuestos lujos en las cárceles, pero no lo había experimentado. La mujer de ojos verdes regresó al comedor con un par de orientales que traían platillos humeantes. Montaño y el doctor tomaron asiento a ambos lados del Capitán. El aroma de la sopa y del pato era como para levantar muertos, pensó el doctor.

- —Cuando te dije que te llevaría a mi restaurante favorito no mentí —aseguró Montaño.
- —Estos chinos todavía no hablan español, pero ya se las apañan mejor que muchos de aquí que han permanecido años en la cárcel, sin saber cómo ganarse unos pesos, si no es robando focos, mamparas o cualquier objeto susceptible de ser expropiado. Estos orientales cayeron hace unos meses por goma de opio. La querían llevar a Nueva York, pero se chingaron con los perros de la patrulla fronteriza y que van para atrás. Me enorgullece decir que son tan hábiles que trasforman cualquier sobra de comida en un platillo hecho y derecho, digno del paladar más experimentado. Y me alegra muuuuucho que no vayan a salir en largo tiempo...

La decoración del comedor simulaba el interior de la cabina de mando de un barco. Después de beber un par de escoceses derechos no era difícil sentir hasta el oleaje. El Capitán resultó un gran conversador. Había pertenecido a la marina durante

muchos años y ahora manejaba como un verdadero capitán esa nave de locos llamada Santa Ignacia (Santa Nacha, pa' los cuates), que era como habían bautizado a la penitenciaría varonil. Así como en la Edad Media se acostumbraba llenar un barco con locos para deshacerse de ellos, enviándolos a un viaje sin retorno, la penitenciaría también funcionaba como un gran barco perdido, un barco de cemento, varado en la afueras de la ciudad: la mayoría de los prisioneros purgaba sentencias de cincuenta años y difícilmente regresaría alguna vez a la sociedad, la de afuera, porque ellos también constituían una, la suya propia, con sus propias reglas. Montaño recomendó al doctor con el Capitán de Santa Ignacia para que llevara a cabo sus planes, cualquiera que fuesen éstos, daba lo mismo, si se empeñaba en tratar con mentecatos irremediables. No era el primero en intentar reformarlos, no era el primer ingenuo, muchos grupos, religiosos o no, lo intentaban constantemente. Al cabo, daba lo mismo, porque a menos que llegara un helicóptero que se los llevara, como sucedió con la famosa fuga de Kaplan, en el 73, no habría diferencia en sus destinos. Desde un principio al Capitán le gustó la pinta del doctor, lo sometió a una revista tipo militar de su vestido y de inmediato lo aprobó: decía que la gente decente debía vestir siempre de traje, con pulcritud; después de repasar su corte de cabello, revisó el boleado perfecto de sus zapatos. En ese barco, en vez de galeotes había un grupo de reos (internos era la palabra adecuada) que servía al Capitán. Y lo mejor de todo era que un túnel comunicaba la penitenciaría varonil con la femenina. De ahí que una ex campeona de belleza colombiana estuviera sentada en sus piernas mimándolo.

—Dentro de la cárcel se encuentra lo que un hombre necesita.

El Capitán confesó que en ocasiones no salía al mundo de fuera, al del otro lado de la cárcel.

EL DOCTOR ACUDIÓ a Santa Ignacia a diario. Una cosa era sentarse a proyectar hipótesis y otra muy distinta comprobarlas en la vida real, pero justamente el doctor estaba dispuesto a hacerlo. El Capitán le preparó un grupo piloto de *voluntarios*, escogidos por su relativa docilidad dentro de la cárcel, los que menos veces se habían visto envueltos en actos violentos, aunque hubieran ingresado por homicidio. La apatía de los reos era patente. Lo único que les interesaba del doctor se reducía a que, sin importar lo que hicieran con ellos, les permitiera ganar puntos para obtener beneficios de ley suficientes como para aspirar a una libertad anticipada, o sea que, en vez de salir de la cárcel en cincuenta años, lo hicieran dentro de cuarenta, y si no, por lo menos que les regalara una moneda para comprar un poco de marihuana. En la cárcel operaban algunos grupos de lucha contra las adicciones y otros tantos de sectas religiosas, como le fue advertido al doctor. Al principio, su grupo no se distinguía de esos otros, mas poco a poco se notaron las diferencias.

EL DOCTOR OBSERVÓ que tenía entre sus manos uno de los órganos del animal compuesto por el total de la población de la penitenciaría, un superorganismo expuesto a sufrir estados de ánimo depresivos, como el carcelazo: ese tufo que cualquiera del exterior podía percibir con facilidad al llegar a la penitenciaría. Durante los días del carcelazo, de la depresión debida al encierro y al abandono en que vivían esos hombres, el animal enfermo que conformaban era a la vez el órgano indeseable de otro organismo mayor (que se desparramaba implacable por la urbe), y que ante la imposibilidad de ser amputado, sólo se le aislaba. Aunque había partes menos enfermas, como pudo comprobar el doctor por sí mismo. El doctor comenzó por interrogar a los reos acerca de por qué delinquían, una pregunta tan vaga que encontraba respuestas igual de vagas. De hecho, la mayoría solía asegurar que estaba en la cárcel por error o por injusticia. Dejando de lado los casos de injusticia flagrante (los indígenas que no hablaban ni siquiera español para poder defenderse) la mayoría era delincuentes innatos. El doctor fue sondeando a los reos hasta que ellos le tomaron confianza y se abrieron ante él. No resultó tan difícil como parecía. Ellos tenían necesidad de contar sus historias personales, las aventuras que habían pasado hasta antes de caer presos: desde su perspectiva, si habían cometido algún error era el de haberse dejado atrapar. Una vez entrados en confianza, les preguntó qué medidas podrían resultar útiles para combatir el delito.

—De los que han venido a ocuparse de nosotros, usted es el que hace las preguntas más extrañas, y mire que han venido hasta de sectas satánicas. ¡Pero a nadie se le había ocurrido preguntarnos a nosotros mismos cómo chingados acabar con nuestro negocio! ¡No se pase de listo!

Había dos tendencias principales entre los reos: un diez por ciento que pugnaba por un crimen limpio, sin agresiones gratuitas, adeptos del llamado *artegio*, una posición un tanto idealista que pretendía hacer de la delincuencia un arte; y un noventa por ciento de criminales rústicos, que optaban por el camino más corto para obtener su cometido, sin importar que en dicho camino tuvieran que diezmar la población. Los primeros llevaban su oficio con orgullo y no querían exterminar a la gallina de los huevos de oro, mientras que los segundos, carentes de preocupación por los detalles y el porvenir, querían obtener las recompensas más altas de inmediato, sin importar las consecuencias.

CON UN POCO DE PACIENCIA, el doctor constató con los internos que el rumor acerca de que en la penitenciaría ellos se encargaban de hacer justicia en ciertos casos, no era un mito. Le confirmaron que cada vez que un violador llegaba a caer, se procedía a acorralarlo y a violarlo multitudinariamente. A su vez, los matricidas eran ejecutados sin piedad. Parecía haber ciertos delitos que los mismos criminales repudiaban unánimemente, al grado que, sin mediar convocatoria alguna, se aprestaban, espontáneos e implacables, a aplicar una justicia tan natural como homeopática:

Homicida que mata a homicida, tiene cien años de perdón. Después de todo, los romanos de la antigüedad quemaban vivo al incendiario y al testigo falso lo hacían caminar en el vacío desde una altura considerable, como metáfora patibularia de su proceder falto de sustento...

EL DOCTOR TRABAJÓ un año en Santa Ignacia, se volvió una figura familiar en aquel sitio, y el día que el Capitán al fin se jubiló (su parkinson ya no le permitía continuar en el puesto) lo recomendó como su posible sustituto ante Montaño, quien no dudó en conferirle el cargo. La intención del doctor cuando aceptó el nombramiento no era conseguir un puesto público sino terminar su investigación de doctorado, pero si de cualquier manera iba a permanecer tanto tiempo con los internos, era mejor que le pagaran por ello; además, el nombramiento le otorgaba mayor libertad para alcanzar las siguientes fases de su trabajo.

EN NUMEROSAS ocasiones se había afirmado, a través de los medios de comunicación, que la sociedad estaba enferma de delincuencia. Y si la sociedad estaba enferma, había que curarla operando directamente sobre los sujetos que encarnaban la enfermedad, el órgano en donde se originaba el mal, pero no mediante leyes y prescripciones tan generales, no con una demiurgia jurídica vacua, como remedio alópata: cualquiera sabe que de nada sirve prohibirle cosas a nadie, sino con homeopatía pura: una sobreexposición al crimen que anulara las tendencias según el tipo de criminal.

EL DOCTOR UTILIZÓ la mano de obra disponible dentro de la propia penitenciaría para improvisar una Zona de Simulacros. Entre los internos abundaban los carpinteros, obreros y cerrajeros, y fue muy fácil instruirlos en el oficio de la construcción de escenografías. Los viejos talleres abandonados desde hacía tiempo albergaron a partir de entonces una especie de foro teatral en el que se llevarían a cabo las primeras terapias para delincuentes, diseñadas bajo la prescripción de la criminología homeopática. El doctor seleccionó a su primer paciente: un carterista que solía darle rienda suelta a sus dedos en los vagones del metro. Había que empezar con humildad. El equipo de constructores logró una réplica un tanto rudimentaria de un vagón del metro, pero útil para el caso, se dispusieron algunos maniquíes que hacían las veces de pasajeros y se introdujo al paciente en su entorno curativo. El doctor le dio instrucciones y fue a sentarse en las gradas, junto a los demás reos espectadores. La tarea del carterista era sencilla: debía ejecutar uno de sus robos habituales una y otra vez, eso era todo. El ladrón despojó de su cartera a un maniquí, con soltura, la

actividad parecía producirle un placer inocultable. Luego miró hacia donde estaba el doctor y preguntó qué seguía.

### —¡Otra vez, hazlo otra vez!

A medida que avanzaba el día y no se le dejaba tomar descanso ni comer, la actitud del ladrón fue cambiando notoriamente, tan sólo se le permitía beber un poco de agua de vez en cuando. Por la noche, el ladrón daba señales no tanto de cansancio como de fastidio. La actividad que al principio ejecutaba tan quitado de la pena se estaba volviendo abrumadora. Durante la madrugada, cuando la mayoría de los espectadores se había retirado a dormir a sus celdas, el ladrón sufrió el primer desvanecimiento, fue reanimado rápidamente y se le ordenó continuar hasta que ya no pudo más.

### —¡Otra vez, hazlo otra vez!

Se le dejó descansar durante media hora, tiempo suficiente apenas para que lograra ponerse en pie y continuara con su tarea infinita: Sísifo redivivo en vulgar carterista. Fue inevitable para el doctor evocar a su maestra de primaria, aquella que afirmaba que la repetición era la mejor forma de aprendizaje. Ahora el doctor estaba del otro lado y también pugnaba por la repetición... Alcanzado el punto en el que el carterista comenzó a sufrir alucinaciones, tanto por la falta de sueño como por el hastío, el individuo se negó a continuar con aquella tortura amenazando con denunciar el maltrato ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos, pero el doctor no se arredró y, como si no fuera suficiente castigo para el reo, sus compañeros de celda tuvieron la consigna de someterlo a una terapia complementaria que consistía en convertirlo en víctima de robos constantes que en pocos días lo trasformaron en un perfecto neurótico: tan pronto se descuidaba, le escamoteaban las pocas monedas que tenía, así como su jabón o sus pantalones. Los compañeros siempre estaban dispuestos a participar en las terapias complementarias y a comportarse con el sadismo requerido para la ocasión; esa parte del tratamiento del doctor constituía un placer para ellos; sin embargo, cuando eran llamados a la Zona de Simulacros para que les fuera aplicada la terapia, los reos empalidecían. Por lo regular, los presos se crecían ante el castigo tradicional y, lejos de ablandarse, se tornaban más duros cuando les aplicaban los correctivos habituales: golpizas y aislamiento; de hecho, cada vez que pasaban una temporada en la zona de castigo, regresaban más violentos a sus celdas, pero ahora, gracias al nuevo régimen del doctor, la situación había cambiado. Al final, el carterista se mostraba tan dócil como si le hubieran practicado una lobotomía, pero sin recurrir a ninguna intervención quirúrgica. Tal fue el resultado de la primera cura homeopática que el doctor aplicó a un delincuente.

Antes de fin de año, el doctor logró reunir suficiente información para sustentar su tesis de doctorado, abundante en datos y gráficas benignas para sus hipótesis,

incluyendo un video en el que se documentaba un caso tipo. Desde luego que para el punto de vista de la Facultad de Derecho, el doctor incurría en toda clase de inexactitudes y excesos intolerables que contravenían los principios que regían en dicha institución educativa. A punto de sufrir un rechazo similar al de su anterior tesis, el doctor tuvo que hacer un *revival* de su equipo de decanos de la facultad: alguno ya había fallecido y otro necesitó de un tanque de oxígeno a su lado para sobrevivir al examen.

DURANTE LA DEFENSA de su tesis, el doctor tocó uno de los puntos más sensibles de la teoría moderna de la pena: adujo que había demasiada hipocresía en los términos de la jerga del derecho punitivo: se evitaba hablar de castigos para dar paso a conceptos tales como readaptación o reinserción sin importar que en la práctica se siguiera castigando como en antaño, como si los puros términos eufemísticos fueran capaces por sí mismos de extirpar las prácticas inhumanas. En especial, se intentaba siempre desterrar el concepto de venganza, cuando se trata de una aspiración tan añeja como humana: el deseo de la compensación. Una sociedad que por un lado niega que lo correcto sea vengarse de quien le ha infligido un mal, mientras que, por el otro, vive cotidianamente linchamientos de delincuentes que caen en las manos de la turba enardecida, es una sociedad enferma de esquizofrenia. Demasiados derechos para el delincuente y casi ninguno para la víctima. El principal derecho para el delincuente debía ser el de su posible rehabilitación... a pesar de que, durante la misma, llegara a sufrir un poco. Y en cuanto a la víctima, los noticieros habían instituido una sobreexhibición de la persona en desgracia: demasiadas imágenes del hombre balaceado en la esquina de su propia casa, con las vísceras colgándole, la mujer violada, con el maquillaje escurriéndole mezclado con las lágrimas. En pocas palabras, la intervención mediática que inflige un castigo adicional sobre el recibido originalmente, exhibiendo las heridas mientras el espectador alimenta su mirada con la sangre que mana de ellas, con el dolor que supuran las imágenes, satisfechos de no ser ellos los que sufren. ¿Por qué ese deseo de crucificar al caído en vez de al agresor? ¿Por qué mientras a la víctima se le pisotea con la mirada, vertiéndole ácido en las heridas, el ácido del morbo que corroe hasta transparentar el sufrimiento, en cambio al asesino se le mantiene a cuadro en primer plano (cual recompensa para el protagonista de otra historia malévola), sonriente y amenazador, temido y respetado, narrando a detalle cómo destrozó a su víctima?

MIENTRAS EL DOCTOR intentaba concentrarse en defender su tesis frente al grupo de decanos de la facultad, una facción de su cerebro trabajaba ya en su próximo proyecto, el paso consecutivo a sus hipótesis: un modelo de cárcel distinto. ¿Y cómo demonios debía ser una cárcel nueva, una cárcel que sí funcionara? El doctor no

podía evitar que su cerebro trabajara autónomamente; varias ramificaciones de pensamientos recorrían su corteza cerebral al mismo tiempo. A lo largo de una ramificación muy superficial permanecía concentrado en la defensa de su tesis, en otra más profunda se imaginaba ya la redacción de su siguiente proyecto. En una tercera digresión, el doctor se encontraba reflexionando acerca de sus propios pensamientos: un vistazo a la tramoya de las neuronas. El doctor pensaba que pensaba. Y así surgía otra escisión de sus pensamientos. Era capaz de advertir que pensaba y se le ocurría que estaba descubriendo el hilo negro, porque aquello que le parecía nuevo era lo que cualquier psicólogo o mercachifle llamaba conciencia, aunque era un asunto muy distinto percibir la conciencia como tal, experimentarla realmente, y otro muy fútil hablar de la conciencia como concepto, como mera abstracción. El doctor pensó que los pensamientos se conectaban imprevisiblemente porque las neuronas están conectadas de la misma manera y los pensamientos fluyen a través de ellas como pequeños impulsos eléctricos que aprenden caminos debido a que los recorren una y otra vez. Los pensamientos son secuencias de conexiones entre neuronas. Para recordar algo es necesario recorrer de nuevo un patrón ya aprendido. Cuando un cerebro se acostumbra a ciertos patrones suele caer en círculos viciosos... El doctor estaba ya muy lejos con sus pensamientos cuando de pronto, de manera casi automática, regresaba al salón de la facultad y se escuchaba a sí mismo respondiendo correctamente alguna de las interpelaciones de sus sinodales. En realidad no era que en ese momento estuviera formulando pensamientos nuevos, sino que dejaba que esa parte de su cerebro repasara en automático los circuitos conocidos, los caminos ya recorridos, como una especie de máquina contestadora de voz un tanto ausente. El doctor se aburría de esas sendas cerebrales, caminos trillados que le ofrecían, sí, la seguridad de lo conocido y le daban la oportunidad de responder en casos como el que enfrentaba: un simulacro de pensamiento, la reconstitución de lo que en algún momento le había causado placer al descubrirlo, al formularlo por primera vez como si se adentrara en una selva y el placer se volviera físico: sentir cómo se abría la maleza encefálica, desbrozar caminos a fuerza de pequeños brincos eléctricos, como un masaje cerebral. Su cerebro, en busca de placer, necesitaba formular constantemente planteamientos nuevos, porque cuando llegaba el momento de defenderlos ante los demás, ya eran viejos para él. Tan viejos y trillados como la maldición en la que caen los cantantes populares que, al dar un concierto, son obligados por su público a repetir los viejos éxitos de ayer. El doctor creía que ésa era la descripción exacta del infierno: la repetición infinita de algo que alguna vez constituyó un placer y, tras repetirlo infinitamente, se convierte en el peor castigo. Pensar, en cambio, era un acto de hedonismo, una masturbación, y no era nada extraño, porque él sabía que el cerebro es el centro de placer del cuerpo. El doctor miraba las arrugas de los decanos, escuchaba sus voces cascadas, le daba terror el desgaste natural que ellos mostraban y entonces surgía una nueva ramificación de sus pensamientos. Se imaginaba a sí mismo sentado ante la computadora, redactando su

proyecto dirigido al director de reclusorios, con las dificultades que siempre le causaban las teclas, pues no sabía escribir a máquina y nunca pudo escribir a un ritmo constante. No tenía problema para concebir el encadenamiento correcto de los argumentos, pero sí para teclearlos. Aunque a veces se atoraba con alguna palabra...

UNO DE LOS SINODALES mentó la palabra *privatizar*. El doctor ni siquiera supo cuál fue el contexto de donde surgió el término que, de inmediato, encadenó a otro tren de pensamientos: Había que... *privatizar* las cárceles. ¡Ésa era la solución! Tan sencilla. Si el Estado no había podido con la tarea, ¿por qué no pasarle la estafeta a la empresa privada, capaz de hacer negocio de cualquier tipo de explotación de recursos, si los reos también eran recursos... sólo que humanos? ¿Qué empresa privada no estaría interesada en administrar semejante fuerza de trabajo, constituida por miles de manos de obra cautivas (entre rejas)? Había que empezar por privatizar Santa Ignacia porque se trataba del tipo de cárcel en la que los internos ya no tenían prácticamente posibilidad alguna de salir al mundo de donde habían sido apartados y, pecando de cinismo, con ellos no había mucho que perder:

- 1. La cárcel privada se encargaría de dotar de instalaciones apropiadas para los internos sin que el Estado tuviera que utilizar lo recaudado por impuestos de los ciudadanos honestos.
- 2. Las posibilidades de una verdadera rehabilitación serían reales (o sea que los empresarios dejarían de sufrir tantos secuestros).
- 3. Convertiría en seres productivos a una sarta de inútiles (o sea que los empresarios podrían tener a su servicio y explotación a los secuestradores que fueran atrapados).

EN ESTE PUNTO de mi relato, el doctor alcanzó su grado de doctor y es cuando yo lo conocí, y por ende, siempre me referí y me sigo refiriendo a él como *el doctor*. Justo por esos días en que se graduó, también lo nombraron director general de reclusorios, debido a que al anterior lo destituyeron a raíz de graves acusaciones de corrupción que pesaban en su contra, entre ellas, la de prestar ayuda a importantes narcotraficantes para que algunos se fugaran de prisión y otros salieran con una anticipación exagerada. El doctor necesitaba un secretario particular, y a mí me recomendó con él un ex maestro de la Facultad de Derecho que me tenía en alta estima porque, además de ser yo abogado, había publicado un poco de ficción narrativa. El doctor me recibió en su despacho y fue muy amable conmigo, aunque no dejaba de burlarse acerca de mi afición literaria. No te preocupes, al rato se te quita, me dijo mientras tomábamos café y me daba indicaciones para empezar a trabajar esa misma tarde. Y el doctor tenía razón, el trabajo que desempeñaba con él, siguiéndolo a todos lados, estando siempre al tanto de sus asuntos, me robó todo el tiempo del que

yo disponía. En ocasiones no llegaba ni a dormir a mi casa, ¿y entonces cómo iba a tener deseos de ponerme a escribir un cuento cuando lo que necesitaba era distraerme un poco, ir al cine con alguna amiga, o dormir?

Y YO ME CONVERTÍ en la sombra del doctor, porque el puesto del secretario particular es el reducto discreto de la figura pública. La persona que ocupe este cargo nunca debe destacar al lado de su jefe, sino mantenerse atrás de su hombro, fuera del alcance de los reflectores. El jefe habla ante los medios de comunicación. El secretario susurra en la oreja del jefe. El jefe magnifica su imagen hacia el exterior. El secretario es el espejo empequeñecido que lo refleja hacia dentro. Pero el secretario también custodia algo muy preciado para su jefe: los detalles, los secretos que, de caer en malas manos, lo pondrían en peligro.

Después de todo, el secretario particular no es más que una herramienta humana para el personaje principal que, debido a la envergadura de su cargo, requiere un empleado de confianza que se encargue de los remanentes de su trabajo importante, de esa franja tan insustancial como indispensable que incluye vigilar la agenda de trabajo y despachar a los indeseables. Los secretarios, cuando funcionan bien, se convierten en un apéndice de la personalidad del jefe; y los hay de aquellos que comienzan por parecerse al hombre que sirven y terminan por convertirse en su caricatura: son figuras especulares que reflejan algún tic característico, el tono de voz: la emulación es un elemento constitucional en ellos. Y los hay también de los que sirven de contrapeso a una personalidad solemne contraponiendo su visión campechana del mundo: los eternos sanchos. Mas no cabe duda de que en ambos tipos priva la admiración, inconsciente en el caso del que se mimetiza sin darse cuenta: camaleón puro; consciente en el que alaba expresamente a su señor. A mí me hubiera gustado pertenecer al tipo sancho, para tomarme las cosas más a la ligera, y no caer dentro de la primera clasificación, ya que con los años me volví la versión abreviada del Doctor Simulacro. Cuando me di cuenta de lo que hacía cada vez que intentaba parecerme a él, comprándome trajes de su estilo y utilizando algunos de sus modismos, mi admiración se tornó envidia, porque mientras el sancho se coloca en el extremo contrario de su señor, ya que piensa que no se puede comparar de ningún modo con él, el tipo de asistente al que yo personifiqué tiene la vana ilusión de llegar a ser como su jefe. Si alguien se compara con quien piensa que posee los mismos méritos, siente que se merece honores idénticos. Pero por algo el doctor era el jefe y no yo. Para cuando cobré conciencia de mi ridiculez, el doctor ya se había anticipado. De hecho, él me había hablado de su propia envidia hacia el gran Manfredo, tiempo antes. Supongo que lo hizo para analizar mi reacción y medir el estado de las cosas, aunque seguro que concluyó que yo era incapaz de causarle estragos.

EL DOCTOR ME REFERÍA todo el tiempo cosas sobre él y ahora es el momento de contarlas. También es hora de pedir la segunda jarra de café a los encapuchados. Me siento la araña laboriosa que teje su tela en el rincón del comedor, mientras me acecha desde el sofá un par de saurios capaz de lanzarse sobre mí y tragarme sin dificultad alguna. Si dejo de escribir por un instante, mis observadores se inquietan, así que recurro al viejo truco mnemotécnico de relacionar una palabra con otra para continuar el hilo de (araña de) mi historia. El doctor no se cansaba de repetir que durante la decadencia del Imperio romano los pocos individuos aún pensantes proferían: Nuestras leyes son como la telaraña, atrapan lo leve, pero el poderoso la rompe y escapa sin dificultad. Cuando México heredó el sistema jurídico de la antigüedad romana, sus principios de equidad, su idiosincrasia legal, también adquirió los vicios a los que dicho sistema condujo a los romanos de su tiempo. Y es que cada sistema legal trae aparejado los defectos, los puntos falibles que, como durante la representación de un drama isabelino, habrán de reproducirse indefectiblemente, una y otra vez. Esperar que semejantes vicios no aparezcan es como tener la ilusión de que una tragedia de Shakespeare termine distinto por el mero hecho de que sea representada por una compañía diferente, en otro foro, en otra época. El sistema legal impuesto dentro de una sociedad traza su radio de acción sobre la conducta de las personas y configura un contorno definido, perfectamente reconocible: el dibujo resultante es la figura tema; lo que resta es el fondo. Dentro del panorama siempre hay una figura y un fondo. El fondo delinea la figura desde el otro lado, el otro continente: las lagunas, lo no descrito por los códigos: el lugar del vicio.

UNA VEZ QUE EL Imperio romano llegó a su apogeo, se dedicó a expandirse con voracidad absorbiendo los territorios que lo circundaban. Se agigantó a tal grado que, rápidamente, su comunicación interna se debilitó y como consecuencia perdió control sobre sus dominios más lejanos. Cuenta Diódoro Sículo, en su Biblioteca Histórica, que en Alejandría, cuando formaba parte ya del Imperio, los bandidos entregaban lo hurtado al jefe de los ladrones, quien despachaba en una oficina pública. Allí se registraban los objetos sustraídos, la fecha de ingreso y el nombre y domicilio del ofendido; si las víctimas echaban de menos sus pertenencias, en vez de acudir a la policía y sus dotes para perseguir delincuentes, asistían a la oficina de los ladrones. A la entrada, y para evitar que los ladrones a su vez sufrieran algún robo, el damnificado se identificaba y luego de pagar la cuarta parte del valor declarado de sus pertenencias, regresaba a casa con ellas, como si nada hubiera sucedido. Entonces, la capital del Imperio romano no se quedó atrás, este tipo de prácticas fueron fluyendo de las extremidades hacia el centro, como una infección incontenible. Era más fácil integrar a la legalidad las actividades ilícitas de Alejandría

y Esparta (en donde el robo era una virtud militar: el autor de un robo era castigado, pero solamente en el caso en que se dejara atrapar...) que combatirlas, así que se halló, con ayuda de los sacerdotes, la salida: por esos días la novedad en Roma fue que, según Quinto Horacio Flaco, la diosa Laverna comenzó a dar su bendición para los robos. Ante el altar, los ladrones invocaban a la divinidad orando por que su jornada de latrocinios fuera jugosa y transcurriera sin reveses. Por supuesto que la condición esencial era que los ladrones debían ofrecer una parte de sus ganancias a Laverna, y como contador de la diosa se ungió a un sacerdote que se volvió intocable, instituyendo así la cleptocracia en pleno.

POR ELLO, EL SURGIMIENTO de la famosa tarjeta Antiasalto, que comenzó a circular en la ciudad de México, no extrañó al doctor. Este ingenioso sistema de robo organizado tenía su antecedente en la antigua cultura romana. Mucha gente optó por él, ya que significaba obviar la violencia por parte de los asaltantes. Lo que el gobierno no había logrado a través de su policía ni de su (des)estructura tributaria, la delincuencia misma lo consiguió. Toda empresa decae por la falta de competencia, en cambio, entre más competencia exista, mayor superación. Existe competencia entre los partidos políticos por llegar al poder, pero una vez que son electos y se erigen como gobierno, sólo se preocupan por asegurar su fácil enriquecimiento. En cambio, la competencia entre los diferentes grupos delictivos los lleva a concebir nuevas estrategias constantemente. La delincuencia nacional se actualizó y lo que antes lograba mediante la violencia ciega (y liquidando en muchas ocasiones a la gallina de los huevos de oro), ahora lo conseguía a través de organización y cortesía: el ciudadano adquiría su tarjeta, sin requisitos ni trámites engorrosos, nada de comprobantes de domicilio o de ingresos (al fin y al cabo que los delincuentes llevaban sus propios registros, fidedignos y actualizados), y cada vez que se topaba con un asaltante sólo tenía que mostrarla para que se le hiciera el cargo correspondiente (a pagar en el plazo de un mes y con la garantía de que el caco no le pondría un dedo encima). Una forma más expedita de pagar *impuestos*, decía la gente con una sonrisa pícara, pues rápidamente el imaginario popular propaló por las calles expresiones como ésta, y aunque pareciera paradójico que alguien se refiriera al robo de manera tan risueña, no había que perder de vista que la tarjeta Antiasalto garantizaba una vida más tranquila a la ciudadanía, y que en cuanto a eficacia resultó mejor que las tarjetas de crédito reconocidas, pese a que se operaba con gastos ínfimos de burocracia y papelería.

LA DELINCUENCIA NACIONAL alcanzó tal grado de perfección que el gobierno le otorgó el rango de Delincuencia Organizada. Parecía que los malhechores ya no eran una sarta de improvisados que trabajaban con negligencia y de manera independiente,

sino criminales con conocimientos especializados y una gran organización. De pronto, lo ordenado constituyó una amenaza para la sociedad. Las típicas estrategias empresariales que utilizaban las compañías internacionales sirvieron de sustento a una nueva forma de concebir la actividad delictiva. El alumno siempre supera al maestro. Si en algún tiempo la delincuencia tuvo que aprender de la organización empresarial, ahora el gobierno y la empresa privada se habían convertido en sus aprendices.

Después de Haber sido director general de reclusorios durante más de tres años, el doctor había recabado información de primera mano entre sus pacientes, fue encontrando dentro de los propios delincuentes la manera de combatir la enfermedad delincuencial, pero el aspecto que más le asombró fue hallar que un tema caro a él se había convertido en una de las claves de la delincuencia actual: la duplicación. Ahora resultaba que la imitación, aparte de servir para aprender, para prevenir siniestros, para conocer la realidad o manipularla, para crear arte y para regular el comportamiento de la gente, también era útil para apropiarse de los bienes del otro. La Delincuencia Organizada no sólo era más eficiente que la Policía Caótica del gobierno, sino que encontró la manera de expandirse, como un virus, mediante la duplicación. La duplicación legítima de los bienes es productiva; y la ilegítima, lo es más, aunque adolezca del pequeño defecto de ser actividad propia de los delincuentes de la actualidad. Ahora ya no es necesario robar el hardware, sino el software. El robo de lo inmaterial se ha vuelto una mina de oro inagotable. La copia de un disco compacto es ilimitada, lo único que la desalienta es que la información que contenga el disco deje de ser novedad. La empresa criminal se volvió tan exitosa que no hubo cómo frenarla, extendió sus dominios a diversas áreas, se tecnificó lo suficiente como para inundar al país no sólo de billetes falsos (de mejor calidad que los originales) que circulaban profusamente, sino de tarjetas de crédito duplicadas que instauraron una economía paralela, de la que vive un segmento importante de la población. Los libros y los discos piratas de música y de películas, que ni siquiera se habían estrenado en las salas cinematográficas, invadieron las calles y fueron aceptados con toda naturalidad por un público que vio con agrado cómo se abatieron los precios, en algunos casos, hasta en un ochenta por ciento. Se convirtieron en carne de clon las marcas de ropa y calzado, los perfumes, las bebidas alcohólicas, los pasaportes, las credenciales para votar y las actas de nacimiento, los programas de computación, las líneas telefónicas, los taxis y patrullas policiacas y, en general, cualquier bien o servicio cuya versión original fuera susceptible de copiar. Entre más inmaterial fuera el soporte del bien del que deseaba apropiarse el delincuente, mayor facilidad de duplicación y, por ende, de apropiación ilegal: ni siquiera se necesitaba salir de casa para robar información financiera y medianas cantidades de dinero practicando el llamado *phishing*, por ejemplo, que consiste en enviar un número masivo de correos

electrónicos que enlazan al usuario con un portal bancario falso, creado por el mismo delincuente, método con el que siempre se pesca a una buena cantidad de ingenuos. Los criminales consiguieron emular el milagro de la multiplicación de los panes, porque ahí donde comía uno, también podía hacerlo el otro. Sólo era cosa de estirar un poco los bienes para que alcanzaran para todos. El gran público llevaba a cabo una vida decorosa gracias a que el costo del dinero se redujo (había que acudir a la plaza de Santo Domingo a comprar billetes falsos y tarjetas de crédito), podía vestir la ropa que deseaba y escuchar la música de moda y hacer llamadas de larga distancia.

INCLUSO, YA EN el colmo de las simulaciones, la misma Delincuencia Organizada comenzó a sufrir la piratería: los ladrones comunes y corrientes vestían overoles y capuchas negros al estilo de una tan temible como famosa banda de secuestradores llamada los Equis, haciéndose pasar por miembros de la misma, con tal de infligir mayor miedo a sus víctimas y así obtener ganancias con facilidad. Sin embargo, estos ingeniosos delincuentes pagaban caro su atrevimiento cada vez que la banda legítima los sorprendía usurpando su imagen, pues al poco tiempo aparecían descuartizados en un lugar público.

JUSTO EN EL ORIGEN de la piratería en nuestro país, el doctor creyó encontrar la solución para combatirla. Según sus averiguaciones, la piratería surgió por primera vez, a gran escala, dentro de unas de las ramas de la industria más insospechada: la farmacéutica. Hace unas tres décadas, laboratorios nacionales empezaron a producir medicamentos copiados de fórmulas extranjeras sin tramitar las patentes respectivas y, debido a que nuestra legislación no protegía esos derechos, la práctica proliferó. Posteriormente se legisló para que las patentes se respetaran, pero sólo por veinte años, de manera que al finalizar el periodo, quedaron libres de ser explotadas. Y así es como surgió la industria de los medicamentos genéricos intercambiables. Algunos consideran que la industria de los medicamentos llamados Similares, que en la actualidad circulan con libertad, es un ejemplo de Piratería Legal. Quienes lo afirman utilizan el apelativo para condenar la producción, pero no se han dado cuenta de que ésa, precisamente, es la solución, en vez de querer erradicar (sin conseguirlo jamás) un fenómeno que se estaba dando, sólo era necesario cobijarlo con el manto de la ley. En vez de soportar una bandada inmensa de piratas, cada empresa podía ganar una red gigantesca de distribuidores de sus productos... Sólo había que realizar algunos ajustes, como estandarizar la calidad de los productos y establecer las contribuciones de los piratas a las empresas, nada que no se pudiera arreglar... Con este mismo modo de pensar, una premio Nobel de la Paz, Rigoberta Menchú, recién se había convertido en la socia centroamericana de la cadena mexicana más importante de medicamentos similares para abrir sucursales en centro y sudamérica.

Pero por desgracia, para enfrentar a la Delincuencia Organizada, el gobierno sólo disponía de su Policía Caótica. Mientras más se esmeraba la delincuencia por organizarse, más se confundía y descomponía la policía nacional. La batalla contra la delincuencia se estaba perdiendo y el motivo era simple: la policía nacional se encontraba dividida en una maraña interminable de corporaciones distintas, dispersas anárquicamente dentro de los gobiernos municipal, estatal y federal. Así, los tipos de policía difícilmente podían enumerarse de manera exhaustiva: judicial, federal preventiva, auxiliar, de tránsito, de caminos, antisecuestro, seguridad pública, turística, montada, en bicicleta o en patines, ecológica, fiscal, etc. Constantemente se creaban nuevos destacamentos o desaparecían otros, con el pretexto de mejorar las estrategias contra el crimen. Y por si fuera poco, además existían cuerpos especiales (llamados de élite), que recibían entrenamiento en el extranjero y gozaban de armamento prohibido: los grupos Fuerza de Reacción, Tigre, Sagitario, Sombra, o algunos de los que ni siquiera se sabe su nombre porque se mantenían en secreto debido a la índole de las tareas de alta seguridad que realizaban; y puesto que estaba prohibido informar públicamente acerca de su estructura para que no fueran puestos en peligro, tenían libertad para actuar en lo oscuro, atropellando los derechos de cualquiera. Las corporaciones policiacas carecían de un órgano que las fiscalizara y las coordinara en conjunto, por lo que la comunicación entre las corporaciones era inexistente y, de hecho, las rivalidades entre ellas provocaban constantes enfrentamientos intestinos que culminaban con algún muerto de por medio. Entre sus dolencias, la policía sufría también un grave problema de identidad, ya que no estaba consciente de que el motivo de su existencia era combatir el delito, mas no contribuir a su proliferación, como sucedía a diario. El problema de falta de identidad policial, de doblez ético, fue aprovechado con creces por la Delincuencia Organizada. La consabida sentencia: Divide y vencerás, no se hubiera aplicado al caso porque la Delincuencia Organizada se ocupó de penetrar subterráneamente a la policía.

Entonces la sentencia adecuada fue: Organiza y vencerás. El gobierno nunca pudo poner orden en su policía, pero la Delincuencia Organizada sí, infiltrando clandestinamente un alto porcentaje de los integrantes de las distintas corporaciones policiales para aglutinarlo en la Hermandad Policiaca, una agremiación de agentes que fingía pugnar por los derechos de su sector y que en realidad constituía un brazo encubierto de la propia Delincuencia Organizada. Los miembros de la Hermandad se dedicaban a facilitar y proteger las actividades de la Delincuencia Organizada, a realizar secuestros y, otros más, a perseguir ciudadanos incapaces de cometer delitos para incrementar así las cifras de presuntos responsables ante las agencias del

Ministerio Público, porque de alguna manera debían proveer a sus jefes (oficiales) de cifras para que éstos pudieran rendir informes optimistas a los ciudadanos.

Los secuestros habían llegado a tal extremo que ni los policías estaban seguros, pues, según informes del procurador general de justicia de la república, una división de la Delincuencia Organizada, el temido Escuadrón Matapolicías, se dedicaba a secuestrar, torturar y ejecutar a los agentes que se habían negado previamente a formar parte de la Hermandad. A veces las ejecuciones llegaban a ser tan brutales que los policías eran descuartizados o quemados vivos. La Delincuencia Organizada, en su afán por alcanzar la calidad y eficiencia totales, intentó cooptar al propio procurador de justicia para contar con él entre sus filas. Ante el rechazo del funcionario, la organización reaccionó enviándole el temido aviso de sentencia que habían recibido aquellos que ya no estaban en este mundo para contarlo. Cada vez que un policía o cualquier servidor público involucrado con la administración de la justicia recibía una tarjeta de invitación semejante a las que se reparten para celebrar bodas o bautizos, y en ella se hablaba de una fiesta privada, en donde habría muchos payasos y globos, pero no indicaba dirección alguna para asistir, era motivo de súbito empalidecimiento por parte del servidor, a quien más le valía poner en orden su testamento de inmediato. El procurador convocó a una rueda de prensa televisada. Durante su informe inicial, el funcionario mostró la invitación que había recibido y declaró que no tenía miedo, pero que lo más prudente era extremar las medidas de seguridad para poner a resguardo tanto su persona como sus importantes investigaciones, que próximamente le permitirían revelar nombres de altos funcionarios del gobierno que mantenían nexos con la Delincuencia Organizada. La procuraduría contaba con una bóveda secreta en la que se estaban concentrando las evidencias (entre las que había tarjetas de invitación y las populares tarjetas Antiasalto) que servirían para acusar a los funcionarios corruptos y, aún más, llegar a la raíz del mal, a los dirigentes principales de la empresa que mantenía como rehén al país. En uno de los esfuerzos más teatrales que se recuerde (antes de la entrada en escena del doctor) el procurador anunció que, aprovechando los últimos avances de la tecnología, le acababa de ser implantado bajo la piel un microchip, con el que se garantizaría la seguridad nacional (encarnada por supuesto, durante los días críticos que atravesábamos, en su persona). El microchip, del tamaño de un grano de arroz, contenía un número de identificación personal, único y secreto, que sería leído por un escáner electrónico a la entrada de la bóveda de seguridad de la procuraduría (una especie de baticueva ubicada en un lugar secreto), de tal manera que sólo el portador, y nadie más, tuviera acceso a ella. Pero además, el microchip poseía otra función aún más importante: la de ser rastreado por un satélite que permitía conocer su ubicación durante las veinticuatro horas del día y, en consecuencia, también ofrecía la posibilidad de que el funcionario fuera rescatado de inmediato si se apartaba en

cualquier momento de su ruta habitual. Al final de la conferencia, el procurador aceptó responder algunas preguntas a la prensa. Los reporteros inquirieron primero acerca de cómo se desempeñaba en la vida diaria ahora que era portador de un dispositivo tan moderno, que si no se sentía como personaje de una película de ciencia ficción.

—No, claro que yo sigo haciendo mi vida normal. Convivo con mi familia y voy al supermercado cada quincena.

De esa pregunta, que el funcionario respondió con una sonrisa que evidenciaba su vanidad al saberse el centro de atención, se derivaron otras acerca de si había sido doloroso el implante.

- —Me dolió un poquito nada más. Como el pinchazo de una aguja.
- —¿Y en qué parte le implantaron el microchip?
- —Bajo el brazo... —contestó con orgullo, señalando la parte interna de su brazo izquierdo. En ese momento su secretario particular se aproximó por detrás para susurrarle algo a la oreja y acto seguido se dio por terminada la conferencia de prensa.

La siguiente vez que apareció la imagen del procurador en la televisión, o más bien lo que quedaba de él, fue para que se informara acerca de su secuestro y del saqueo de la bóveda secreta. Una imagen del brazo arrancado de cuajo del cuerpo del funcionario ocupó la pantalla de los hogares del país, mientras un locutor explicaba la forma en que había sucedido el penoso infortunio: por la mañana, cuando el procurador salía de casa en su camioneta blindada, una mujer se arrojó al paso y los dos guardaespaldas que viajaban con el funcionario tuvieron que descender del automóvil para retirarla. De inmediato, la mujer y otros dos miembros del Escuadrón Matapolicías, salidos de una camioneta estacionada a pocos metros, liquidaron a quemarropa a los guardaespaldas y, en cosa de segundos, metieron los cadáveres en la camioneta estacionada, abordaron el vehículo del procurador y se dirigieron a la bóveda secreta. Por el camino ejecutaron al funcionario y lo separaron de su brazo. Todo esto fue consumado sin apartarse ni un milímetro de la ruta acostumbrada, tanto por el funcionario como por su vehículo, pues ambos contaban con microchips que eran rastreados por satélite. Al principio no detectaron nada extraño desde la oficina de Inteligencia de la procuraduría, sólo más tarde pensaron que el procurador permanecía demasiadas horas dentro de la bóveda; para cuando se dieron cuenta de que nadie contestaba los teléfonos de la bóveda y enviaron un grupo de agentes a ver qué sucedía, ya era demasiado tarde: ahora quienes estaban a cargo del lugar eran el brazo del procurador y media docena de cadáveres.

POR LA NOCHE se efectuaron las honras funerarias y al día siguiente comenzó el desfile de candidatos al puesto vacante. Para ocasión tan solemne como fue el entierro de un funcionario público de alto rango, muerto durante el cumplimiento de su deber, se seleccionó un féretro elegante pero muy sobrio. Los funcionarios públicos que cargaron en hombros el féretro se asombraron de su ligereza, atribuible a que contenía sólo un brazo; por desgracia, el cuerpo del procurador nunca fue hallado. Durante la ceremonia fúnebre, el presidente de la república se sentía tan excitable que tuvo que tomar un calmante extra. Desde que lo habían operado de la columna vertebral estaba bajo un fastidioso tratamiento médico que incluía pastillas contra su excesivo nerviosismo y el dolor. El presidente tenía la responsabilidad de nombrar al nuevo procurador y acto seguido a la ceremonia recibió en persona a varios candidatos recomendados por gente de su entera confianza. Conocía a algunos de los recomendados, pero estaba seguro de que ya no bastaba con tomar en cuenta las relaciones públicas para elegir al hombre apropiado para el cargo. El presidente acababa de sufrir la renuncia de dos funcionarios de su gabinete que se habían retirado del cargo con sendos escándalos mediáticos y ya no tenía la certeza de que conocer previamente a sus subalternos garantizara su fidelidad. Aquellos funcionarios no siguieron el camino tradicional, discreto, de la renuncia por motivos personales, sino el que dictaba su conveniencia: la renuncia escandalosa que les servía para pasar a las filas de algún partido antagónico, porque no era lo mismo renunciar para retirarse a casa, sin afectar los intereses del equipo, que organizar una campaña publicitaria que los colocara a ellos como un producto rentable dentro de otra estructura a costa de afectar la imagen de su antigua organización, que tan bien los había promovido.

Y después de todo, ¿qué se supone que debería ser el procurador general de justicia de la república? El fiscal de la nación. El representante del ministerio público federal. El encargado de defender al pueblo. El inquisidor jurídico. El hechicero de las culpas. Pero por qué, si la tarea del procurador es básicamente la de un perseguidor, un acusador, en nuestro país no se le llama fiscal, sino que se le confiere un título que hace referencia a la procuración o al cuidado de la justicia, como si fuera el juez y no sólo una de las partes en un conflicto. En todo litigio hay un juez y dos partes: la acusadora y el acusado. ¿Por qué tratar de que el acusador se confunda con la figura del juzgador? La procuraduría depende del poder ejecutivo y quien en realidad se encarga de procurar la justicia es el poder judicial, a través de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y de cada uno de los tribunales de las distintas materias. La separación de los tres poderes de la nación es requisito básico para que exista un equilibrio entre los tres, y cada uno tiene su función, pero a veces uno de los poderes se disfraza con el deseo de asumir las funciones del otro poder, al que envidia, como en el caso de los hermanos lactantes del ejemplo de santo Tomás. Así, el ejecutivo

federal, personificado por el presidente de la república, a veces pretende sustituir a su par de hermanos haciendo las funciones propias de ellos: legislar y juzgar. En el pasado, el fiscal y el ministro de la Suprema Corte de Justicia formaban parte del poder judicial, pero estos siameses fueron separados porque en un Estado moderno no es bien visto que alguien sea juez y parte al mismo tiempo, entonces, al fiscal se le transfirió al ámbito del poder ejecutivo y se le concedió el nombre de procurador porque se supone que su función es investigar y perseguir los delitos en contra del pueblo.

A ESAS ALTURAS, LAS CRÍTICAS hacia el gobierno del presidente, *el gobierno del recambio* (el recambio se refería sólo al reemplazo de la pieza que se sentaba en la silla presidencial), iban en aumento; la lista de acusaciones incluía la criminalidad galopante, la corrupción y el ocultamiento y toma de decisiones a espaldas del ciudadano; así que el presidente hizo lo que cualquier político de estos días haría: una encuesta para averiguar qué características debía tener el próximo procurador.

EL PRESIDENTE, antes de llegar a su puesto, había ocupado la gerencia latinoamericana de la empresa refresquera más grande del mundo y, por supuesto, tenía siempre en su agenda del celular el teléfono del director de la compañía encuestadora ideal para realizar sondeos acerca de cualquier bien consumible habido y por haber, un experto en opinión pública que, junto con el asesor de imagen y el de publicidad, lo habían colocado a él como el producto más atractivo para los votantes-consumidores en las elecciones presidenciales pasadas. El experto en opinión pública acudió al llamado del mandatario y se reunió a cenar con él para así planear juntos las estrategias adecuadas acerca del lanzamiento al mercado del nuevo producto de su gabinete: un procurador de justicia meritorio para la ocasión.

Porque el nuevo oráculo de los políticos son las encuestas. Ahora, cuando un político debe tomar una decisión importante, no consulta a su astrólogo de cabecera para que le indique el momento de la alineación planetaria más favorable, no acude a la pitonisa para que le tire el Tarot, sino que sondea a la masa para leerla igual que a una bola de cristal que, gracias a su transparencia, permite observar las tendencias de opinión. El político de hoy se provee de una empresa encuestadora confiable, a la que encarga la importante misión de saber cómo percibirá la mayoría de la gente su propuesta de incrementar los impuestos o su deseo de reelección, cuál es el nivel de popularidad de su oponente en las próximas elecciones, cómo vería el electorado que su esposa se lanzara como candidata.

Consultar a la masa tiene sus secretos. Posterior al armadillo en salsa de durazno que había degustado con el presidente, el experto en opinión pública extrajo de su saco un mazo de cartas en las que se apoyó para discurrir en torno a los conceptos caros al momento en el que se encontraba el mandato presidencial, conceptos leídos en el cuerpo difuso de la masa después de haberla interrogado adecuadamente. La primera carta que colocó sobre la mesa del comedor presidencial fue:

—Lo Corrupto, lo descompuesto, que ocasiona mal olor y provoca una trasmutación desagradable del aspecto: la coloración y la textura indican que algo anda mal.

## La segunda carta:

—El Maquillaje. Cuando la corrupción aparece, se tornan necesarios el maquillaje y el perfume, que durante algún tiempo ayudan a conservar las apariencias. Aunque con el paso del tiempo, la mirada perspicaz, la observación constante de los críticos del poder, desvela cualquier maquillaje.

#### La tercera carta:

—Lo Oculto, lo que se hace fuera del alcance de la vista de los demás: lo que no se ve, pero se olfatea.

#### La cuarta:

—La Transparencia. Atención aquí: contra lo Oculto, la Transparencia. Contra las leyes secretas, las leyes de la transparencia. Contra la guerra sucia, el juego limpio. Después de los regímenes de la guerra sucia, hay que limpiar la política. Y la limpieza a fondo, en su esfuerzo por lustrar en exceso para evidenciar al máximo la asepsia, termina por volver transparentes los objetos…

# El presidente intervino:

—Okey, comprendo el punto. Todo eso se oye muy bien, pero tú sabes que tampoco nos conviene balconearnos tanto. A estas alturas, las cosas no están para...

# Y el experto en encuestas habló así:

—La mejor manera de mostrar que la corrupción se combate efectivamente y de que el ciudadano conoce cada movimiento es vivir en casa de cristal. Aquí es donde aparece el as bajo la manga: la transparencia es ficción pura... pero sutil, es la reproducción de la realidad en un plano distinto: una pantalla, porque la transparencia es una ficción telemática. Uno de los mejores ejemplos es el invento de la ropa invisible que recién presentó un japonés: la capa de invisibilidad, prenda de vestir que, mediante un ingenioso artificio electrónico, proyecta sobre ella la imagen de lo que está detrás, de tal manera que consigue la ilusión de que el observador puede ver a través de quien la porta, aunque lo único que esté percibiendo sea una imagen digitalizada por una computadora, capaz de compensar al instante las arrugas y la variación de los ángulos de la capa para que el observador no la vea tal como es, sino como queramos que sea. Un tema que dentro de la pintura ya había tratado Magritte,

en sus cuadros en los que antepone una imagen que sustituye al paisaje que debería observarse por una ventana... Eso es: las falsas ventanas que reproducen sobre el muro el paisaje que está detrás, exactamente como si hubiera una ventana, pero sólo es una proyección, compuesta por granos de luz que reconstruyen lo que está detrás.

—Mira, no conozco al tal Magritte, pero confío plenamente en ti, ya lo sabes, y mientras no nos coloques de verdad en casa de cristal, con las paredes transparentes…

TERMINADA LA CENA, el presidente y su experto en opinión pública hojearon los cientos de proyectos provenientes de funcionarios que no se contaban entre los recomendados que ya habían sido entrevistados después del funeral del infortunado procurador. De pronto, salido del montón, se toparon con uno que sonaba demasiado oportuno para ser espontáneo (hasta despertar la suspicacia del presidente, que preguntó a quemarropa: ¿es tu recomendado?). Sin pensarlo más, el presidente telefoneó a su jefe de comunicación para que localizara con urgencia al director general de reclusorios y lo citara al día siguiente a primera hora. Esa madrugada el doctor se encontraba despierto, fundando y motivando los argumentos jurídicos necesarios para conseguir que la iniciativa privada comenzara a invertir en las cárceles de manera legal. Al recibir la llamada del jefe de comunicación de la presidencia pensó que se trataba sólo de una entrevista rutinaria que se llevaba a cabo con cada candidato, por lo que decidió concluir su trabajo de esa jornada, según dictaba su costumbre, como a las seis de la mañana, ducharse y luego dirigirse al despacho presidencial. El doctor había enviado su currículo y una propuesta (después de todo había practicado durante años elaborando proyectos para que el médico Ovilla saltara a la procuraduría) en la que adoptaba justamente a la transparencia como caballito de batalla, y no se trató de una coincidencia inexplicable porque el doctor había estado estudiando cuál era la tendencia de la fiscalía de los países de economía más fuerte del mundo y había aventurado algunas hipótesis que tenían a la transparencia como concepto central. En realidad bastaba con leer la prensa internacional y estar al tanto de las demandas de los ciudadanos, consumidores cautivos de su respectiva política doméstica, la cual en estos días intenta alinearse con lo correcto: el gobierno como espectáculo translúcido: ¿es o no es corrupto?

DURANTE LA ENTREVISTA, el doctor desglosó a detalle su proyecto, que incluía entre sus puntos principales: la privatización de las cárceles, un plan de combate a la delincuencia utilizando sus propias armas y la *transparencia mediática* que, traducido a jerga callejera, se refería a la creación de un programa televisivo en el que se reconstruyeran los casos criminales de actualidad y que al mismo tiempo funcionara como generador de evidencia para inculpar a los responsables (concentrando y

aprovechando, desde luego, todo aquel video relativo a un ilícito que circulara entre los medios de comunicación, sin importar que se conociera o no a su autor). Al presidente deslumbró lo relativo al programa de televisión y fue categórico al indicarle:

—Eres tú. No se hable más. Vámonos a la procu porque hoy mismo empiezas y luego ya vemos cuándo hacemos la toma de posesión.

El estilo informal era la característica que más había *vendido* la imagen del presidente. El experto en encuestas, personaje silencioso presente en la entrevista, le había hecho la señal acordada al presidente, pero también le estaba enviando otra señal nueva.

- —No, bueno, aquí mi nostradamus me quiere decir que así no...
- El experto se inclinó para decirle algo en el oído al presidente y éste rectificó:
- —Más bien hay que convocar a la prensa para decirle que ya tenemos propuesta una terna y que la designación se someterá a un análisis y procedimiento de votación y todas esas cosas que dicen ustedes que sirven para transparentar.

PARA CUANDO LLEGARON las entrevistas multitudinarias con los reporteros (¿cómo piensa abatir el noventaiocho por ciento de impunidad que impera actualmente en nuestro país, señor procurador?), el doctor estaba perfectamente preparado para iniciar su carrera mediática. Sostuve innumerables charlas con él acerca de las características ideales de un buen político de nuestra era y su definición coincidía con el personaje que encarnaba él. El doctor había seguido con atención el fenómeno de la fusión de las esferas de lo político y el espectáculo. Para nadie es noticia que estos ámbitos comenzaron a fusionarse desde hace cuatro décadas, gracias a Ronald Reagan. A partir de entonces, una runfla de actores de cine, comunicadores, comediantes y vedettes, aprovechando sus capacidades histriónicas, se apoderaron de un alto porcentaje de diputaciones, gubernaturas, ministerios de Estado y alguna que otra presidencia: la de Italia. Ya no era tan importante ofrecer un proyecto atractivo a la ciudadanía, sino una imagen atractiva: unos senos lindos prometían más que la oratoria cansina de las campañas tradicionales. El rostro carismático de un actor de papeles heroicos otorgaba mayor confianza en los electores que la cara de un político que retrataba tan mal bajo las cámaras. Como fenómeno inverso, los gobernantes tuvieron que llevar a cabo parte de sus contiendas políticas dentro de los terrenos de la farándula y estaban obligados a acudir a la televisión cada vez que eran requeridos o sus bonos bajaban.

RONALD REAGAN, actor de medio pelo, emergió de la pantalla cinematográfica directamente para tomar la presidencia del país más poderoso del planeta. Y con ello convulsionó las categorías de realidad política y ficción cinematográfica. Antes de ser

actor, Reagan fue presidente de la asociación de estudiantes de su colegio y ejerció como comentarista deportivo. Durante su primera incursión en el cine encarnó, justamente, a un comentarista deportivo. Desde el principio, su carrera estuvo marcada por ese tipo de transgresiones entre la realidad y la ficción (tanto de ida como de vuelta). El momento preciso en que las esferas de la política y del espectáculo comenzaron a fundirse irremisiblemente se produjo cuando Reagan dejó la actuación (pero sólo en apariencia, como bien me señaló el doctor) en 1964, para iniciar su carrera política. En ese mismo año hizo la prueba de actuación para la película *El candidato*, pero perdió ante Henry Fonda. Gore Vidal dijo que Reagan le había parecido tan poco convincente como aspirante a la jefatura de Estado, como para que desempeñara tal papel en su película: «Ojalá lo hubiese elegido. Entonces su apetito por la Presidencia quizás se hubiera saciado y nos habría evitado muchas cosas». Y si bien Reagan perdió la candidatura cinematográfica, no sucedió lo mismo en la política. Primero cobró terreno, convirtiéndose en la cabeza del sindicato del gremio que tenía más cercano: el de los actores de Hollywood. Ahí demostró su habilidad para denunciar comunistas sin perder la sonrisa; no por nada durante su larga carrera cinematográfica sólo una vez aceptó el papel de villano. Tuvo algunos escarceos con la política nacional y tres años después fue gobernador de California (más adelante, un actor de películas sobre la realidad virtual y la violencia seguiría su ejemplo para llegar al mismo puesto). En 1981 se colocó al frente de su país, gracias a sus dotes histriónicas, bastante pobres, pero efectivas como siempre para los grandes públicos y, en particular, gracias a su experiencia en el manejo de los medios de comunicación. Reagan no abandonó nunca la actuación, únicamente la transplantó a otro campo que le redituó mayores dividendos. Desde el principio de su mandato se ocupó de la realización de su programa de radio semanal y sus apariciones constantes en reuniones cumbre. El atentado que sufrió cuando fue baleado por un joven (un episodio correctamente cinematográfico) aumentó su popularidad, pues se repuso muy rápido del incidente y al final consiguió su reelección en 1984. En una ocasión, Reagan relató a un grupo de periodistas cómo había participado, durante la Segunda Guerra Mundial, liberando judíos de los campos de concentración europeos, sin embargo, tal episodio nunca sucedió en su vida real, ya que el ejército lo rechazó para entrar en acción debido a su miopía. En cambio, sí participó en filmes instructivos para las fuerzas aéreas durante esa época, en los que tan sólo se hacía mención del nazismo. Reagan fue el primero en introducir nombres cinematográficos a la realidad política. Denominó a la ex Unión Soviética El Imperio del Mal, y la gente, siguiéndole el juego, tituló a su programa antimisiles durante la Guerra Fría, La Guerra de las Galaxias. Después, durante el periodo de George Bush padre (vicepresidente de Reagan durante ocho años) se referiría a su ofensiva contra Irak como la Tormenta en el Desierto, y los bombardeos se trasmitieron por televisión, en vivo, aderezados con la estética del videojuego. Retirado ya por completo de la

política debido a que sufría el mal de Alzheimer, Reagan observaba en el televisor un reportaje sobre la Casa Blanca, cuando a su esposa se le ocurrió preguntar:

- —¡Ay! ¿Te acuerdas, Ron, de aquellos tiempos?
- Y Reagan la miró con un gesto de extrañeza:
- —¿Cuáles tiempos?

Había olvidado por completo que alguna vez habitó el aposento del hombre más poderoso del mundo. Apenas si durante algunos momentos de lucidez era capaz de comprender quién era él cada vez que se lo tenían que recordar. Murió a los 93 años y su funeral fue uno de los espectáculos funerario-políticos más ostentosos en honor a un ex presidente. Ya muerto, Reagan inició su última gira: su cuerpo fue trasladado de su casa en California a su biblioteca presidencial en Simi Valley, para la primera ronda, de ahí a la Rotonda del Capitolio, luego a la catedral nacional y, por último, volvió a Simi Valley, California, donde fue enterrado junto a su biblioteca.

El nombre del lugar atrapaba la atención del doctor: Simi Valley... ¿Simi? Decía que para él no era una simple coincidencia haber nacido en 1964, el mismo año en el que Reagan se convirtió en el crisol para la fundición de los mundos de la farándula y de la política, así como tampoco lo era que el nombre del sitio donde se enterró al famoso actor-presidente contuviera la semilla del nombre que le había permitido hacer una carrera dentro del espectáculo político. Aunque Simi fuera un nombre de raíces distintas a la latina *similis*, ambas coincidían en sus primeras cuatro letras y, a su vez, Simi coincidía con las primeras tres letras de Simulacro.

SILVIO BERLUSCONI demostró desde pequeño dos talentos (dos astillas, diría el doctor): para ganar dinero y para entretener a la gente. De niño vendía apuntes a sus compañeros de clase. A los dieciocho fue un joven animador y cantante en cruceros por el Mediterráneo. A partir de los veintitrés se dedicó a fundar empresas constructoras que manejaba tan fácilmente como si fueran de juguete, pero que producían dinero como auténticas minas de oro. Sin embargo, en 1974, Berlusconi vuelca su interés hacia el mundo de la comunicación y lanza una cadena de televisión por cable, dando inicio así a su exitosa carrera como magnate de la comunicación: pronto adquiere un periódico y toda una red de canales de televisión, entre los que se incluye el Rete 4, en 1984. Sus cadenas televisivas adquieren mayor raiting entre el público italiano, basadas principalmente en la trasmisión de una barra muy completa de programas de entretenimiento. Berlusconi compra equipos de futbol, tiendas departamentales, casas editoriales y cualquier negocio que se le antoje. En 1990 se convierte en el hombre más rico de Italia y en el presidente del grupo Mondadori y controla un tercio del sector editorial en Italia. Con tan buenas perspectivas, Berlusconi piensa ¿y por qué no, para acabar pronto, me convierto de una vez en el

primer ministro del país? Funda su propio partido político y anuncia su candidatura. Sus televisoras llevan a cabo una campaña mediática espectacular que lo proyecta como el producto ideal. Berlusconi es ahora un reality-showman que promete milagros económicos, y los espectadores italianos piensan: es un hombre tan rico que ya no le importa hacer más dinero y si así como ha administrado sus empresas, va a administrar al país, pues va a resultar una maravilla. En 1994 gana las elecciones arrolladoramente, pero a consecuencia de una serie de acusaciones por corrupción y demás ataques en su contra relacionados con sus intereses empresariales, se ve obligado a dimitir antes de que termine ese mismo año. La fortuna le vuelve la espalda una vez que ha llegado, mas Berlusconi no es de los que se sientan a esperar, entonces se dedica a combatir, dentro y fuera de los tribunales, cada una de las acusaciones en su contra y consigue salir absuelto de todas. Reorienta a su partido como la oposición política en Italia, y para 2001 agrupa a varios partidos conservadores para recuperar el poder. ¿Y cómo lo consiguió? Muy sencillo: vía una campaña bautizada al más puro estilo cinematográfico: La Casa de las Libertades. Todo italiano mayor de edad simplemente se levantó de su asiento frente a su televisor y salió a votar por él.

¿Y QUÉ HABÍA EN LOS nombres de Reagan y Berlusconi? A partir de que el doctor soñó con la negra, quedó convencido de aquello que los antiguos romanos aseveraban: *nomen omen*, el nombre es destino. La idea de que un nombre contuviera dentro de sí algo inseparable al portador no era descabellada, antes todo lo contrario, si se consideraba que el tercer nombre romano, el apodo, justamente intentaba caracterizar a quien lo recibía. Aparte de su ponencia acerca de la falta de nombre de la ciudad de México y tomando estas ideas como punto de partida, el doctor escribió su ensayo: *El nombre como espejo*. En él asegura que el nombre es un espejo cifrado dentro de unas cuantas letras. Más allá de la obviedad que a veces expresa directamente un nombre, otra de las maneras de las que dispone para hablar de sí (y al mismo tiempo de su portador) es su propio universo de letras que, aunque reducido, consta de elementos suficientes para comunicar otros mensajes. Un nombre habla de sí mismo cuando baraja sus posibilidades y formula una serie de anagramas. El doctor mandó hacer un juego de fichas de metal, similar a una caja tipográfica, con el que interrogó los nombres de Reagan y Berlusconi. Manipular las letras de los nombres que el doctor había elegido le recordaba la sensación que el médico Ovilla parecía tener cuando maniobraba los órganos de los cadáveres para extraer de ellos la verdad acerca de cómo habían muerto. Las letras: intestinos del cadáver de un nombre.

En inglés:

```
Ronald Reagan = An oral danger (un peligro oral)

Ronald Reagan = A darn long era (una larga época del carajo)

Ronald Wilson Reagan = A long-insane Warlord (un dementísimo jefe militar)

Ronald Wilson Reagan = Now a gnarled liar, son (ahora un torcido mentiroso, hijo)
```

Ronald Wilson Reagan = So grand an Orwellian (tan grande orwelliano)

## En español:

```
Ronald Reagan = ¡Arenga, ladrón!
```

En italiano:

Silvio Berlusconi = Sono virus bellici (son virus bélicos)

En inglés:

Silvio Berlusconi = Obscure, ill vision (oscura, enferma visión) Silvio Berlusconi = Invisible colours (colores invisibles)

## En español:

```
Silvio Berlusconi = Les lubrico visión
Silvio Berlusconi = O inclusive libros
```

EN 1964, MIENTRAS MARSHALL McLuhan publicaba su libro canónico *La comprensión de los medios de comunicación como extensiones del hombre*, Reagan no se satisfacía con la simple teoría sino que saltó literalmente de la pantalla a la política. Una década después, en 1974, una famosa comentarista de noticias norteamericana llamada Chris Chubbuck dijo, de improviso, durante la trasmisión de un noticiero matutino:

—Y a continuación, siguiendo con la política de esta empresa televisora de llevar ante ustedes lo último en sangre derramada y tripas expuestas al aire en vivo y a todo color, presenciarán un suicidio en tiempo real —acto seguido, sacó de su bolso una pistola, tan rápido que nadie la pudo detener, y se descerrajó un tiro en la cabeza.

También, en 1974 Nixon fue tirado de la silla presidencial debido a una campaña mediática que le fue asestada con gran efectividad. Pero si en los setenta los medios mostraron su lado oscuro, durante los ochenta ofrecieron su cara más aplaudida. En 1984, durante el año que fue marcado como el del Gran Hermano, con motivo de la obra premonitoria de George Orwell, por supuesto que Reagan fue reelecto

presidente. En 1994 Reagan anunció públicamente su Alzheimer, Silvio Berlusconi fue electo Primer Ministro de Italia y en México le volaron la cabeza al candidato a la presidencia de la república, Luis Donaldo Colosio, atrocidad que fue inmortalizada en un video que se ha proyectado tantas veces por televisión que ya no parece tan atroz: tragedia deslavada a fuerza de ser expuesta una y otra vez. En 2004 murió Ronald Reagan, pero de inmediato surgió su relevo europeo: Pedro Santana Lopes, un locutor de programas deportivos y políticos de televisión que subió a la presidencia de Portugal.

AL TIEMPO QUE LO POLÍTICO y el espectáculo se fusionaban, la transparencia borró los límites mediáticos entre lo público y lo privado. En realidad se trataba del mismo fenómeno visto desde distintas capas. Cuando el ciudadano común era llevado ante las cámaras, había que encontrarle algo interesante, y ninguna virtud lo era: mejor exponer sus vicios, sus mentiras y sus enfermedades para captar la atención del público. Después de que la política y el espectáculo celebraran sus nupcias, con su consecuente periodo de luna de miel, el espectáculo comenzó a cobrar réditos: una vez que se posicionó en el foro televisivo, al político de extracción tradicional se le agotó el atractivo y fue sometido al tratamiento que se seguía con los actores y cantantes que desde antiguo formaban parte del harem propiedad de la televisión y que estaban acostumbrados al acoso mediático y a la exhibición de sus flaquezas a nivel internacional. Entonces, no era lo mismo ser artista-político, con un perfil telegénico y gozar de las ventajas del histrionismo en la tribunas, que ser políticofarandulero con papada, arrugas y panza, que ya no se podía atrincherar tras su saco y corbata sino que debía mostrarse en televisión en mangas de camisa, cocinando, haciendo bailes ridículos y hablando acerca de sus relaciones sexuales. La televisión, con su ojo ubicuo y curioso, que había servido como el medio idóneo para impulsar carreras políticas, también resultó útil para derrumbarlas. En 2004, veinte años después de que el mundo entrara en la era orwelliana en la que continuaremos por largo tiempo, nuestro país se convirtió en uno de los principales productores de videoescándalos políticos, de hecho acaparó las nominaciones hechas por el conocido canal internacional de televisión MTV y cosechó el primer premio con una joya que pasará a la historia de los mejores videos de todos los tiempos: un político tan aburrido de la facilidad con que obtenía favores millonarios gracias a su puesto, que hasta le costaba superar sus bostezos para asestar la famosa frase:

—La neta, güey, no entiendo nada de lo que propones, está muy complicado: hazle como quieras, pero yo nada más quiero saber ¿cuántos millones me van a tocar? Las apostillas al video, el *cómo se filmó*, incluían justificaciones del protagonista que estaban a la misma altura, como sucede con las obras geniales.

EL CINE FUE UTILIZADO en sus primeros tiempos como un medio documental e informativo, pero rápidamente derivó hacia la ficción. Parece que la oscuridad de las salas de cine apeló al lado imaginativo del espectador más que a su lado racional, como una función sustituta de los cuentos que los padres solían contar a sus hijos antes de dormir y caer en la inconsciencia. De ahí que las historias hollywoodescas que mejor recibimiento han tenido por parte del público son aquellas que contienen los elementos de los cuentos tradicionales. En contraste, la atmósfera realista en la que la televisión está envuelta cuando se mira por la mañana, antes de salir al trabajo, durante el desayuno, junto con los primeros rayos de luz del día, prohijó la costumbre de trasmitir noticieros, y ya por la tarde, series de entretenimiento, para rematar con noticieros otra vez. No obstante, hace poco, surgió un fenómeno de recuperación de la finalidad original con que fue concebido el cine: por primera vez un director de cine consiguió el Óscar para un largometraje documental (por lo menos en apariencia, porque sigue siendo una ficción disfrazada) y, en particular, un documental con suficiente carga política para servir como arma propagandística.

Los electrores comenzaron a votar dentro de las salas de cine y los espectadores a monitorear las telenovelas para ver si había algún futuro presidente entre el elenco. En este juego de conmutación de papeles, la vida cotidiana, insignificante y anodina, se convirtió en espectáculo; el electorado, en público apolítico, en espectador de programas de entretenimiento; el miembro de un partido, en adepto de club de admiradores; la contienda electoral, en competencia por el *rating*.

Y ES QUE EL VERDADERO dilema de la actualidad, el que nos erosiona por dentro, que nos inquieta en las horas más ciegas, ya no acecha tras la desnudez del cráneo de un bufón, sino tras la lisura de la pantalla del televisor, que antaño solía recrearnos y ahora persigue (o más bien simula que persigue) al otro, para mostrarnos sus impudicias, sus mentiras... El dilema ya no reside en la pregunta: ¿ser o no ser? De poco sirve reparar en las posibilidades de uno mismo, porque aquí dentro no hay nada más que un vacío aterrador al que no vale la pena sentarse a observar durante horas y horas. Lo que existe no es uno mismo, sino el otro: aquel que figura en la pantalla, que posa frente a nosotros y se mueve y canta y llora. El otro es porque lo vemos y conocemos su posición. Y aunque yo podría ser el otro, dentro de la pantalla, en cualquier momento, ahora mismo incluso, no lo sabría con certeza. Porque yo sólo sé que observo al otro, aunque ese otro llegara a ser yo mismo y llegara a ver mi imagen en el monitor: un tipo que mira a su vez un monitor. Ahora el conflicto que me abruma radica en preguntarme si aquel a quien observo en el monitor: ¿es o no es?

¿Es o no es? Pero visto a través de la pantalla del televisor, y el televisor enseñoreándose en cada uno de los rincones de los recintos humanos: un televisor en la sala, otro en la recámara, en la cocina, en el baño, en el restaurante, en los centros comerciales y hasta en el automóvil. Nadie duda del poder de los medios electrónicos de comunicación dentro de la era audiovisual en la que vivimos: para que algo sea real debe ser visto y oído, debe resultar *evidente*, porque no basta que sea *palpable*, *degustable* menos, y a nadie se le ocurriría decir que algo es tan *olfateable* que por eso no se puede rebatir (el olfato, siempre tan ciego en sus intuiciones: hay algo podrido en Dinamarca).

POR ESE MOTIVO vino el tiempo de las reformas a los medios electrónicos de comunicación a través de la cual el Estado luchó por reconquistar espacios de trasmisión (algunos incluso dentro del horario estelar) para aprovecharlos en bien de la sociedad. Y en bien de la sociedad y de la transparencia, el doctor comenzó a armar sus casos en un foro de televisión, y la gente ya estaba preparada para recibir el primer Reality-Law, el primer programa de televisión que era a la vez entretenimiento y procuración de justicia, en el que se reconstruían los hechos de los delitos que más influían en el ánimo de la población. El doctor contrató a algunos de los ex reos (egresados ya para entonces legalmente de Santa Ignacia) que habían ayudado a construir la Zona de Simulacros en la cárcel. Para entonces, el doctor poseía una telegenia impresionante, que le permitió integrarse con toda naturalidad al mundo de la farándula. Durante el debut de su programa, en horario estelar, por supuesto, no dejaron de recibirse telefonemas con felicitaciones. Parecía que el doctor había nacido para la televisión.

EL DOCTOR ERA el único funcionario público de alto nivel que asistía a las recepciones de la casa presidencial sin compañía de esposa, lo que dio de qué hablar en dos ámbitos, el de la política y el del espectáculo, que ahora se habían fusionado por completo. Al doctor lo entrevistaron en un programa de televisión especializado en chismes de celebridades, en el que sus anfitriones le hicieron notar, con sus chillonas voces características, que no se tenía noticia de que estuviera casado, viudo o divorciado.

- —Es que nunca me he casado.
- —Ni siquiera le conocemos novia. Con todo respeto, doctor, aprovechando que usted aceptó hablar con nosotros acerca de cualquier tema, y que se entienda que no se trata de una acusación, quiero preguntarle: ¿es usted homosexual?
- —Yo no niego ser homosexual... (en esos momentos el programa experimentó un incremento considerable de audiencia a nivel nacional) pero tampoco lo afirmo.
  - —Usted dijo que hablaría sobre cualquier tema.

- —Claro, usted tiene mi anuencia para preguntar lo que sea, pues yo contraje la obligación de tratar cualquier asunto, pero sin perder mi derecho a conservar dentro de la cama mis preferencias sexuales.
  - —O dentro de la cocina, o en el elevador...
  - —O sobre la lavadora...
- —Ja, ja. Ay, doctor, nos va a dejar con la duda… ¿Qué opina usted sobre la homosexualidad?
- -No creo que en sí haya algo que opinar. Es como decir qué opino sobre la heterosexualidad. Son sólo orientaciones sexuales distintas. Opino que cuando un homosexual llegue a la presidencia de la república, ese día nuestra nación habrá demostrado que su lugar está a la altura de los países más avanzados del mundo, donde la democracia y el respeto a lo diferente son la norma. Pienso, por ejemplo, en ¿por qué no hay todavía una mujer presidenta, o una persona con capacidades distintas que gobierne, pues estamos de acuerdo, o no es así, que un invidente o alguien con parálisis cerebral no carece de sus facultades mentales y por lo tanto es apto para gobernar? También pienso que el término homosexual es demasiado técnico, casi inhumano, y que francamente suena peyorativo. A la gente normal no se le recuerda a cada rato su heterosexualidad. Estoy en contra de tales denominaciones porque reducen a la persona a un solo aspecto de su vida, ¿o qué, vamos a empezar a etiquetar a los vegetarianos y a tratarlos distinto, y cada vez que hable uno de ellos, a recriminarle que su estilo de vida y sus opiniones no cuentan porque sólo come vegetales? Estoy en desacuerdo porque implica más divisiones: por este lado los hetero y por el otro los homo.

La reacción de los grupos de derecha fue inmediata: desde simples comentarios y sonrisas sardónicas (el riesgo de la democracia es que hasta los *raros* lleguen a cargos públicos haciendo gala de su mariconería) hasta amenazas de muerte (por supuesto que anónimas), pasando por la petición de que el doctor fuera removido del cargo. El principio que rige, tanto en la farándula como en la política, es que no importa que los medios hablen bien o mal de uno, el asunto es que hablen todo el tiempo, porque la popularidad es lo que cuenta, y aquel que un día es el malvado dentro de la telenovela o es tachado de corrupto en su cargo público, al día siguiente se convierte en héroe o en político de amplia experiencia; no hay popularidad negativa que no pueda capitalizarse de la noche a la mañana. Era obvio que el doctor aspiraba a un puesto más alto, y el sector gay, de manera extraoficial, lo convirtió en su candidato (para cualquier puesto: por ejemplo, para la presidencia de la república), a pesar de que el doctor nunca aceptó públicamente ser homosexual ni intentar representar a ningún sector específico de la sociedad, y claro que el doctor salía con distintas personas, pero gracias a la ambigüedad de nuestro idioma, esas parejas carecían de género para sus interlocutores mediáticos. Cada vez que él se refería a *ella*, su pareja en turno, hablaba en plural:

—Ayer pasamos una noche espectacular... —y el doctor se complacía en mantener no sólo a los telespectadores en suspenso sino también a sus contados amigos, quienes solían hacer muchas suposiciones a partir de su discurso—. Pero, hablando de cosas serias, tengo que decirles que llegará el tiempo en que un porcentaje de políticos deberá salir con valentía del clóset para declarar públicamente sus preferencias (entonces sí es, concluían los espectadores) o bien, tendrán que llegar a fingirla, tal como muchos en la actualidad arreglan matrimonios artificiales para que su imagen pública sea la adecuada (entonces no es), comenzando por nuestro presidente de la república. Los tiempos cambian, y pronto una parte de los políticos tendría que ser gay para alinearse con lo correcto, o por lo menos tuerto o jorobado…

POR SUPUESTO QUE el comentario sobre el matrimonio presidencial no pasó inadvertido para el mandatario, espectador asiduo de los programas televisivos de chismes, pero no era el momento propicio para externar posturas encontradas dentro de su equipo, más valía dar la impresión de que la libertad de opinión privaba entre los funcionarios y guardar los rencores para mejor oportunidad.

SE ME HAN EMPEZADO a acalambrar las manos y siento dolor en la espalda: mi cuerpo flaquea, es cierto, pero mi ánimo se conserva ileso. Debo continuar, mas si voy a asentarlo todo, también reconoceré de una vez que el mejor aliciente para escribir es el miedo, un miedo atroz, letal, que me haga expresar lo impronunciable, sin guardarme nada. Así debió haber sido la literatura que yo escribía antes de que empezara a trabajar con el doctor y abandonara en ese entonces todo esfuerzo: una confesión bajo amenaza de muerte. Lo único que vale la pena leerse es aquello que se concibe bajo la espada que cuelga sobre la cabeza, siempre a punto de caer de una vez y atravesarla como sandía, porque después sólo queda contemplar las tristes caras de cada hemisferio, que nunca volverán a reunirse para producir pensamiento alguno.

—Escribes o te mueres —esa voz es la que debí haber escuchado durante mis continuas noches indormibles, durante las que me esforzaba por escribir mi pobre narrativa ficticia, antes...

EN EL MUNDO entendido según la mecánica clásica de Newton, el acto de observar es irrelevante en la medida en que no influye sobre lo observado, pero para como están las cosas ahora, sabemos, a partir de la interpretación que propuso el (tan admirado por el doctor) físico danés Niels Bohr, que no es así. Cuando intentamos saber la posición de un electrón dentro del átomo influimos en su realidad, de hecho empobrecemos su realidad cada vez que lo observamos. En la era de la mecánica

cuántica el objeto observado y el sujeto que lo observa son inseparables en cuanto a que se influyen entre sí, se contaminan de realidades originalmente inconexas, por decirlo de alguna manera. El mero hecho de que los encapuchados me observen, modifica lo que escribo sobre el doctor y, a la vez, el mero hecho de que yo cuente la historia del doctor y lo ubique en tal o cual etapa de su vida, modifica su realidad, porque a cada trecho que avanzo, dejo de lado los otros caminos que pude haber seguido para relatar. Y el hecho de contar su historia también influye en mi trayectoria, porque en vez de estar pensando y escribiendo sobre él, ahora estaría durmiendo, bebiendo o enfrascado en cualquier otra actividad que dejo de realizar desde el momento en que estoy aquí, escribiendo esto. Mi narración no es un acto neutro dentro de la misma historia que cuento.

Antes, las narraciones comenzaban asegurando que hacía mucho tiempo, en un lugar muy remoto, había sucedido lo que se iba a relatar a continuación. Hoy el preámbulo debe asegurar al lector que el relato es efectivamente real, que sucedió hace poco y, de hecho, muy posiblemente en la casa de su propio vecino... Tal vez el mundo era más grande (sin la globalización), y había más tiempo (a pesar de que ahora el promedio de vida es más alto, la sensación que prevalece es la de envejecer con mayor rapidez). Antes, pronunciar las palabras: *Hace mucho tiempo*, *en un lugar* muy remoto, era invitación suficiente para acercarse a escuchar un cuento, había un aprecio particular por la experiencia del anciano que se sentaba a relatar con toda calma su historia. Ahora, semejante invitación suena a rancio, porque existe un ansia por estar al corriente de cuanto sucede en el instante mismo en que acontece. Aunque la novela no haya muerto todavía, para sobrevivir ofrece basarse en un hecho de la vida real. La novela ofrenda su sacrificio a la entronizada realidad, a la diosa realidad. Pero ya que la novela no es historia, ni crónica, ni testimonio, ni reportaje, sino que es ante todo ficción, debe fingir que no es novela y simular realidades. La novela persigue verdades a través de ficciones, tal como el Doctor Simulacro hizo, porque yo sé que él estaba convencido de que sus métodos, quizá no muy ortodoxos, lo conducirían a la verdad, cualquiera que ésta fuera. Pero lo que yo escribo no es una novela.

Deben ser más de las seis de la mañana y empieza a clarear el día. El cuerpo es un animal que sigue sus propias reglas, fijadas por necesidades ancestrales de los tiempos en que era cuestión de vida o muerte poder mantenerse alerta después de la hora en que debimos haber dormido. Tras sobrepasar un vértigo que ha estado a punto de tumbarme sobre la máquina, me entra una recarga considerable de energía que dice: ¡cuenta la historia! Adentro de mi cráneo hay otra casa y otro par de pulsiones encapuchadas que merodean a mi alrededor. La historia de mi jefe tenía que ser relatada tarde o temprano. La historia que cuento es real, casi todo lo que cuento puede ser verificado: los datos están por ahí, esparcidos igual que las pistas de un crimen a reconstruir; sí, entre expedientes, periódicos, programas de televisión y testimonios de personas que lo conocieron. Por supuesto que yo fui una de las personas que estuvo más cerca de él, en sus últimos años, que cualquier otra. Yo sólo reconstruyo la historia, pedazo a pedazo, es cierto que los matones me intimidan, pero también es cierto que la historia se cuenta prácticamente sola; casi no hay nada de mi cosecha a lo largo del relato, así como tampoco desempeñé nunca un papel protagónico en los acontecimientos, ni influí sobre el doctor. De no haber existido yo, nada habría cambiado. Yo hubiera querido elevar a rango heroico mi papel dentro del relato, pero la verdad es que no, sucede que sólo soy el redactor, nada más, y contar la historia de otra persona no es relevante, no es un acto heroico por sí mismo. Pienso que, entre mejor sea el escritor, menos debe estorbar su persona a la historia, y en especial en este caso, en el que yo sólo hago una relación de hechos. El escritor debe ser transparente para que nos deje ver bien lo que sucede. Por eso no entiendo a aquellos que siguen al nombre del escritor en vez de la obra. Ahí está Manfredo. Sus libros no valen un peso, mas supo hacerse de un nombre. Esto me recuerda las palabras con que he descrito al doctor casi al principio de mi relato: ... fue un hombre que se trazó una línea recta a seguir y jamás se desvió de ella; la misión que se propuso fue encontrar la verdad por encima de cualquier cosa, y no le temió a lo ficticio como un medio más para perseguirla.

MIS ARGUMENTOS de pronto son como los que el doctor utilizaría en una situación semejante, incluso cito el pensamiento de personajes que él solía citar. No hay duda de que lo extraño, debo admitirlo; siento que él está dentro de mí, lo llevo enterrado como una astilla en el pie, pero una astilla de las que lastiman, y no de aquellas que para el doctor simbolizaban un talento... ¿O acaso en eso consistirá mi infame talento, en ser sólo un ayudante, como lo fui para el doctor antes, o como lo soy ahora para que esta historia que necesitaba contarse, sea contada?

EL ENCAPUCHADO EN JEFE me mira y sobre su hombro el sol que comienza a asomarse me quiebra la mirada, por un instante, en miles de centellas deslumbrantes. La realidad se tritura a cada segundo: una vez que deja de ser actual, se descompone en fragmentos para conformar otra, nueva y distinta, porque la realidad muta a cada instante... Así, el asesinato que se acaba de cometer se desbarata en pequeñas piezas, vestigios cada vez más finos, y que la técnica forense debe encargarse de rastrear, encontrar y reunir de nuevo para intentar su reconstrucción artificial: la fibra de la tela de la camisa del asesino, una pestaña que contiene el ADN indiscreto, cada elemento visible o invisible... Pero el molido que resta como sedimento resulta tan fino que prácticamente se puede reconstruir con él una realidad que no se parezca demasiado a la original y terminar, por ejemplo, construyendo castillos con granos de arena a partir de un molido fino de realidad. Pasé muchas horas con el doctor recogiendo granos por todas partes, como si se tratase del levantamiento de los cadáveres ínfimos de la realidad, para llevarlos a un Semefo especial; cadáveres de realidad, pequeños cadáveres de realidad como cagarrutas de ratón. Los íbamos colectando en anotaciones con letra pequeña, en bolsitas selladas, en resultados de laboratorio: faenas interminables buscándole las pulgas al animal oscuro de la realidad. Fue la época en que las entrevistas se convirtieron en las burbujas de aire que el doctor respiraba, burbujas enquistadas dentro de las esferas de lo político y del espectáculo. El doctor estaba logrando su cometido, asegurando su derecho a salir a

cuadro en el párrafo de la enciclopedia, y tal vez por eso era que la textura de sus verdades poco a poco se volvía distinta.

Y AHORA YO TAMBIÉN reconstruyo la realidad de lo que fue el doctor, pongo el grano de mi palabra, tras el grano de mi otra palabra, tras el grano de mi otra palabra, en un intento vano porque no se me deforme demasiado, pero al final termino reconstruyendo un cuadro de Archimboldo: el cuadro del abogado con el medallón y el abrigo, conformado por la cabeza de pollo, el pescado, el antílope, el pedazo de carne de res que encajan perfectamente para recrear al abogado sin dejar de ser lo que son: granos de realidad diseminados por la tierra, dentro de un rompecabezas enigmático que la naturaleza se empeña en recrear al otorgarle a un tubérculo el perfil de nuestro padre y en mostrar los impúdicos troncos de árbol que reproducen el sexo abierto de una mujer, como cantando victoria por su admirable condición de incensurabilidad.

El foro de televisión se convirtió en el sitio sagrado de las reconstrucciones del doctor, el microcosmos donde se representaba la verdad. El Doctor Simulacro realizaba una explicación previa del caso más sonado de la semana en su computadora portátil, como si fuera una especie de juego virtual, para luego dar paso a la reconstrucción de los hechos con actores; de esta manera el espectador podía prestar atención a los detalles más relevantes. Durante el programa, un ejército de telefonistas atendía los llamados de los espectadores, quienes opinaban y votaban acerca de la culpabilidad del sospechoso en turno. Durante los trece programas que se trasmitieron y que constituyeron la primera y última temporada, nunca hubo discrepancia alguna entre el resultado final de la audiencia y las hipótesis del Doctor Simulacro, quien siempre estuvo dispuesto a respetar el parecer de la mayoría.

—Vivimos en una teledemocracia, así que si la mayoría de la audiencia considera que el sospechoso es culpable, es porque tiene la razón y por lo tanto él deberá ser consignado; si opina lo contrario, entonces será liberado de cualquier imputación.

Tendría que relatar cómo transcurrió el último programa del Doctor Simulacro. Contar por ejemplo que una noche, antes de salir a cuadro en la emisión televisiva que lo consagró (aunque fuera por unas horas nada más), mientras se acomodaba frente al espejo enmarcado por bombillas, el doctor estrujó su triángulo negro de tela y cerró los ojos por un momento, supo que se encontraba en el sitio que había deseado desde hacía tanto tiempo, pero al llegar sintió que aquello tampoco era suficiente... Luego se maquilló él mismo, sin la ayuda de esas muchachitas profanas que ignoraban los secretos de un juego de cosméticos perfecto y que los productores

de la empresa televisora se empeñaban en enviarle en cada programa. El doctor conocía el efecto negativo que provoca un maquillaje erróneo en la credibilidad del público: la palidez en tonos azules sería digna de alguien que miente con toda premeditación, mientras que un tono muy rosado en la mejillas despertaría la desconfianza por ser la imagen propia del que irradia actos viscerales que lo llevan a mentir para ocultar sus faltas. El Doctor Simulacro utilizaba con desenvoltura las bases, las sombras y los coloretes en una gama tan extensa como sutil: el mejor cosmético es aquel que no se nota, el que seduce sin llamar la atención, el que dice sin provocar ruido. Tenía ya en mente las citas de Baudelaire que surgirían de sus labios en el momento adecuado para causar el efecto previsto: nunca antes la poesía sirvió para inculpar con tanta efectividad a un criminal: la mejor estocada la asesta la cita precisa de afilados sustantivos y contundentes adjetivos.

EN EL ÚLTIMO PROGRAMA el doctor presentó el caso de una joven activista pro derechos humanos que fue encontrada muerta en su casa, con un par de balazos en la pierna y en la cabeza. Había mucha expectativa por conocer la identidad de sus hipotéticos homicidas, ya que ella se había ganado la animadversión de poderosos grupos que deseaban verla desaparecer de la escena. El caso era de los llamados de habitación cerrada en el argot de la novela policiaca, es decir, hasta donde se tenían pistas, la occisa había permanecido sola dentro de su habitación sin que apareciera huella alguna de chapas o ventanas forzadas. Ése era el único dato que no cuadraba en el asunto, pero que se podía solventar con facilidad si se alimentaba la posibilidad de que la occisa hubiera permitido el acceso de los homicidas mediante engaños o simplemente porque los conociera. Esa vez el doctor me encomendó que rastrease entre los libros que ella poseía algún texto que arrojara pistas; el doctor conocía bien mi afición por la literatura, y no me costó trabajo encontrar varios pasajes que hacían referencia a situaciones en las que un individuo era abatido por algún poderoso sin escrúpulos. Yo mismo pensaba, como la mayoría de la gente (hasta antes de ver el programa), que el doctor señalaría a los culpables sin que le temblara la laptop, a pesar de que se rumoraba que el culpable tenía poder suficiente para ejecutar y suprimir a quien fuere (o bien, comprarlo), sin excepción alguna. Pero a la hora de la reconstrucción resultó que el doctor utilizó las citas que extraje de la biblioteca de la activista de manera muy distinta. Para mi sorpresa, mediante la reconstrucción de los hechos, el doctor halló que la asesina era ella misma. La activista resultó ser una enferma mental que intentaba desesperadamente cargarle su muerte al gobierno y a todos sus enemigos políticos. Según el doctor se trataba de una persona de luces y oscuridades, con graves trastornos depresivos, megalomanía y un deseo ferviente de convertirse en mártir.

—El suicidio no se castiga —argumentó el doctor mirando de frente a la cámara —, mas no porque no se trate de un delito, sino porque el (o la) delincuente evade la

justicia con su muerte, así es que, de sobrevivir, yo exigiría el castigo más severo para esta mujer, ¿qué sería de cada uno de nosotros si atentáramos contra nuestra propia vida, qué sería de nuestra sociedad, porque si ni a ella pudiéramos respetar, entonces cómo podríamos respetar la de los demás? A eso hay que agregarle que esta mujer urdió un ingenioso plan para inculpar a otras personas de *su* delito.

Yo no podía creer que tales palabras hubieran salido realmente de la boca del doctor, pero al mismo tiempo sonaban tan convincentes que en ese momento las di por buenas, como una gallina sin voluntad, hipnotizada ante una raya de tiza blanca. Inmediatamente después de las conclusiones del doctor, las telefonistas recibieron un alud de llamadas. Los ojos del doctor parecían confiados en exceso. Y sí, el éxito fue rotundo, de una contundencia inaudita: el noventainueve punto noventainueve por ciento condenó a la activista. Y ni qué decir del *raiting*: histórico, sin precedentes, incluso el IBOPE hizo especial mención en sus estadísticas y análisis entregados a la televisora. Felicitamos al unísono al doctor por la hazaña, quien recibió gustoso los eufóricos abrazos y los sinceros ¡hurra! (a todos correspondería, consecuente al *rating*, una bonificación especial en la quincena), pero yo advertí una decepción terrible en el fondo de sus ojos, pues él no se conformaba con el noventainueve punto noventainueve, aspiraba al diez absoluto, yo lo sabía bien. Unas cuantas personas no le habían creído, contadísimas personas se habían negado a profesarle su confianza, permaneciendo inmunes a su poética maniqu(e)ista.

ÉSA FUE LA ÚLTIMA VEZ que contemplé con vida al doctor, desapareció justo antes del escándalo mediático que se desató al día siguiente del programa, cuando uno de los sicarios que ultimaron a la activista, aquejado por una tan súbita como inexplicable pulsión de culpa, confesó con espectacularidad ante las cámaras; la televisora rival había conseguido el as exclusivo bajo la manga mediática. El asesino confesó frente al teleauditorio y antes de que fuera apresado y se pudiera confirmar su dicho, ya tenía firmado un contrato para escribir el libro sobre cómo él y su cómplice habían amenazado y torturado durante casi veinticuatro horas seguidas a la activista: prometía ser un relato pormenorizado de los días previos a su ejecución, en los que se dedicaron a seguirla de cerca, un relato siniestro en el que los protagonistas serían los homicidas. Así fue como un asesino confesó frente a las cámaras y la carrera del doctor se hizo añicos: tantos años para llegar adonde se había colocado y de la noche a la mañana, literalmente, fue sacado del aire, junto con su programa y su cargo. Un asesino realizó su teleconfesión y convirtió a un respetado funcionario público en un delincuente; porque ése fue el trato que le dieron mediáticamente al doctor a partir de entonces: sin derecho a réplica, sin averiguaciones, ni previas ni posteriores: un veredicto contundente: el Doctor Simulacro: otro delincuente en la lista de los más buscados.

ENCONTRARON EL CADÁVER del doctor en el sillón de la sala, portando una ridícula bata que no iba de acuerdo con los gustos exquisitos de su dueño. Pero yo estoy seguro de que él no se suicidó, aunque las llaves del gas abiertas al máximo indicaran que así fue y no se encontrara puerta ni ventana forzada. Simplemente no estaba en el temple del doctor hacerlo. De hecho, tengo en mi poder una carta de *no suicidio* que el doctor me entregó cuando trabajábamos todavía en la dirección general de reclusorios, medio en broma, medio en serio, para el caso en que un día él apareciera suicidado de manera forzosa:

### CÚLPESE A ALGUIEN

Escribo esta carta compelido sólo por mi deseo de manifestar que nunca cometeré atentado alguno contra mi persona, no porque coincida con san Agustín en considerar al suicidio un pecado, sino porque creo que debe respetarse el derecho que tiene todo ser humano a no quitarse la vida.

Declaro que no utilizaré cuchillo, navaja o machete para cercenar las venas o herir cualquier parte de mi cuerpo con la intención de provocar un daño irreversible.

No me administraré veneno, somníferos o droga alguna en cantidad suficiente para cerrar los ojos por siempre.

Porque suelo llevarla conmigo a cualquier sitio y nunca la abandono sobre cualquier respaldo o almohada, no usaré arma de fuego para reventarme la cabeza perforándome el cielo de la boca o las sienes; tampoco me gustaría tener por adorno un agujero en el pecho o, como ha sucedido dentro de la ola de suicidios recientes, atacarme a traición por la espalda o balearme partes del cuerpo al azar para conseguir un desangramiento homérico.

Nunca me colgaré de la regadera, ni de un poste de la luz. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué me he hecho para desear castigarme con semejante práctica?

Juzgo de mal gusto arrojarse a las vías del tren o al paso de una aplanadora. Ni se diga aventarse desde una azotea: mi acrofobia me lo impediría.

Utilizo de manera razonable el gas doméstico y entre mis preferencias no está la de respirarlo hasta que mi cerebro se desconecte. Tampoco me agrada el monóxido de carbono, con aspirar un poco del humo del escape de un coche la tos me mata.

El fuego es para desdichados; no va conmigo devolver el equipo en condiciones tan penosas. No pienso salir aullando de mi casa para revolcarme a media calle, ante la mirada ufana de mis vecinos.

No atentaré contra mi vida por mano propia o asistido, por medio natural o artificial, conocido o por conocerse en el futuro.

Por lo tanto, si algún día se descubre mi cadáver con el paladar agujerado o la yugular seca, me deslindo de la responsabilidad y harán bien en buscar la

explicación partiendo de otros indicios.

Pero lo que más odiaría, si me achacaran un suicidio, lo que nunca perdonaría, es que sembrasen una nota que explicara mi supuesta desesperación:

Me dejaron solo... no pude con el paquete... estoy muy deprimido... yo sé que no es lo mejor... que me perdone mi familia... los quiero mucho.

Pocas veces se tiene la buena fortuna de extraerle los órganos principales a un enemigo sin incurrir en ningún delito y sin que tal violencia pueda ser objeto de persecución alguna. Hasta ahora, practicar la necropsia a un cadáver, siempre y cuando de veras tenga la cualidad de estar muerto, no es un delito, sino que antes bien, puede contribuir a combatir el crimen arrojando datos invaluables para la policía. El sueño de cualquier descuartizador, de cualquier sádico: utilizar la sierra, el bisturí, el cuchillo para cortar y desprender órganos de un cuerpo humano para luego seccionarlos y dejarlos inservibles para siempre, pero todo perfectamente dentro del marco de la legalidad: ése era el trabajo del médico Ovilla. Y si se trataba de practicar la carnicería sobre un ex empleado, ex amigo, ex competidor, ex yerno, pues mejor.

Y SI EL ACTO se iba a trasmitir por televisión, pues mil veces mejor. Posibilidad que yo no había vislumbrado sino hasta que leí, el mismo día por la mañana, el anuncio en el periódico acerca de la trasmisión especial, en vivo, de la necropsia del Doctor Simulacro. Al instante tomé el teléfono para interceder por mi ex jefe, solicitando ante el Semefo que la necropsia se realizara en privado, porque no había derecho a semejante ultraje. La respuesta institucional, por parte del director, fue una negativa rotunda:

—Lo sentimos mucho, pero la ley no ultraja nunca a nadie. De hecho, la nueva Ley de Transparencia, a la que por cierto su jefe impulsó con vehemencia, no sólo nos faculta, sino que nos obliga a transparentar toda la información que caiga en nuestras manos y que pueda ayudar a esclarecer alguna verdad jurídica. Y yo, como director del Semefo tendré el gusto de encargarme personalmente del caso.

¿Y qué más podía hacer para evitar mayores atropellos que solicitar, al menos, permiso para presenciar el interrogatorio de las vísceras del doctor? Permiso para visitar el sitio donde pasó tantas horas condoliéndose de los muertos huérfanos y concibiendo proyectos que finalmente lo hicieron retornar al lugar de donde había salido.

¿EN QUÉ ÓRGANO se alojaría la muerte del doctor? ¿En qué parte de su cuerpo se habría enquistado la sustancia oscura de la muerte?, me pregunté al detenerme frente a la efigie de Mictlantecuhtli que domina la entrada al Semefo, como si con mi breve

reflexión le solicitara mentalmente al dios que me franquease el acceso. Y creo que me escuchó, porque hallé con facilidad el camino para mi cita con los doctores: el vivo y el muerto, que constituyeron, al menos en esa hora, la perfecta antítesis entre verticalidad y horizontalidad. La visión intempestiva de la cámara de televisión en el anfiteatro me perturbó por completo, más que el recinto en sí mismo: el médico Ovilla, vivo y en pie, lucía un traje de lino color camello, mientras contestaba una entrevista previa a su actuación. Junto a él, mi ex jefe, el doctor muerto, yacía sobre una plancha, adoptando a plenitud su condición de cadáver: una desnudez de la que sólo es capaz quien ya no tiene nada que ocultar. El médico Ovilla presentaba el garbo de un boxeador antes de subir al cuadrilátero a dar pelea, excepto porque su apariencia era demasiado suntuosa para liarse a golpes con alguien y peor aún para sacarle las entrañas. Imagino que, previamente a la trasmisión de la necropsia, apareció en las pantallas de los monitores de infinidad de hogares la leyenda que advierte acerca de la crudeza de algunas imágenes que el público está a punto de ver, y que cumple con la función de incrementar la audiencia al instante.

- —¡Córranle, ya está empezando!
- —¿Y tú crees que de veras se le van a ver las tripas?

EL MÉDICO OVILLA consultó el reloj de la pared, de carátula ahuesada, terminó de hablar con la entrevistadora, se colocó la bata reglamentaria y comenzó a dictar la descripción externa del cadáver:

—El cuerpo desnudo, sin embalsamar, corresponde a un varón de cuarenta años, blanco, bien desarrollado, de complexión robusta, el cual mide 1.75 centímetros y pesa 80 kilogramos... Se encuentra a temperatura ambiente. Comienza a manifestar *rigor mortis*. Presenta un ligero grado de lividez cadavérica. Las pupilas están dilatadas y son totalmente redondas... Los canales auditivos están libres. Los dientes son naturales. Las mucosas de la nariz presentan un color rojo cereza. El cuello no presenta heridas, tampoco el tórax ni los brazos ni piernas. Los genitales no presentan signos de enfermedad o lesiones...

UNA VEZ TERMINADA la descripción externa, el médico Ovilla tomó un serrucho, dispuesto a proceder con el examen interno. Sin mayor preámbulo, comenzó a cortar la parte superior de la cabeza del Doctor Simulacro. Su brazo iba y venía con el serrucho sobre la frente; el sonido de los dientes metálicos hincando la piel y el cráneo me hicieron pasar un mal rato. Al médico Ovilla le gustan los métodos tradicionales, las herramientas que permitan apreciar los detalles: nada de sierras eléctricas, todavía posee fuerza suficiente para hacer el trabajo a mano, con un buen serrucho. No como los forenses de ahora, que todo lo resuelven con maquinitas y utensilios sofisticados. Cuando llegó a la mitad de su tarea, Ovilla despegó el cuero

cabelludo y estudió su reverso, como si se tratara de un mapa, con la intención de verificar si había algún hematoma, porque el interior de la piel da cuenta de cualquier tipo de violencia de que haya sido objeto un cuerpo antes de morir.

A CONTINUACIÓN, Ovilla ejecutó con soltura el desenmascaramiento literal del Doctor Simulacro. Algo a lo que yo jamás pensé que asistiría, junto a no sé cuántos miles de telespectadores: con su mano derecha, Ovilla tiró de la piel de la frente del doctor hacia el mentón, produciendo que la cara, que mi jefe había portado durante tantos años sobre la parte delantera de su cráneo, se despegara como máscara de látex para mostrar su reverso y, al mismo tiempo, dejar al descubierto el fundamento óseo de sus rasgos. Apenas algunos músculos y ligamentos se resistían débilmente al despojo, pero nada más. Ovilla parecía contento de tener sobre la plancha a un enemigo que poco a poco iba perdiendo sus atributos: ahora mi ex jefe ya ni siquiera poseía un rostro.

EL MÉDICO OVILLA destapó el cráneo del doctor como un coco y extrajo el cerebro. Coágulos de sangre se precipitaron hacia abajo, aletargados, resbalando por el cráneo descubierto del cadáver y se deslizaron por los canales de la plancha de acero hacia el agujero del desagüe. Me pareció sentir las miradas de los telespectadores que seguían cada movimiento de Ovilla gracias a la pericia del camarógrafo, que no se cansaba de buscar el mejor ángulo y hacer acercamientos sin interferir nunca con el trabajo que se desempeñaba en el anfiteatro. Ovilla observó el cerebro como si se tratase de un objeto por completo desconocido y rebanó una sección para enviarla al laboratorio: las alteraciones que seguramente había sufrido durante la intoxicación sólo podían apreciarse a nivel celular. Después extrajo cada uno de los órganos principales, indicando su peso, su configuración y si existía alguna alteración visible. El cadáver presentaba edema pulmonar, es decir, que sus pulmones se hallaban inundados de sangre que los había penetrado, ahogando a la víctima en pocos minutos. El médico Ovilla dictó sus conclusiones: el color rojo cereza de las mucosas, aunado a la hipoxia tisular, reafirmaba la hipótesis previa de una muerte producida por inhalación prolongada de gas doméstico, aunque para confirmarlo plenamente, había que esperar que las pruebas de laboratorio mostraran altas concentraciones de carboxihemoglobina que habrían ocasionado, primero, un coma profundo, luego, acidosis metabólica, arritmias cardiacas, edema pulmonar, hipoventilación y, finalmente, un paro cardiorrespiratorio.

EL GAS DOMÉSTICO produce intoxicación por monóxido de carbono y no posee olor, pero mientras se envasa para su comercialización se le inyecta un odorizante que

permita percibirlo si se presenta una fuga dentro de una vivienda o un comercio, una fuga que pueda cobrar vidas humanas, ya sea por inhalación prolongada o por explosión. En nuestra época audiovisual no se ha logrado colorear el gas para que sea *evidente* una fuga, tampoco es muy seguro confiar en el oído para detectarla, tan sólo se ha podido, pobremente, odorizarlo.

LA ANALOGÍA con el cuadro de La lección de anatomía del doctor Tulp, de Rembrandt, fue inevitable, pero no precisamente debido a que en ambos casos se exhibieran las entrañas de un cuerpo, sino por el sujeto y las condiciones sobre el que se ejercía semejante lección. En tiempos de Rembrandt se practicaban, de vez en cuando, disecciones públicas con fines didácticos. Aunque, a decir verdad, tales acontecimientos se parecían más a un espectáculo que a una lección, desataban tanto interés por parte de quienes deseaban asistir que las entradas se agotaban rápidamente, pese a su costo de varios florines. Al final de la disección, efectuada en un anfiteatro anatómico, se celebraban un banquete y una marcha de antorchas. El hombre a quien le practicaron la disección pública que Rembrandt tuvo la oportunidad de retratar en 1632 fue un malhechor muerto en la horca y cuyo cuerpo fue donado a los cirujanos. Los crímenes del occiso lo habían convertido en el principal enemigo de la ciudad de Amsterdam. Fue juzgado, ahorcado y, como un castigo más allá de la muerte, prosiguió la exhibición pública de sus vísceras, aunque la disección ya no era parte de la condena jurídica en su contra, sino una especie de inmolación del chivo expiatorio, al que había que desarmar por completo para seguir castigándolo indefinidamente. Una lección de anatomía, no para instruir a los observadores, sino para escarmiento del transgresor.

TRES SIGLOS después, en 1993, un criminal ofreció su cuerpo a la ciencia, ya que no lo iba a necesitar más una vez que se cumpliera la sentencia de muerte que pesaba sobre él. El cuerpo de este segundo criminal, ejecutado en Texas, fue sumergido en una gelatina especial para congelarlo a muy baja temperatura y después cortarlo en 1,871 secciones horizontales de un milímetro de espesor. Cada capa fue fotografiada y digitalizada por una computadora para obtener, completa, la primera imagen tridimensional de un cuerpo humano a través de la cual se puede navegar en cualquier dirección. El proyecto se llama El Hombre Visible, costó un millón y medio de dólares y, después de haber sido otorgadas más de ochocientas licencias para comercializarlo en CD ROM, ahora se puede apreciar por Internet. Buena parte de los atlas de anatomía, tanto antiguos como modernos, han estado inspirados en cadáveres de maleantes ajusticiados o de muertos huérfanos, sin reconocer. Los fines didácticocientíficos de El Hombre Visible coexistieron desde el principio con el espectáculo del asesino al que cualquiera puede hurgar su interior. Hace poco, después de arduas

negociaciones, se acaba de otorgar la primera licencia para que El Hombre Visible participe en un video-juego de acción al estilo del Mortal Kombat, que constituyó el ingreso del asesino al mundo de la violencia virtual. El próximo paso será que se realice el filme de El Hombre Visible, con la ventaja de que el protagonista no cobrará un centavo por su actuación. Y esto quizá al Doctor Simulacro le habría parecido una idea de lo más acorde con sus propuestas: la aportación laboral de un delincuente a la sociedad desde su nueva condición de ente modelizado.

EL FIN DE SEMANA miré la repetición de la primera necropsia transmitida en vivo por televisión abierta, en horario estelar. El Doctor Simulacro se convirtió en el tercer delincuente que ha alcanzado una de las conservaciones visuales *post mortem* más famosas: el primero en un lienzo firmado por uno de los más grandes maestros de la pintura; el segundo, en quince gigabytes accesibles en Internet para el mundo entero; y, él, en un video necrográfico de una hora.

Los encapuchados frente a mí no dejan de observarme, están ansiosos porque termine al fin de escribir mi versión de los hechos y se las entregue. Me preguntan si no he dejado ningún detalle fuera y me esfuerzo por hacer memoria durante unos minutos. Ahora recuerdo algo que no tomé muy en cuenta cuando sucedió, debido a ese extraño sentido del humor que el doctor poseía y que lo facultaba para hacer la broma más atroz sin que se le notara la menor señal en los músculos de la cara, nada lo delataba: una vez el doctor me estuvo hablando de las ventajas de poseer un doble. El doctor dijo que necesitaba un blindaje, y mejor protección que un equipo de guaruras obesos como un anillo de grasa flotante que lo rondase para donde se desplazara, era sustraerse físicamente al peligro de los atentados en los actos públicos, pero sin dejar de estar presente. Siempre habría quien perdiera la vida por un puesto político, pero el doctor no. Dijo que de veras estaba tentado a crearse un doble habiendo tantos actos públicos en los que debía intervenir con su mera presencia, o acaso con la encomienda de posar para la prensa y decir pocas palabras, tales como: No puedo declarar nada porque entorpecería nuestras investigaciones, y avanzar entre los reporteros con una sonrisa helada, mientras que lo que necesitaba en realidad era tomarse un descanso. Un par de días después de aquella charla advertí en la mirada del doctor algo distinto a su profundidad habitual, no sé, cierto dejo de superficialidad momentánea, como el soldado que es descubierto en el momento en que descuida su guardia. Mi percepción duró un segundo. El doctor me hizo salir de su oficina aduciendo cansancio repentino, después se retiró a su casa sin decir palabra. Pero no podría afirmar que se trataba de un impostor. Sólo en una ocasión más hallé la misma mirada, y cuando el doctor lo notó, de inmediato soltó tremenda carcajada. Se me ocurren algunas hipótesis al respecto. Primero, que se tratara

efectivamente de un doble. Quizá cuando advertí tal mirada, y al ser descubierto el posible doble, éste había salido corriendo para comunicárselo al verdadero doctor, quien lo estaba probando conmigo, su colaborador más cercano, y después al doctor se le ocurrió imitar la mirada de su doble para encubrirse y hacerme suponer que era una broma simple. Hay otra posibilidad: que desde la primera vez haya sido yo víctima de una mistificación creada para hacerme sospechar acerca de un posible doble que nunca existió; el doctor era capaz de tales bromas de segundo grado, era un bromista muy serio. Pero, conociendo yo al doctor, y él a mí, bien podría haberme inducido a creer en la segunda hipótesis con la intención de borrar toda posibilidad de que yo sospechara de la existencia del doble, y una vez asimilado que el doctor sólo bromeaba, poder introducir al doble con toda seguridad de que ni siquiera yo estuviera al tanto. Esta tercera hipótesis no es tan descabellada para el tipo de pantallas que el doctor acostumbraba colocar entre la realidad y el observador. La maquinación del doctor podría haber comenzado desde el momento en que me confesó su afán de fabricarse un doble, para envolverme en su juego. Creo más en esta hipótesis antes que en la posibilidad de alguna indiscreción conmigo que después haya intentado cubrir.

PERO YA NO ESTOY SEGURO de nada, ¿cómo podría estarlo? Yo sólo sé que la imagen del cadáver desmantelado del Doctor Simulacro se preserva en un video en que el médico Ovilla se lució ante las cámaras. Yo sólo sé que comienza a parecerme familiar la mirada del encapuchado. Tal vez por tantas horas de estar escribiendo sin dormir. ¿Podría ese encapuchado ser el mismísimo Doctor Simulacro? ¿Sería el doctor capaz de una broma así?... Después de todo, el doctor se dedicó a cultivar su cuerpo hasta convertirse en un hombre casi tan fornido como el encapuchado en jefe, porque se había vuelto vigoréxico en los últimos tiempos... Aunque quizá no era tan alto, ni su voz tan grave. ¿O podría ser yo el Doctor Simulacro escribiendo sus propias memorias? No, yo sólo soy su pobre caricatura... el que ni siquiera fue capaz de intentar hacerle ningún daño, a pesar de que mi admiración se convirtió en envidia casi desde el principio de mi relación con él... ¿Quién era el doctor?, ¿quién era Epifanio?

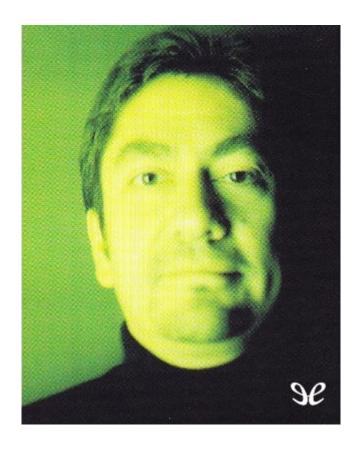
¿Y PARA QUÉ QUERRÁN mi versión del asunto?, es seguro que no tratan de arrancarme una confesión de asesinato, porque en ese caso únicamente me hubieran obligado a firmar una escrita por ellos mismos. Por lo tanto, están seguros de que no fui yo... Quizá hasta fueron ellos quienes lo mataron y lo que quieren en realidad es saber si el cadáver corresponde al doctor... Aunque en ese caso sólo tendrían que recurrir a sus registros dentales y a su ADN para saberlo. Ha pasado muy poco tiempo para conocer los resultados del ADN, pero seguramente conocen de antemano el resultado... No,

no, es obvio que saben que el doctor no se hubiera suicidado nunca, es obvio que ni ellos ni yo lo matamos y también es obvio que no piensan que ése sea en realidad su cadáver sino el de un doble... Entonces, podría ser que el doctor esté vivo... ¡eso es!, ¡sí!: tratan de descubrir en mi relato pistas suficientes para localizarlo, y me han sacado esta información sin decirme, adrede, qué esperaban encontrar para que así revele detalles valiosos sin estar alerta.

AHORA QUE TODO ES CONFUSO ya está más claro para mí: se trata de una jugada del doctor, quien asesinó a su doble intoxicándolo con gas y luego sembró su cadáver con la intención de culpar al gobierno por haberlo suicidado a fuerzas (la prensa ya maneja la hipótesis del suicidio inducido, como en el caso de la activista a favor de los derechos humanos). Puedo imaginar al doctor perfectamente, burlándose de quienes caímos en su trampa, burlándose del médico Ovilla que despedazó a quien creía su peor enemigo, y también de cada uno de los espectadores del video necrográfico. Qué mejor forma de sustraerse a la justicia que dejar de ser quien se persigue para adquirir una identidad distinta: la cirugía plástica siempre tan al servicio de esta era audiovisual en la que vivimos obnubilados. Ahora el doctor podría incluso cambiar de sexo si lo deseara, y puesto que nuestra legislación no prevé estas transformaciones, ya no sería la misma persona ante la ley (que ya sabemos lo ciega que es, y que constituye una tragedia doble en nuestra era audiovisual en la que aspiramos a la transparencia, aunque la transparencia sólo sea una ficción...) y de esa manera ya no existiría él como delincuente a perseguir.

HASTA AQUÍ, es todo lo que sé, y nadie me ha obligado a escribir una versión distinta de la que a mí me consta. Ya pueden llevarse su montón de papeles. Ahora sólo déjenme dormir...

Lic. Francisco García Machado Ex secretario particular del Doctor Simulacro



ANDRÉS ACOSTA (Chilpancingo, 1964) es autor de las novelas *El sueño de los cinocéfalos* (1997) y *No volverán los trenes* (1998, Premio Nacional de Novela Corta Josefina Vicens); de los libros de cuentos *Afuera están gritando tu nombre* (1991, mención honorífica en el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen), *Los signos remotísimos del día* (1999), *Capicúa 101* (2003, Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola) y *Solitarios y podridos* (2003, Premio Latinoamericano de Cuento Benemérito de América); también ha escrito un par de cuadernos de narrativa, *Cinco noches en La Habana y Mérida* (ambos en 2003), al alimón con autores canadienses. *Doctor Simulacro* fue la primera finalista del Premio Nacional de Novela «Una vuelta de tuerca» 2005.